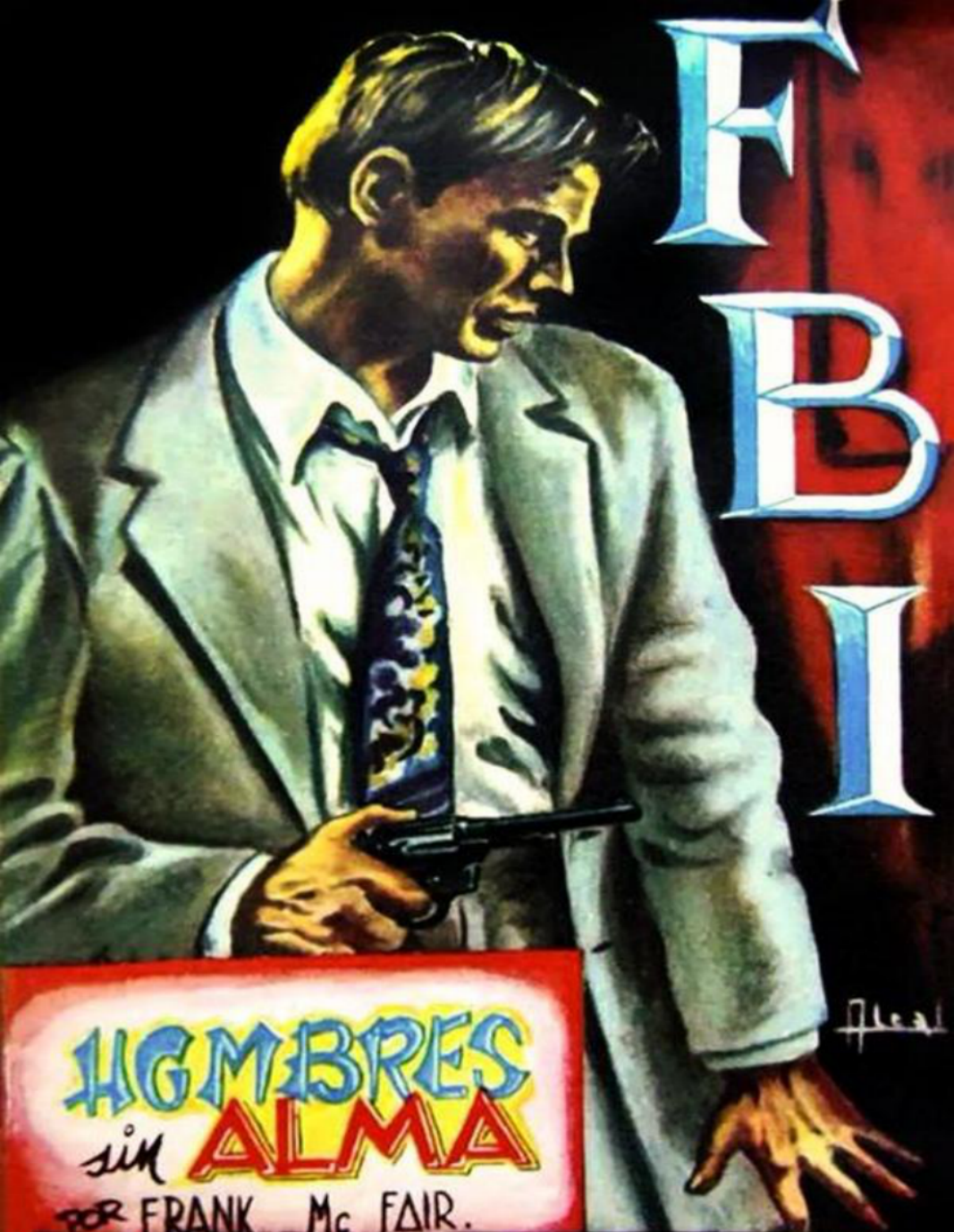




FBI

HOMBRES
SIM ALMA

POR FRANK Mc FAIR.

FRANK McFAIR

HOMBRES SIN ALMA



OBRAS PUBLICADAS DE FRANK McFAIR

EN SELECCIONES «NEVADA»:

- «Hombres de rapina», núm. 47.
- «Triple K», núm. 62.

EN EXTRAORDINARIA DEL OESTE:

- «Los libertadores de Texas», núm. 39.
- «Viento mortal», núm. 45.
- «Cinco ases y el comodín», núm. 55.
- «De sangre perversa», núm. 79.

EN F. B. I.:

- «Luchando en la sombra», núm. 5 (2.^a edición).
- «La ruta de la locura», núm. 8 (2.^a edición).
- «Sangre», núm. 13 (2.^a edición).
- «Armonías de muerte», núm. 22 (2.^a edición).
- «La muerte alada», núm. 27.
- «Contrabando funesto», núm. 31.
- «Palestina en llamas», núm. 40.
- «La huida de Varkar», núm. 48.
- «La bestia escarlata», núm. 58.
- «Billetes malditos», núm. 61.
- «Camaradas enemigos», núm. 63.
- «Cita de madrugada», núm. 66.
- «Loup-Garou», núm. 69.
- «Mirad a las sombras», núm. 71.
- «El confidente», núm. 74.
- «Hora "D"», núm. 82.
- «Contrato siniestro», núm. 87.



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris. (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde. (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra. (2.ª edición.) (3).
6. Contra Scotland Yard. (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón. (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura. (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva. (2.ª edición.) (4).
10. La redada. (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai. (2.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters. (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos. (2.ª edición.) (6).
15. El Hombre de las Tres Caras. (2.ª edición.) (7).
16. Tánger. (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín. (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición. (2.ª edición.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico. (2.ª edición.) (1).
21. El Delator. (6).
22. Armonías de muerte. (3).
23. Destinos cruzados. (1).
24. Persecución. (5).
25. Una ciudad abierta. (4).
26. Horas trágicas. (7).
27. La muerte alada. (3).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro. (6).
30. Trampas mortales. (5).
31. Contrabando funesto. (5).
32. Nueva York-San Francisco. (7).
33. Entre rejas. (1).
34. Muerte en el Caribe. (6).
35. Secuestro. (5).
36. El dueño del mundo. (4).
37. Hermano contra hermano. (7).
38. Filibusteros modernos. (2).
39. Palestina en llamas. (3).
40. La ley del terror. (8).
41. A la desesperada. (5).
42. La promoción de la muerte. (6).
43. Tinieblas. (1).
44. Espías en la noche. (2).
45. Fidelidad. (6).
46. Sin cuartel. (7).
47. Armour, expulsado. (5).
48. La huida de Varka. (3).
49. La Maffia. (1).
50. Alaska, final de ruta. (8).
51. Tras el telón de acero. (6).
52. Gangsters de guante blanco. (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena. (5).
55. El genio del mal. (6).
56. Hombres armados. (10).
57. Pavorosa elección. (5).

58. La bestia escarlata, (3).
 59. Huellas de ultratumba, (11).
 60. S. O. S., (8).
 61. Billetes malditos, (3).
 62. Camino de perdición, (12).
 63. Camaradas enemigos, (3).
 64. A la deriva, (6).
 65. ¡Odio! (1).
 66. Cita de madrugada, (3).
 67. «Killer» a sueldo, (5).
 68. Muerte en el atardecer, (4).
 69. Loup-Garou, (3).
 70. Punto final, (5).
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).
 72. Entre esas brumas... (5).
 73. Tortura, (13).
 74. El confidente, (3).
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Rocco, (5).
 77. El vengador negro, (1).
 78. ¡Codicia! (8).
 79. Sentenciado, (6).
 80. Secreto de Estado, (4).
 81. Alias «Lugger», (5).
 82. Hora «D», (3).
 83. Carne de horca, (4).
 84. Tráfico mortal (8).
 85. Jack, el invencible (1).
 86. Rastros perdidos, (6).
 87. Contrato siniestro (3).
 88. Traición sangrienta (14).
 89. Al borde del abismo (5).
 90. Crimen y justicia, (1).

En preparación:

¡SABOTAJE!

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Manz, | (6) Alar Benet, | (11) Thomas Settee, |
| (2) Fred Baxter, | (7) A. G. Murphy, | (12) John Nebot, |
| (3) Frank McFair, | (8) Lewis Haroc, | (13) Thomas Wanton |
| (4) Eddie Thorny, | (9) J. L. Martin, | (14) F. N. Graw, |
| (5) O. C. Tavin, | (10) Jack Brooklyn, | |



OS látigos chasquearon húmedamente sobre las espaldas de ébano, todas ellas ya cubiertas de rojos y amoratados verdugones. El reciente chubasco hacía más difícil la marcha, porque la arena se había convertido en un barrizal que se pegaba a los tobillos de los encadenados negros, que tiraba de ellos y apenas les dejaba levantar los cansados y doloridos pies. Porque un negro está acostumbrado a caminar descalzo, pero no cuando han roto su voluntad por medio de palos en las palmas da los pies.

Una mujer gimió, un poco a la derecha de Kama, el gigantesco «galla»¹ de rapada cabeza. No hacía falta a Kama volver la cabeza para descubrir quién era. Lo sabía. La había oído gemir de la misma manera, como un animal enfermo, desde que el brutal capataz árabe arrojara a su hijito, de seis meses, a las arenas movedizas de Abara. Cualquier indígena sabría salir de aquellas arenas, pero un niño de seis meses, pataleando... Dios no podría perdonárselo jamás. Y la madre seguía gimiendo, a pesar de que su espalda era ya un puro andrajo de piel lacerada.

—¡Canallas! —murmuró Kama.

El guardián árabe que caminaba más cerca de él oyó el sonido de la voz, aun cuando no pudo entender las palabras, e, inmediatamente, lanzó la correa silbante de su látigo hacia el joven. Pero los latigazos no lograrían jamás domeñar a un jefe galla, un gran jefe, que había preferido quedarse con los suyos en vez de huir a las montañas para salvarse. Por eso había caído en manos de los árabes. Sólo sus magníficas espaldas y sus robustos brazos le habían salvado de la muerte, cuando, por resistir a los enemigos seculares de su tribu, dio muerte a tres mercaderes con su rifle «Torreanunzlata», ya que estos pensaban venderlo en, por lo, menos, mil quinientos dólares.

—Calla, Kama —dijo la muchacha que iba a su lado en un vibrante susurro—. Calla, por Dios. Acabarán por matarte.

—No, soy muy fuerte —dijo él en su dialecto natal—. Dios nos protegerá de estos perros.

La muchacha galla suspiró con desesperación. A ella no le habían pegado, para no llenar de cicatrices la bellísima espalda color café con leche. Como esclava de cualquier dignatario yemenita, podría valer muy bien mil dólares. Era una joven de dieciséis años, bien desarrollada, como todas sus paisanas, y con las facciones extrañamente correctas. La nariz no era aplastada, sino ligeramente arqueada, porque por sus venas corría la sangre semítica de los primeros pobladores de Abisinia. Estaba destinada a ser esposa de Kama el año siguiente, pero los mercaderes de esclavos habían interrumpido todo.

Tanto Kama como su prometida Tari habían asimilado parte de la civilización italiana y no eran un par de salvajes vulgares. Habían estudiado en una escuela en Maji, y Kama cursó estudios superiores en la Universidad de Addis-Abeba. Pero a la muerte de su padre, el ras Yasu², hubo de hacerse cargo de la administración de su pueblo, bajo la tutela de su tío, el ras Kasari. Si hubiera permanecido en él, jamás los mercaderes árabes de esclavos hubieran podido hacerle prisionero. Pero había ido con su prometida a Makale, en pleno desierto danakil, al otro lado de Etiopía, a visitar a unos parientes. Y tuvieron la desgracia de tropezar con aquella partida de mercaderes, que saquearon la aldea en que se encontraban.

Ninguno de los dos podía resignarse, como aquellos miserables danakils se resignaban. Y es que ellos no habían conocido la opresión, mientras que aquellos despojos humados no habían conocido otra forma de vida. Oprimidos por el ras feudal, primero; por el emperador, después; dirigidos por los italianos, más tarde... No conocían otra vida. Pasaban de la semilibertad de que gozaban a la completa esclavitud: ello no les afectaba más que físicamente.

—Si no estuvieses tú, Tari... —dijo Kama en voz muy baja—, ya me habría escapado.

—Los ingleses nos protegerán... —empezó ella.

—No lo sabrán jamás, si nos llevan a Arabia —respondió Kama, obsesionado siempre por la misma idea—. Si no estuvieses tú...

En aquel momento, dos de los guardianes se aproximaron a ellos, repartiendo latigazos entre los miserables. En varios sitios se oyeron palabras en danakil, avisando que al que hiciese el menor ruido se le mataría en el momento, y Kama comprendió que habían llegado muy cerca de su punto de destino. Él tenía bien presente el camino que habían llevado, porque solo caminaban de noche, para escapar a las patrullas de «askarts»³ eritreos y somalíes al servicio

de los ingleses, y se había ido fijando en la posición de las estrellas. Sabía que hacía dos noches que habían penetrado, dejando el seco e inhabitado desierto danakil, en la Eritrea. Y de que les llevaban a un puerto del sur del territorio, no la quedaba ninguna duda. A Assab o a Rahelta, con toda seguridad. Luego, ya sabía el camino que seguirían. Una hilera de lanchas que cruzaría el Bab-el-Mandeb y atracaría al otro lado del mar Rojo, en el Yemen, ya en la península arábiga.

No podía haber un destino peor para ellos, y la muerte era preferible mil veces; pero no podía olvidar a su pequeña compañera, a la dulce Tari, la de los negros y enormes ojos y la del cuerpo como un mimbre del Nilo azul. Por ella tendría que sufrir la más atroz de las suertes: la de la esclavitud en cualquier palacio de mármol o el trabajo agotador de las salinas, mucho peor que la misma muerte. A los que trabajaban en las salinas, en las pésimas condiciones que ni los mismos ingleses han podido mejorar, les salen unas llagas ulcerosas en las piernas y llegan a perder el uso de estos miembros al cabo del tiempo.

El látigo se pegó de nuevo a su espalda y luego le cruzó el vientre con un ruido de succión. Kama era fuerte, muy fuerte. Los mejores atletas italianos y etíopes jamás pudieron vencerle en la lucha, en el lanzamiento del disco ni en el de la jabalina, y era capaz, como nuevo Caupolicán, de llevar sobre sus hombros, durante dos días seguidos, sin dormir ni dejar de andar, un tronco de árbol de doscientas libras de peso. Por ello, el dolor de los latigazos era siempre más moral que físico. No obstante, el último le hizo vacilar. Cerró los labios fuertemente, mordiendo una ramita que había logrado ponerse entre los dientes, y partió esta. Luego, con la espalda encorvada, sintiendo que el sudor, mezclado con la sangre, le corría por la espalda, siguió adelante. Una mano pequeña, suave, se apoyó en su brazo, en la oscuridad, y sintió el aliento de su compañera cerca de él. Era la única manera que tenía la niña de expresarle su dolor. Dos lágrimas candentes brotaron de los ojos del etíope y rodaron por sus mejillas. Lágrimas por la suerte que pudiera correr la muchachita en manos de los salaces yemenitas o sauditas, presa de aquellos dignatarios feudales árabes que vivían envueltos en un oprimiente lujo, rodeados de cientos de esposas, mientras sus súbditos morían como moscas, víctimas de enfermedades y malos tratos. Una rosa oscura, como Tari, sería elevada inmediatamente a la «dignidad» de esclava, pronta a satisfacer todos los caprichos de su corrompido señor. Es decir, del hombre que la había comprado como si fuese una cabra.

Los negros alzaron sus cabezas. Hasta ellos había llegado un olor, un algo casi imperceptible, que casi ninguno de ellos había sentido antes. Kama sí lo conocía: era el aroma salado, salitroso, del mar. Estaban a muy poca distancia del bíblico mar Rojo. Sólo una franja de arena espesa y húmeda se interponía entre ellos y las ondas arremolinadas de La Puerta de las Lágrimas, el estrecho de Bab-el-Mandeb, por el que el Rojo mezcla sus aguas con el golfo de Adén.

El silencio en la completa oscuridad de la noche, era impresionante. Nadie creería que Semejante grupo de gente pudiera moverse tan en completo silencio, pero este milagro lo habían conseguido bien los látigos de los negreros.

Unos deseos frenéticos de romper sus ataduras y lanzarse sobre sus aprehensores, hacer algo, lo que fuese, en el momento postrero en que iban a obligarles a abandonar África, se apoderó con la violencia de una marea, del ras Kama; pero un supremo esfuerzo de su voluntad lo contuvo. Después de todo, tenía que cuidar de su compañera, y la mejor manera de hacerlo, sería estar cerca de ella. Después de todo, él era un príncipe etíope, no un miserable campesino danakil, del que nadie se cuidaría, ni siquiera su propio ras. Su desaparición, al mismo tiempo que la de algunas docenas de semisalvajes súbditos abisinios, tendría forzosamente que llamar la atención. Y su tío, el ras Kasari, era primo lejano del emperador, del propio Haile Selasie. Algo tendrían que hacer.

En ese momento llegaron a la rocosa orilla. La mujer que había perdido su hijo volvió a gemir sordamente inconsolable, como un animal al que hubieran arrebatado su reciente camada. Entones Kama, horrorizado, se dio cuenta de que los negreros estaban muy asustadas por los gemidos y que harían cualquier cosa con tal de silenciarlos.

—¡Calla, mujer! —le susurró, al ver cerca de sí a la doliente—. ¡Calla, por tu vida!

En la absoluta negrura, no pudo distinguir hacia dónde miraba la mujer; pero, de pronto, esta lanzó un alarido, igual, semejante al que había lanzado cuando el capataz árabe le quitó a su niño y lo lanzó con fuerza sobre las arenas movedizas. Un aullido de loba herida en lo más profundo de sus fibras maternas, la despedida a la tierra en que yacía su propia carne y sangre.

El aullido se cortó bruscamente y Kama sintió el ruido de un cuerpo que chocaba contra otro. Luego, un gemido ahogado, y... nada, después. Un cadáver más jalonaba el camino de los traficantes de esclavos negros. E, instantes después, embarcaban en la fila de

gabarras, tiradas por una motora. A lo lejos, guiñaba el faro de la isla de Perim, la base naval inglesa.

* * *

El sol se estrellaba en las cegadoramente blancas construcciones de Sana y refulgía en las brillantes bayonetas y en los bronceos cuentos de las lanzas de los soldados de guardia ante el palacio del Imán. La capital del Yemen se recogía en sus casas para buscar un poco de frescura en las enloquecedoras horas del mediodía arábigo. Sólo unos cuantos viandantes, llegados de todos los barrios de Sana, se dirigían apresuradamente, bajo las sombrillas con que sus esclavos les protegían las enturbantadas cabezas, hacia una casona, pintada de gris claro, en una de las callejuelas que dan a la plaza del Sultanato, bordeada de palmeras susurrantes.

El calor era espantoso en el interior. Ni siquiera los chorros de agua que brotaban de la fuente central del patio en forma de claustro con peristilo, lograban refrescar un poco el ambiente caliginoso. Pero a la mayor parte de los hombres que se habían reunido en el patio, les importaba poco el calor. Estaban allí por cuestión de negocios, y estos no reconocen clima, por malo que sea.

Había un tablado en medio del patio, y en este tablado estaba un hombre vestido a la europea, pero con la cabeza tocada con un turbante, en el que lucía una cinta verde. Una detonante corbata americana ceñía su cuello blando y parecía muy satisfecho y próspero. Algunos de los árabes que se agrupaban en los lados del tablado, le dirigían bromas acerca de su indumentaria, y él replicaba chanceramente. Luego, de pronto, alzó la mano.

—No podemos perder mucho tiempo aquí —dijo—. La Policía...

Hubo carcajadas sin freno por todas partes. Un viejo yemenita, con una barba de cabra que le llegaba al pecho, abría la desdentaba boca, con mucho regocijo.

—¡Ja! —decía, hiposo—. ¡La Policía! Este Bukir... ¡La Policía!

Dos hombres aparecieron, llevando a otro atado entre ellos. Los guardianes eran árabes, de torsos delgados y de nervudos brazos. El prisionero...

Un suspiro de admiración se elevó entre el grupo de árabes. El prisionero tenía la constitución del Hermes de Praxíteles. Un pecho amplio, fuertemente musculado; caderas estrechas, piernas como recios troncos y unos brazos en los que los paquetes musculares saltaban al menor movimiento, como si estuvieran vivos.

—¡Por el Profeta! —dijo «Barba de Cabra». ¡Buen rocín! Uno

como ese estoy necesitando hace tiempo...

El negro atado era un magnífico ejemplar de hombre, con la esclerótica inmaculada, no amarillenta, como suele ocurrirles a los africanos; los dientes, blancos y fuertes, entre los que destacaban los agudos colmillos indicadores del hombre que gusta de la carne, y con el pelo corto y rizado, pero no lanudo. Sus ojos brillaban sombríamente, con un odio que se palpaba casi.

—Pues será tuyo por muy poco dinero —dijo Bukir, tentando los músculos del prisionero—. Mirad qué complexión, Qué fuerza. Un auténtico nubio...

Hubo otro estallido de risas, que nadie intentaba frenar. «Barba de Cabra» se dislocaba entre contorsiones faciales.

—¡Un nublo!... —gimió, ahogado por las carcajadas—. ¡Ah, este Bukir!... No puede dejar de chancearse...

—Pues yo no lo tomo a broma —dijo otro de los presentes, un individuo muy alto y flaco, de nariz de buitre y ojos en los que brillaba el fanatismo—. Ese hombre es un abisinio.

—¡Un abisinio! —retrucó, dignamente, Bukir—. ¡Vamos, tú estás loco, señor! ¿Un abisinio? Allah es testigo...

—Ese individuo es un abisinio —declaró el otro, inquebrantable—. No seré yo quien compre un esclavo abisinio. Los ingleses podrían descubrirlo y me costaría caro.

—¡Bah, el Imán⁴ nos protegerá! —dijo «Barba de Cabra»—. Me quedo con él por cien dólares.

—¿Cien dólares? —preguntó el escandalizado Bukir—. ¡Vamos, señor, tú bromeas! ¡Cien dólares! ¡Sólo una pierna del negro vale esa cantidad! Pero, señor, observa qué fuerza, qué raza... de nubio, tiene este esclavo. Mil dólares pido por él y habrá quien me los dé.

«Barba de Cabra» se metió los dedos entre aquella maleza capilar y pareció reflexionar profundamente. Luego, como si hubiese descubierto de pronto la luna, ofreció quinientos dólares. Bukir se estremeció como si le hubiesen acometido fiebres tercianas y declaró que el señor estaba loco, rematadamente loco. Y entre medias de las risas de los concurrentes, prosiguió el regateo, sin el cual los árabes no se divierten en sus transacciones comerciales.

Por fin, el negro Kama, el esclavo Que en su tierra era príncipe, fue cedido a Moktar-el-Moktar en mil cien dólares. Al instante, dos criados de «Barba de Cabra» se hicieron cargo del esclavo y se lo llevaron. Pero antes, de pronto, se volvió hacia ellos, y les lanzó, con la cara contraída:

—¡Perros! ¡Pagaréis esto con la muerte!

Les había hablado en árabe y los compradores lo miraron,

asombrados. Pero «Barba de Cabra» reaccionó pronto.

—Dadle unos latigazos, hijos míos —dijo a sus otros esclavos. Veinticinco palos en la espalda —agregó, con indiferencia, porque acababa de ver entrar a un nuevo cargamento humano. Esta vez...

Esta vez era algo sorprendente. Por regla general, los árabes están acostumbrados a ver mujeres hermosas, de todos los colores imaginables: negras hijas de Nubla, de labios abultados y andares cimbreantes; tostadas y flexibles muchachas de los desiertos africanos, caucasianas blancas de ojos azules y cabello como una cascada de oro, morenas armenias de ojos misteriosos, y palestinas lánguidas, en cuyos ojos se prende uno irremisiblemente cuando se las contempla por primera vez.

Esta era distinta: de color café con leche claro, de enormes ojos oscuros, de nariz ligeramente aquilina y con el pelo largo, que le llegaba casi hasta las caderas. Iba vestida con una especie de «sari»⁵ que le cubría todo el cuerpo, pero que no podía disimular sus espléndidas formas. Y era muy joven, apenas una adolescente.

—¡Por las barbas del Profeta! —dijo «Barba de Cabra». ¡Vaya, Bukir, buen cargamento has logrado esta vez! ¡Por mí vida! La compro.

—Es una etíope—insistió el hombre de los ojos de fanático—. Son etíopes todos, os lo advierto.

—Etíopes o nublos, todos me valen a mí —declaró Moktar—. Esa esclava pasará al servicio de Suleima, mi primera mujer. Ya lo creo.

—Vendrán los ingleses —dijo el otro—. Yo no quiero nada con ese cargamento. Traedme buenos nubios o sudaneses, pero no etíopes.

La muchacha escuchaba la conversación, como entre sueños. Aún no había logrado darse plenamente cuenta de que la estaban vendiendo como si fuese una gallina, de que hombres desconocidos que la observaban con ojos salaces, podían optar por ella. De que la habían separado violentamente de su amado Kama, su príncipe, y de que aquellas miradas la quemaban. Las lágrimas rodaban por sus mejillas ininterrumpidamente, y su cuerpo se estremecía por epilépticos sollozos. No comprendía nada, no entendía nada y solo podía pensar que aquello era una pesadilla, que se despertaría de un momento a otro en su hamaca, allá, en Maji, su ciudad natal, y que vería a los soldados de la guardia del ras Kasari, el tío de su prometido, pasearse, lanza al brazo, por delante del palacio.

El hombre de los ojos atormentados y fanáticos dio media vuelta y salió del patio, andando muy deprisa. Bukir rio y la subasta

comenzó de nuevo. Esta vez, un joven dignatario de la corte del imán pujó por Tari hasta llegar a novecientos dólares, pero Moktar no estaba dispuesto a ceder aquella joven presa. Puso doscientos dólares más sobre el satisfecho vendedor, y este le adjudicó a la muchacha.

—¡Vaya! —dijo, muy contento—. Soy dos mil doscientos dólares más pobre que esta mañana; pero ¡qué hermosura! ¡Allah es grande y bueno con sus fieles! Él os guarde, hermanos.

Y se marchó, rodeado de sus esclavos, mientras los demás lo miraban envidiosamente, disponiéndose a pujar por los que vinieran ahora. La carne martirizada de los esclavos pasó ante sus ojos ávidos y cada uno de ellos eligió uno o dos para su servicio particular o para sus campos. Por fin, cuando el último esclavo fue vendido, Bukir, frotándose las manos satisfecho, abandonó el patio. Atravesó una habitación vacía, en cuyo suelo había una piscina, en la que se bañaban dos niños pequeños, cruzó varios corredores estrechos y por fin llegó hasta una puerta cubierta de arabescos grabados en la madera. Llamó con dos suaves golpecitos, y una voz, desde dentro, le autorizó a pasar.

La habitación estaba completamente en sombra, pero Bukir pudo distinguir una figura, reclinada en una especie de otomana, en uno de los rincones. Se dirigió hacia ella y se paró a pocos pasos.

—¿Listo? —preguntó la voz.

—Sí, señor. Todos. En total, cinco mil dólares. Era una mercancía no muy buena. Solamente había dos ejemplares que valiesen la pena. Dos... etíopes.

—Lo sé. Hussein fue muy arriesgado atravesando la frontera, pero le salió bien. ¿Dónde está?

Bukir se movió, intranquilo.

—No lo sé, señor. Yo creo que...

—Ya. Está cumpliendo ese precepto que prohíbe a los buenos musulmanes beber alcohol. ¡Ese imbécil!...

—Es un perro descreído —opinó Bukir, encantado de que aquel hombre pensase como él—. No hace más que beber cuando no hay trabajo. No sé de dónde puede sacar el alcohol.

—Te interesaría saberlo, ¿eh? —preguntó la figura, burlonamente—. No me extrañaría que también te gustase probar lo prohibido alguna vez.

—¿Yo? Allah es testigo de que jamás pase semejante idea blasfema por mí cabeza, señor. Él lo sabe, puesto que Él sabe todas las cosas.

Hubo un silencio.

—Yo me volveré a Asmara esta misma tarde. Procura que nadie se vaya de la lengua. Si el Imán se enterase de algo, nos costaría la vida a todos. O, por lo menos, la libertad. El cónsul americano lo ha ido a visitar hoy mismo. Y el inglés lo hizo hace poco. Ha habido filtraciones.

—No sé, señor... —dijo Bukir, que parecía un poco atemorizado—. ¿No sería mejor marcharnos a...?

—No seas imbécil. El imán nos metería en la cárcel si pudiera, pero eso no ocurrirá ¿Te olvidas de que tenemos influencias? —se rio, con risa muy desagradable—. Vamos, vete, estúpido. Y procura no hacer tonterías.



¿El mejor **REGALO** para su hijo?
EXTRAORDINARIO

de

AVENTURAS DEL F. B. I.

|EMOCION| |RISA| |CULTURA| |ARTE|

|COLOR| |CALIDAD|

|32 páginas maravillosas sólo por 4 ptas.!

II



SMARA, la capital de lo que fue Eritrea italiana y que hoy, al obligar a Italia a prescindir de sus colonias, quedó bajo la administración militar británica, tiene en la actualidad cien mil habitantes, y es una ciudad bastante moderna en lo que cabe. La política colonial italiana ha sido siempre bastante diferente de la dureza francesa o el egoísmo británico. Sabido es que los italianos han hecho bastante en favor de sus colonias y no han sido sus indígenas los que más motivo han tenido para quejarse. Se podría afirmar que al contrario. Asmara tiene amplias calles, bordeadas de palmeras, anchas plazas, buenos servicios sanitarios y bastantes cosas más. No es, desde luego, una ciudad fea. Hay Quien la prefiere a Djibuti, la capital de la Somalia francesa, pero eso es cuestión de gustos.

En la plaza de Milán se alza un edificio de cinco pisos, sobre el que antaño ondeó la bandera roja, verde y blanca; pero en el que ahora flotan las cruces superpuestas del pabellón de la Unión Jack. Aquella calurosa mañana, dos hombres atravesaron la puerta, después que el centinela hubo llamado a un sargento británico. Este precedió a los dos hombres por una serie de corredores, hasta que llegaron a una puerta de cristal esmerilado, donde había otro centinela, también inglés. Un momento después, los dos hombres estaban en presencia de sir Herbert Cunningham, gobernador militar de Eritrea.

Sir Herbert era un ulsteriano alto, de pelo muy blanco, pero joven aún, y vestía la guerrera caqui del Ejército inglés, con el laurel dorado sobre fondo rojo en las solapas, y la corona imperial y el clavo de general de División en las charreteras. Tendió la mano, cordialmente a uno de los hombres y miró interrogativamente al otro.

—¿Cómo está usted, Castle? —preguntó, muy efusivo.

William Castle, cónsul de los Estados Unidos en Asmara, indicó a

su compañero con el índice.

—Le presento a míster Kurt Larsen, un funcionario compatriota mío —dijo.

Cunningham tendió la mano a Larsen, mientras sus fríos ojos azules examinaban atenta, aunque discretamente, al hombre. Se vio frente a un gigante de unos treinta años, de pelo color de miel, ojos cálidamente azules y la faz muy tostada. Un auténtico escandinavo.

—Un... empleado del Gobierno —dijo el general, con mucho tacto—. Ya... Bien, caballeros, sírvanse tomar asiento y pediré un poco de «whisky» con mucho hielo. A pesar del tiempo que llevo en la colonia, aún no he podido acostumbrarme a este calor.

Eso era mentira evidentemente, porque se mostraba fresco como una lechuga. Kurt Larsen se encontró pensando, de pronto, qué diablos tenían los ingleses que parecían encontrarse a gusto en cualquier clima, tanto en la India como en la Antártica. El mismo sufría mucho por el calor, porque de su padre, finlandés de nacimiento, había heredado el amor al frío. Y su madre, americana de remoto origen alemán, tampoco le había predispuesto al excesivo calor. Y ahora lo estaba pasando no muy bien.

Bebieron en silencio, y luego, los fríos ojos de sir Herbert se fijaron en Castle.

—Bien, mí querido amigo. Espero que me diga en qué puedo servirle.

Castle se inclinó sobre la mesa sin apartar la vista.

—Mire, excelencia. Han llegado a mis oídos ciertas quejas que... Bueno, que habría que aclarar.

—Le ruego que se explique —dijo el general, siempre con la misma corrección fría y distante.

Aquel hombre era un ventisquero, pensó Larsen, sintiéndose molesto. A él le gustaba ir al grano siempre, pero se daba cuenta de que con aquel inglés no iban a tener mucha ayuda.

—Se trata, sencillamente, del problema de la esclavitud —dijo por fin Castle.

El general abrió mucho los ojos, sorprendido, al parecer.

—Míster Castle... —protestó, con tan gran distinción que a Kurt le sacó de quicio.

Aquel hombre parecía convencido, como muchos ingleses, de que la raza británica ha acaparado el noventa por ciento del sentido común que anda suelto por el mundo. Parecía estar pensando que Castle estaba loco o borracho o que se portaba demasiado americanamente. Y el haber nacido en los Estados Unidos era una desgracia, a juicio de sir Herbert Cunningham.

Castle se dio cuenta de la mirada del otro.

—Estoy hablando en serio, señor gobernador —dijo, con firmeza—. Debe estar usted enterado de que ha habido una interpelación en la O. N. U.

Sir Herbert agitó una blanca mano en el aire, como desechando todo temor americano.

—Lo sé, lo sé; pero eso no nos concierne a nosotros... —empezó a decir.

—Los esclavos llegan a Arabia y muchos de ellos pasan por aquí, señor —interrumpió Kurt, con cierta violencia—. Pero hay algo más aún. Se tienen noticias de Makali de que una aldea ha sido arrasada por mercaderes árabes de esclavos.

—¿Makali? —preguntó sir Herbert, entornando los ojos—. Me permito recordarle que Makali se encuentra en Abisinia, no en Eritrea, si es que mi memoria no flaquea.

—Evidentemente no flaquea —respondió Kurt con prontitud, mientras sus azules ojos parecían echar chispas de indignación—. Pero los ladrones de esclavos han atravesado Eritrea con su cargamento. El cadáver de una mujer ha aparecido un poco al sur de Raheita. Es, señor... una mujer danakil, es decir, abisinia. Es decir...

E hizo una pausa significativa. Ninguno de ellos podría adivinar los pensamientos de sir Herbert Cunningham, pero no eran nada agradables en aquel momento. Claro que estaba enterado de todo, pero antes hubiera perdido el brazo derecho que confesarlo ante aquellos americanos. Pero ahora no tenía más remedio que darse por enterado.

—Veré qué es eso —dijo, con aspecto preocupado. Tocó un timbre, y un oficial inglés, en mangas de camisa y con pantalón corto, apareció en la puerta—. Llame al jefe de Policía —le dijo.

Cuando se quedaron solos, se volvió hacia Castle, ignorando conscientemente a Kurt Larsen.

—Tenga la bondad de explicarme, míster Castle —dijo con frialdad—. Mis muchas ocupaciones...

Castle era demasiado diplomático para dar a entender lo que pensaba de las ocupaciones del inglés. En vez de ello dijo:

—Ha habido una interpelación sobre el tráfico de esclavos, que continúa, a pesar de las convenciones de Ginebra. Miles de desgraciados negros atraviesan el mar Rojo todos los años para ser vendidos en Sana, en La Meca y en otros puntos de Arabia. No necesito decirle que las mujeres americanas han puesto el grito en el cielo y unos cuantos senadores de los Estados Unidos han

preguntado que qué es lo que está haciendo el Gobierno de su Graciosa Majestad aquí, que no puede evitarlo, mientras que los italianos sí que lo evitaban. Ya ve que soy sincero.

—¡Bah, los italianos! —dijo sir Herbert, despectivo.

—Sea lo que sea, el caso es que esto ocurre, sir Herbert, y que hay que ponerle coto.

—Claro. Y ¿es por eso, míster... hum... Larsen, por lo que está usted en Asmara? —preguntó de pronto el inglés, volviéndose hacia Kurt. Este movió la cabeza negativamente, sonriendo.

—No, señor. He venido en viaje de turismo. Sólo mi parentesco con míster Castle me ha hecho tratar de ayudarle.

—Ya... —dijo, pensativo, sir Herbert—. ¡Ah, aquí está el jefe de la Policía!

Este era un inglés pequeñín, casi calvo, de cara afilada como la de un hurón y con los brillantes ojos de este mustélido. Miró interrogativamente a sir Herbert y este empezó a hablar enseguida. Kurt se dio cuenta de que el semblante del jefe de Policía reflejaba sorpresa y de que una de las veces iba a hablar. Pero un gesto impreciso de sir Herbert le hizo callar.

«—Viejo lagarto —pensó Kurt Larsen, enfurecido—. Estoy seguro de que ya sabía todo esto, pero se lo hace explicar delante de nosotros para que creamos que estaba en ayunas».

El jefe de Policía hizo su exposición, pero al terminar, expuso una duda: La de que la mujer fuese de raza danakil. Castle se encogió despreciativamente de hombros.

—Es una danakil —dijo terminantemente—. Mi criado indígena pertenece a esa tribu, y lo afirma terminantemente.

El jefe de Policía miró escrutador a Castle.

—¿Puedo preguntarle cómo logró su criado ver a esa mujer? —preguntó cortésmente—. No acostumbra a enseñarse los cuerpos a todo el que quiere verlos.

El cónsul se puso en pie de una manera airada. La frialdad de pez de aquella pareja de ingleses, le estaba poniendo al borde de la apoplejía.

—Lo siento, excelencia —dijo—. Me limitaré a poner al corriente a mí Gobierno. En cuanto a lo de la mujer, les diré que mi criado es primo de uno de los que la recogieron. Muy buenos días, sir Herbert.

Los dos americanos salieron a la calle. El cónsul Castle se limpió la sudorosa frente con un pañuelo.

—¡Cielos! —dijo—. Estoy harto, más que harto.

—Ese hombre está ocultando a los mercaderes de esclavos —dijo

Kurt, pensativo—, ¿no cree usted?

—No, hijo. Conozco un poco a sir Herbert. Lo que le ocurre es que, como inglés, no quiere demostrar ignorancia ante un americano, quiere ser él el que descubra la cosa. Le aseguro que si pesca a algún tratante de esclavos lo ahorca al momento, pero quiere ser «él». No nosotros.

—No me importa quien sea, con tal de que sea —dijo Kurt—. Ya sabe usted mis instrucciones. Y no olvide que estoy aquí en viaje de turismo para visitar a mí primo míster Castle. Pero ya que Cunningham se pone es esa postura idiota... Bueno, me pondré a trabajar.

—Bien hecho, hijo. Le ayudaré todo lo que pueda.

El consulado americano estaba en la antigua Vía del Fascio, que ahora se llamaba, pomposamente, Boulevard de los Aliados. Era un edificio de dos pisos, bastante nuevo. En la puerta, había un criado abisinio esperando.

—Un gran señor espera a usted, señor—le dijo a Castle con una ligera reverencia—. En el despacho.

Ambos hombres pasaron al despacho, amueblado con lo indispensable, ya que el exceso de muebles hace parecer mayor el calor. Sentado en una butaca, había un hombre que se levantó al entrar ellos.

—Buenos días, señores —dijo en correcto inglés.

—¿Cómo está, míster Marori? —preguntó Castle—. Siéntese, por favor. Le presento a míster Larsen, un pariente mío.

—¿Cómo está usted, míster Larsen? —preguntó Marori—. Mucho gusto.

—Míster Marori es el cónsul de Abisinia —dijo Castle—. Siéntese, por favor. Pediré algo.

Después del primer sorbo de «whisky» escocés, míster Marori, un etíope de alta estatura y de dignos ademanes, empezó a hablar.

—Deseaba decirle a usted una cosa, míster Castle. Algo que todavía no he comunicado a sir Herbert, pero que he de hacer cuanto antes. Ya sabe usted...

Castle hizo un ademán, comprendiendo todo lo que pudiera referirse a Cunningham.

—Hable, míster Marori.

—Pues bien: el príncipe Kama Kasari ha desaparecido.

—¿Kama Kasari?

—Sí, señor. El sobrino del ras Kasari, de Kaffa⁶. El ras Kasari es primo de Su Majestad el emperador. Pero no vengo a molestarle por la simple desaparición. Es que el príncipe estaba haciendo un viaje

de visita a una aldea danakil, precisamente la aldea que ha sido saqueada por los mercaderes de esclavos. Sí, míster Castle, no nos engañemos. Los mercaderes de esclavos han cruzado la frontera de mi país con Eritrea. No es la primera vez que ocurre, pero sí será la última, aun cuando tengamos que perseguir a los traficantes dentro de las misma Eritrea.

Míster Castle se levantó y sacó una pipa de su bolsillo, pensativamente. Pero Kurt Larsen, que lo observaba con fijeza, se dio cuenta de lo nervioso que estaba.

—¿Está usted muy seguro de eso, Marori? —preguntó de pronto el cónsul americano.

—Sí, míster Castle. Estamos completamente seguros. El príncipe Kama viajaba con su prometida y su escolta. En Sereba tenían su alojamiento, pero acostumbraban a dar grandes paseos. En uno de ellos desaparecieron. Y al poco tiempo, se tuvieron noticias de que toda una aldea, con más de veinte familias, había sido saqueada. Nadie, sino los traficantes de esclavos, pudieron hacerlo. Y luego, el cadáver de esa mujer aparecido aquí, en Eritrea, en Raheita. No, míster Castle, estamos completamente seguros. Y, le diré una cosa: el ras Kasari tiene diez mil soldados aguerridos, armados con fusiles, dispuestos para llegar en carros y en camiones a la frontera, arriesgándose a lo que sea. Porque a esos diez mil soldados puede agregar en un momento otros cincuenta mil, igualmente armados. Y los rases de Tigré, de Amhara, de Godjan y de Danakil lo apoyarán, porque son amigos suyos. El emperador está en estos momentos conferenciando con el ras Kasari para evitar que todo se pierda si el príncipe invade Eritrea. Eso supondría la guerra. Su majestad Haile Selasie no está muy contento con los ingleses en este asunto, míster Castle.

—Lo sé, lo sé, ¡rayos! —dijo Castle, paseándose furiosamente por la habitación—. Pero está loco el príncipe Kasari si piensa que podría derrotar a los ingleses ni a los Askaris regulares.

El abisinio se levantó con gran dignidad.

—También lo sé yo, míster Castle, pero al menos, el ras haría ver al mundo que una nación perteneciente a la O. N. U. había tenido que atacar a otra porque esta no defendía sus intereses y permitía que la perjudicasen. En la convención de Ginebra se habla del esclavismo, míster Castle.

Kurt Larsen adelantó un paso.

—Perdone, míster Marori —dijo—. ¿Cuánto tiempo piensa esperar el ras Kasari antes de hacer algo irremediable?

El abisinio fijó en él sus oscuros ojos.

—Lo ignoro, míster Larsen, pero no puede ser mucho tiempo.

—Creo que podría tratar... —dijo Larsen, pensativo—. Si al menos encontrase a algún hombre que conociese el asunto...

De pronto, los dos cónsules, el americano y el etíope, se miraron y luego una Sonrisa amplia floreció en los labios de ambos.

—Mire, Kurt. No soy quién, pero si tuviese mayor autoridad, no vacilaría en encargarle de otro asunto. Hágalo, porque le conviene también a los Estados Unidos como al resto del mundo. Escuche: yo estaba aquí, en Asmara, antes de la guerra. Los italianos me internaron, pero se portaron bastante decentemente conmigo. Pues bien, pude enterarme que había un funcionario italiano que estaba al tanto de todos los problemas indígenas, un especialista, vamos. Un hombre muy Inteligente, al que vi un par de veces o tres. Se llama Marco Gentile y vive aquí, en Asmara, en la vía Vittorio Emmanuele.

—Gracias a él, los italianos fueron mucho más blandos con nosotros de lo que deseaban ciertos dirigentes de Roma —dijo Marori—. Es un gran tipo y siempre se opuso a la invasión de Etiopía.

—Lo único —dijo Castle, encendiendo de nuevo su pipa—es que los ingleses, que a veces pierden por completo el sentido de orientación, lo metieron en la cárcel al ocupar las tropas británicas el territorio de Eritrea. Eso lo enfureció y se negó a colaborar con las autoridades de ocupación. Pero no quiere marcharse de África, porque aquí está la tumba de su mujer, a la que adoraba. Lo que ese hombre no sepa acerca de los etíopes o eritreos, e incluso árabes, no vale la pena saberlo.

—Hablaré con sir Herbert ahora mismo —dijo Marori por su parte—. Esperen aquí, porque les comunicaré lo que haya. Además, seguramente que el embajador de los Estados Unidos en Addis Abeba ya está tratando de comunicarse con el gobernador inglés.

En aquel momento, sonó el teléfono. Castle lo cogió, e hizo una rápida seña a sus compañeros.

—Es él... —cuchicheó en voz baja. Luego, en tono alto, siguió—: Sí, sir Herbert. ¡Oh, claro que sí! No se preocupe. ¿El embajador americano en Addis Abeba? ¿Y el inglés? Me alegro, sir Herbert, me alegro mucho. Quizá pudiera... Bien, bien. Ya estoy tranquilo, señor. Gracias—y colgó—. Ese viejo pajarraco... —dijo, con cara un poco más satisfecha—. Han debido darle un buen baño el embajador inglés y él americano, porque está más suave que un guante. Ha dicho que va a investigar. Es decir, que van a hacer investigaciones. No tiene usted mucho tiempo que perder, Larsen.

—No, señor. Voy a ir ahora mismo a ver a Gentile. ¿Dijo usted en la Vía Vittorio Emmanuele?

—En el ciento seis. Dispénsese que no le acompañe, pero tengo que acunarme de algunas cosas antes. Marori, le invito a comer en mí club. Tenemos que seguir discutiendo, eso.



JEQUE BLANCO

es el apodo de un valeroso

agente secreto, norteamericano.

JEQUE BLANCO

es el título de una maravillosa serie de

Cuadernos Infantiles

al precio de 1,25 pesetas.

III



A Vía Vittorio Emmanuele es una gran calzada, con casas modernas a ambos lados, que corre convergente hacia el puerto, roza este, da una ligera curva y se dirige hacia la Vía Paganini. Ahora ha cambiado de nombre, pero para todos los habitantes de Asmara seguirá siendo la calle del bigotudo y simpático monarca italiano.

Kart Lateen no se cansaba de mirar a un lado y a otro, empapándose del sabor local, que, no es necesario decirlo, en África es más abundante que en cualquier otra parte, exceptuando, quizá. Asia. A aquella hora de la mañana, los indígenas habían sacado sus mercancías a la calle y voceaban negligentemente los precios, mientras que «harkas» de oscuros chiquillos se perseguían entre gritos agudos. Muchos de ellos llevaban todavía los restos de las camisas negras de las «giovineza» italianas, en las cuales había muchos chiquillos de color encuadrados. Aquellos mismos negritos, o sus hermanos mayores, habían desfilado, en unión de los «balillas» italianos, ante la presencia de personalidades metropolitanas, marcialmente, con las corbatas claras, las camisas negras y los cortos pantalones, fija la vista adelante, con inmenso regocijo de sus coloreados padres, al verlos tan arrogantes al lado de sus hermanos blancos.

Más allá era un contador de cuentos, mahometano, inventando estupendas y absurdas historias que conmovían y sobrecojían alternativamente a su auditorio, mientras que los cristianos coptos hacían sus compras para el domingo, ya que aquel día, viernes, tocaba holgar a los buenos mahometanos y el siguiente, sábado, los judíos cerrarían sus puertas.

Y, casi ante el número 106, encontró la calle taponada por un juicio al aire libre. Esta costumbre eritrea y abisinia es muy típica, pero también es causa muchas veces de congestión del tráfico, ya que los litigantes escogen los lugares más insospechados para dirimir sus diferencias de apreciación en cosas en las que no vale la

pena que intervenga la Ley general. Esta vez se trataba de un matrimonio que, mutuamente, se insultaba a placer, mientras que los vecinos iban tomando, sucesivamente, el partido de uno o de otro. La cara de atención con la que todos seguían las incidencias del juicio hizo reír a Larsen, ante los desmesurados gestos de la mujer, joven y fresca aún, que apostrofaba a su marido.

El 106. Era una casa de dos pisos, construida un poco a estilo «bungalow» colonial inglés, pero con ciertos detalles arquitectónicos que revelaban inmediatamente al artista meridional europeo. Larsen llamó a la puerta y esta se abrió al momento. Una doncella eritrea se le quedó mirando, muy respetuosa.

—Quiero ver al «signor» Gentile. Mi nombre es Larsen —dijo en italiano.

La muchacha hizo una ligera reverencia y desapareció. Luego, al cabo de un instante, regresó y echó a andar delante de él, haciéndole señas de que la siguiera.

El corredor, amplio y deliciosamente fresco, debido a que la casa estaba construida en piedra de las montañas etíopes, desembocaba en un delicioso patio. En el centro de este había una fuente susurrante que lanzaba hacia lo alto su fresco chorro de agua y cuyo pilón estaba rodeado de verdes matas de rosas de Jericó y de claveles andaluces, las flores de los cuales reventaban, lujuriantes, como estallidos carmesí. El patio estaba cercado por un peristilo a cuyas columnas se abrazaba una especie de hiedra tropical que los ocultaba. Era, sencillamente, delicioso.

Larsen lanzó un suspiro y se despojó del *salakof*, aliviado. Al instante, y en la frescura del patio, sintió que el sudor se secaba en su frente y al mismo tiempo oyó el canto de pájaros. Alzó la vista y los vio, en un alero. Un par de «canarios»⁷ españoles, de color naranja, que lanzaban sus trinos a lo alto, conquistando a dos tímidas hembras que se acariciaban las plumas, muy halagadas.

No oyó nada, pero se volvió en el momento en que una muchacha salía por la puerta del peristilo, frente a la que él había utilizado, y avanzaba hacia él.

Por primera vez en su vida, Larsen consideró como una desgracia que el espacio que lo separaba de una mujer no fuera mucho más grande, a fin de poder disponer de más tiempo para contemplarla. Y es que verla andar era como ver flotar algo sin tocar apenas el suelo.

Y no se podía decir que fuese una etérea figura, no. Era, sencillamente, que sabía andar como solamente las griegas debieron saber hacerlo. La receta, por desgracia, no ha llegado hasta

nosotros. Al menos, no en mucha abundancia.

Era una joven de unos veinticinco años, quizá menos; alta, rubia, con los ojos grises y la tez muy morena. No un moreno nato, sino adquirido por el largo tiempo pasado al sol tropical y a los vientos de las montañas. Un suave color, extendido por igual en toda su faz, cuello y brazos, que eran las únicas partes de su anatomía visibles, y no en forma de manchas, como les ocurre a muchas rubias. Llevaba una camisa de color blanco, con bolsillos; pantalones caqui, sujetos a la estrecha cintura con un ceñidor de fabricación indígena, y unas sandalias. El dorado cabello, que debía ser bastante largo, lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza en dos trenzas formando rodete. El cuerpo era... Pues eso, algo como solo se ve en sueños. Macizo, bien formado y absolutamente proporcionado.

—«Buon giorno, signorina» —dijo Larsen. Y con inmenso asombro por su parte, se dio cuenta de que la voz no le salía tan clara como de costumbre. Carraspeó, mientras la muchacha se acercaba hasta estar a unos pies de él. Ahora veía que la piel era fina, sedosa, y los labios tenían esa leve humedad que empaña los de las auténticas rubias. El color tostado no hacía sino realzar aún más la seda de la epidermis.

—«Buon giorno, signor» —contestó ella. Y su voz no desmerecía en nada de su aspecto exterior. Era plena, bien timbrada y daba la sensación de que si se pusiera a cantar, los ruiñeñores la seguirían instantáneamente, dominados por su tono.

Larsen buscó en su escaso repertorio de palabras italianas, pero no logró encontrar la que quería. Entonces ella le dirigió la palabra en inglés.

—No necesita molestarse en hablar mi idioma. Conozco perfectamente el suyo. ¿Preguntaba usted por mí padre? Yo soy Estéfana Gentile.

—Mi nombre es Larsen, Kurt Larsen, y soy americano —dijo él, tratando de recobrar la serenidad por completo—. Querría ver a su padre para un asunto bastante... delicado.

—¿No es usted inglés? —preguntó ella, sorprendida.

Larsen dominó un poco caritativo deseo de decir: «Afortunadamente, no», y sonrió. Ella le miró a los ojos. Aquella muchacha tenía una manera recta, franca, de mirar a los ojos que exigía la respuesta a todo lo que preguntase. La mirada de Larsen descendió hasta su mano derecha y dio un suspiro de alivio. Allí no había anillo ni nada parecido.

—¿Podría ver a su padre? —preguntó de nuevo.

—Lo ignoro —respondió ella, con claridad, contestando a la

sonrisa—. Papá es un poco especial. Y hoy está de mal humor.

—Es algo bastante grave—insistió Larsen—. Se lo aseguro.

—Bien. Si fuese usted inglés no habría nada que hacer, pero mi padre siente cierta debilidad por los americanos. En realidad, un hermano suyo, un tío mío, vive en Nueva York y se ha nacionalizado. Eso influye algo. Venga, por favor, míster Larsen.

Y Larsen siguió detrás de ella. Entraron en el corredor que rodeaba el patio y allí sintieron también la frescura de las gruesas piedras. La casa, según calculó Kurt, se componía de aquel corredor y de las habitaciones que daban a él. La muchacha llamó a una de ellas. Una voz gruñona le respondió, y ella abrió, apartándose para dejar pasar a Kurt.

Se trataba de un despacho, lleno de libros encerrados en estanterías metálicas, para evitar el roer destructor del «lepisma sacarina», ese pececillo de plata de gustos marcadamente literarios, y de algunos otros ambiciosos insectos tropicales. Sentado al lado de la ventana, cuya persiana española estaba bajada, había un hombre, con un libro sobre las rodillas. Se trataba de un hombre alto, seguramente, dada la longitud de sus piernas, canoso, de nariz larga y fina, encima de la cual temblaban unos lentes de pinzas, de esos puestos tan de moda por los profesores franceses e italianos del comienzo de siglo, con una cinta negra que iba a engancharse a un botón de la chaqueta de blanca alpaca. Al ver que no era solamente su hija la que entraba, se quitó los lentes y se quedó mirando a ambos con cara enfurecida.

—¿Qué pasa, Estéfana? —dijo con iracundia—. ¡Estoy trabajando y «per la Madona» que te tengo dicho...!

—Te presento al señor Larsen, papá. Es americano, y dice que necesita verte para un asunto bastante grave.

—No hay ningún asunto lo suficientemente grave como para interrumpir mis estudios —dijo Gentile, adustamente—. Deseo a usted muy buenos días, señor Larsen.

Volvió a hacer cabalgar los lentes en la nariz y hundió esta en el libro. Pero Larsen no estaba dispuesto a dejarse ganar la primera escaramuza.

—Se trata de algo que interesa a todos los hombres decentes, señor —dijo, adelantando otro paso—. Se trata de los mercaderes de esclavos. Si me lo permite, podría contarle una historia interesante.

—¿Quién le ha dicho a usted que yo soy un hombre decente? —refunfuñó Marco Gentile, poniéndose en pie y quitándose de nuevo los lentes—. ¿Quién diablos se lo dijo? Yo no soy una persona decente. A mí tuvieron que meterme en la cárcel cuando los

ingleses ocuparon Eritrea, porque era un indeseable. Eso es lo que soy yo, un indeseable. Lo demostraron sus compatriotas.

—Soy americano—le recordó Larsen, sin cambiar de tono—, no inglés. Pero lo que he de decirle interesa tanto a unos como a otros. En realidad, a usted también le interesó en su tiempo. Al menos, eso me han dicho.

Gentile lo miró como si se tratase de un insecto raro, o de un ejemplar de negro con lunares.

—¡A mí! —vociferó—. Jamás me interesaron semejantes estupideces. Yo soy un hombre ocupado, míster... como sea. Muy buenas tardes.

Larsen iba a dar media vuelta, cansado de oír despotricar a aquel individuo, cuando una voz interrumpió al hombre.

—Si tienes la bondad de levantar la manga de tu chaqueta, verás una cicatriz en el brazo, papá.

¿Cómo has podido olvidarte de ella? Te la hicieron cuando luchabas contra los mercaderes de esclavos en la Somalia. Un mercader de esclavos lo hizo. Los esclavos eran unos pobres negros embrutecidos que ni siquiera resistían, y tú tuviste que resistir por todos. Es raro que se vuelva tu memoria tan frágil según van pasando los años.

Marco Gentile pareció muy confuso por un momento, sin mirar siquiera hacia ninguno de los dos. Luego, trató valerosamente de recobrar su enfado anterior.

—¡Al diablo con todos los mercaderes y los inoportunos! —rugió. Pero era fácil ver que las palabras serenas de la joven y su tono de voz lo habían desarmado—. Vamos, suelte usted lo que tenga que soltar.

Larsen, con un suspiro de alivio, empezó a hablar. Pero la muchacha le trajo una silla pequeña, en la que el gigante se sentó, encogiendo las piernas, como un enorme saltamontes. Luego, Estéfana se dirigió a la ventana, se apoyó en ella y encendió un cigarrillo.

Diez minutos tardó Kurt en poner al corriente al italiano de los últimos acontecimientos. Gentile lo escuchó sin interrumpirle, jugando con sus lentes de pinza, hasta que acabó.

—La frontera, ¿eh? —preguntó, pensativo. Toda su indiferencia y su furia parecían haber desaparecido—. No es la primera vez que los traficantes yemenitas o sauditas lo hacen, pero no con demasiada frecuencia. Es extraño...

—¿Por qué, señor?

Gentile le miró atentamente.

—Tiene usted razón al preguntar que por qué es extraño. Así, al principio, parece natural que los traficantes roben cualquier clase de negros que se les pongan por delante. Pero, fíjese bien, solamente siete veces, que se sepa, han cruzado la frontera abisinia. Las tres primeras lo hicieron desde la Somalia italiana, subiendo por el río Jubba hasta el Webbe, ya en Abisinia, para apoderarse de los codiciados grupos dispersos de raza «galla». Esas tres veces, casi no obtuvieron resistencia, porque nuestras tropas estaban entonces muy ocupadas, y los abisinios, igual. Pero yo, que no era soldado, me preocupé, y así se lo comuniqué al Gobierno. El gobernador general, ocupado en la absurda guerra contra los etíopes, no me hizo caso.

»Bien —prosiguió—. Las otras veces, pacificada ya Etiopía, lo intentaron por Eritrea, más cerca de Arabia y más fácilmente transportable la mercancía, claro, el «marfil negro», como le llaman. Las tres primeras les costaron bastante caras, ya que los askaris y sus jefes blancos persiguieron a los traficantes y mataron a muchos de ellos. La cuarta tuvo éxito completo. Y ahora, usted me habla de una octava, también coronada por el éxito. Creo saber ya a qué se debe.

Kurt Larsen se inclinó muy interesado, y de súbito, Gentile pareció despertar de un ensueño.

—¿Qué diablos le estoy contando? —preguntó—. ¿Qué diablos le interesa a usted esto? ¿Y a mí? Soy una escoria. Los ingleses se encargaron de demostrármelo.

Kurt no vio más que una desesperada solución para aplacar al irascible italiano.

—Los ingleses no parecen decididos en absoluto a acabar con este estado de cosas —mintió descaradamente—. Nos han rechazado a mí y al cónsul y se niegan a ver las pruebas que tenemos de que los traficantes mataron a la mujer que apareció en los alrededores de Raheita. No quieren prestar ninguna ayuda. Y, además... —dijo. Se detuvo. Lo que iba a decir era algo que solamente sabían unas cuantas personas. Pero no tenía más remedio. El hombre le parecía sincero, aun cuando demasiado temperamental—. Además... —repitió, el ras Kasari y algunos amigos suyos tienen sesenta mil guerreros en la frontera eritrea, en la depresión de Danakil, ocultos y no visibles más que desde aviones, dispuestos a invadir Eritrea y hasta el Yemen en unas horas si no se hace algo contra los traficantes.

—¿El ras Kasari? —preguntó el italiano, sorprendido—. ¿Por qué? Siempre ha habido mercaderes de esclavos y los rases no se

han preocupado demasiado. Conozco al ras Kasari y no le imagino con sentimientos tan democráticos como para echarse al mundo encima por unos esclavos más o menos. No me crea cínico, es que conozco a los príncipes feudales abisinios.

—Se trata de su sobrino, por lo viste su heredero. El muchacho (se tienen de ello vehementes sospechas) ha sido esclavizado por casualidad cuando viajaba.

—¡Kama! —exclamó la joven, abandonando su sitio y acercándose a ellos—. ¡No es posible! Iba a casarse con una chica encantadora y estaban en Maji, al otro lado de Abisinia, hasta donde no pueden llegar los ladrones árabes.

—Los sorprendieron en Danakil —respondió Kurt—. El caso es que ambos están prisioneros y... bueno, ya sabemos lo que es la esclavitud. Y a mí Gobierno no le queda más remedio que buscar por su cuenta, ya que ni siquiera se sabe dónde van a parar los esclavos.

—¡La linda Tari! —Estéfana Gentile parecía muy abatida—. ¡Dios poderoso, eso no es posible! Una muchacha tan bella como esa en manos de los sucios mercaderes. ¡Papá!

Ambos se debían conocer perfectamente, porque la voz de la chica fue como un latigazo.

—Sí, hija —respondió mansamente el poco antes enfurecido funcionario—. Míster Larsen, tenga la bondad de escucharme un momento. La guerra llegó cuando yo estaba trabajando en un proyecto de conocer el camino de los mercaderes de esclavos. Le acabo de decir que las tres primeras intentonas que hicieron por Eritrea tuvieron solamente un mediano éxito. Pero la cuarta, sí. ¿Por qué? La vigilancia no había sido menos intensa, pero yo aseguré que habían cruzado por el desfiladero de Rab-el-Sakr, en los montes Rendakomo. Aquello es el sitio más agreste del mundo y el agua falta por completo. Es decir, falta, menos en un sitio, tan oculto, que es difícilísimo dar con él. Cuando yo estaba a punto de proponer una expedición a aquel sitio, vino la guerra, invadimos la Somalia británica y la ocupamos por entero. Luego, el reverso, el avance inglés y la derrota colonial italiana. Eso hizo que no pudiera llevar a cabo mi propósito, precisamente en el momento en que iba a ser nombrado comisario de asuntos indígenas, con plenos poderes.

»Pues bien, si han invadido los mercaderes parte de la depresión Danakil, ese horrible desierto sin agua, ha sido por el mismo camino que siguieron aquellos en mil novecientos treinta y nueve. Los montes Rendakomo y el desfiladero de Rab-el-Sakr.

—¿Dónde llevan los esclavos? —preguntó, curiosamente, Kurt.

—A Sana casi todos, hijo. Y a La Meca, y a Djidda y a Hodelda. A, todas partes: a Aden, al Yemen, a Arabia Saudita, a Egipto... a todas partes. Claro está que los gobernantes de estos países no se enteran, pero el resultado es el mismo. Los grandes señores feudales se nacen con los esclavos y los obligan a trabajar y demás.

—¿Cómo han podido describir los mercaderes ese paso? —preguntó Kurt—. Parece ser que todos son árabes.

—Siempre hay traidores y gente que se vende por dinero, míster Larsen. Algún montañés «tigrino» o «begia» conoce el paso y se lo ha dicho a los mercaderes. Lo más seguro es que haya sido por dinero. Da manera que el ras Kasari tiene sesenta mil guerreros en la frontera, ¿eh? Ese hombre está loco, pero es que quiere mucho a su sobrino y siempre ha hecho su santa voluntad. ¿Qué piensan hacer estos estúpidos de militares ingleses?

—Los embajadores en Addis Abeba, tanto el mío como el inglés, han hablado ya con sir Herbert Cunningham —respondió Kurt.

—Bien. Y ahora... —los ojos grises del italiano se fijaron en él penetrantemente—, ahora, ¿quién es usted?

Kurt miró a la muchacha rápidamente. Esta también tenía fijas en él las claras pupilas.

—Trabajo para el Gobierno americano —dijo por fin—. Mi posición aquí no es oficial, pero... bueno, usted ya sabe que los servidores del Gobierno, cualquiera que sea este, no descansan si son necesarios sus servicios.

—Lo sé —respondió Gentile, pensativo—. Bien, eso cambia las cosas. Siempre tuve deseos de conocer América, donde tengo un hermano naturalizado. Quizá ahora...

Kurt sonrió.

—Si arreglamos esto, mi Gobierno se encargará de que el técnico en cuestiones etíopes pase una temporada en los Estados Unidos.

Gentile se quitó los lentes de nuevo. Se puso en pie y empezó a pasear por la habitación.

—Tengo una idea, míster Larsen... una idea que... ¿Qué ocurre, Bigudí? —se interrumpió. La doncella eritrea había aparecido en la puerta.

—Aquí está «ghéta»⁸ Massigli —dijo con su voz armoniosa.

—Que pase.

Un italiano de unos cincuenta años, moreno, alto, de pelo ya gris, entró en la habitación. Saludo con algo que le recordó a Larsen alguna práctica castrense y fue a estrechar la mano de Gentile y de su hija.

—Te presento a míster Larsen, un americano —dijo Gentile—. El

«Signore Ettore Massigli, un antiguo funcionario del Gobierno y ahora depuesto, como yo.

—Sólo que yo pude abrirme camino en los negocios —dijo Ettore, sonriendo agradablemente y estrechando la mano de Larsen—. Servidor de usted, míster Larsen. ¿Ocurre algo, Marco?

—¿Te acuerdas de las hazañas que interrumpió la guerra? Me refiero, naturalmente, a la esclavitud. Han vuelto a las andadas los mercaderes yemenitas.

El otro puso cara de asombro. Kurt Larsen se levantó de la silla, donde se encontraba bastante a disgusto.

—Lo siento, pero he de marcharme. Si pudiese usted ayudarme, señor...

—Quédese, míster Larsen, y hablaremos. Creo que tengo una pequeña idea, pero he de redondearla. Ettore nos ayudará. Él también estaba, en el Ministerio de Colonias, destacado aquí, como yol Estéfana, hija, ¿quieres traernos algo de beber?

La muchacha se levantó y, con la excusa de ayudarla, Larsen se dirigió también a la puerta. Sabía que obraba incorrectamente, pero no le importaba gran cosa. Estéfana se volvió hacia él.

—No es necesario que venga, señor, en absoluto. La criada lo traerá.

—Quiero hablar con usted —dijo Kurt en voz baja, sin dejar de mirarla. Tenía la idea de que jamás se cansaría de contemplar aquella tostada faz y aquellos ojos grises, tan suaves y serenos—. ¿Tiene confianza en ese Massigli? Mi posición aquí es sumamente delicada, compéndalo. Los agentes de una nación no pueden operar en otra, y si sir Herbert supiera mi verdadera personalidad... Bueno, él me cree un funcionario cualquiera, un burócrata.

—Y... ¿no es eso? —preguntó ella, sorprendida. Desde luego que Kurt no tenía aspecto de simple oficinista. Su color, casi tan tostado como el de ella, lo desmentía.

Larsen decidió tirarse por la borda.

—No; soy un agente especial de la Oficina Federal de Investigación. Del departamento que llaman F. B. I.



IV

El calor se desplomaba como una losa sobre la ciudad, haciendo arder las blancas paredes, como si hubiesen sido gigantescas lupas. Tan solo algunas de las estrechas y retorcidas callejuelas del barrio antiguo parecían un poco más frescas.

Era, sencillamente, horrible. Era sentir licuarse el cerebro y quemar las pupilas aquel resplandor blanco y aquel cielo negro a fuer de azul. Pero Kama no pensaba en nada de eso, solo pensaba que, si no quería recibir otros cincuenta palos en la espalda aquella tarde, tendría que sacar, por lo menos, cien cubos de agua más. Cien cubos de aquel agua fangosa, pero fresca, que le estaba prohibido tocar, ni siquiera para aplicar un poco a sus candentes heridas. Para beber él le daban una taza de latón de líquido horriblemente oscuro, maloliente y cálido, que le causaba náuseas. Pero tenía que bebería, porque, de lo contrario, sucumbiría al fantasma horrible de la sed, aquella sed que secaba sus fauces y le obligaba a estar con la boca constantemente abierta, jadeando, como un perro, con la lengua ennegrecida moviéndose de un lado a otro incansablemente.

Un capataz sinaí que fumaba una corta pipa le gritó que se diese prisa, o le volvería a golpear. Los ojos vagarosos, por la sed y los sufrimientos, de Kama se fijaron en él. Y reflejaban el mismo odio inextinguible que a veces hacía asustarse al guardián. Este sabía que si el robusto «galla» le ponía una mano encima su fin habría llegado, y por eso procuraba depauperarlo a fuerza de golpes y de no darle de comer. Y con esto contravenía las órdenes de su amo, el poderoso Moktar-el-Moktar, pariente del Imán y dueño de varios campos petrolíferos que los ingleses explotaban. Moktar no era un hombre cruel. Sencillamente, se había criado en la idea de que todo negro había nacido con el único y exclusivo objeto de servir a los verdaderos creyentes en la medida de sus fuerzas.

Pero los capataces eran otra cosa. Seres tan ignorantes como los

propios negros, pero con el alma comida por la envidia ante las mujeres, los esclavos y los lujos de sus señores. Y como no podían descargar su cólera en sus señores, la descargaban en los esclavos.

A la caída de la tarde, cuando el calor empezaba a ceder, el príncipe «galla» acabó su trabajo y se dejó caer al suelo. Pero en el mismo momento, el palo del capataz volvió a ceñirse a su espalda.

—Levanta, perro, y métete en tu perrera—le ordenó, pateándolo.

Kama se levantó pesadamente y echó a andar hacia el chamizo en que se encerraba a los esclavos que no trabajaban en la casa. La casa de Moktar-el-Moktar, una lujosa residencia en los alrededores de Sana, la capital yemenita, se componía de un edificio grande, para vivienda del dignatario, y de varios cobertizos en los que se guardaban las herramientas y los esclavos. A costa del trabajo de estos, la casa estaba rodeada de un jardín en el que crecían palmeras e incluso sauces. Lo que costaba aquello al mes serviría para que una familia de diez personas viviese cómodamente durante un año.

De todas partes del jardín llegaban los cansados esclavos, cansados aun cuando a ninguno de ellos se le obligaba a trabajar de la manera bestial que a Kama. Este se dejó caer, casi embrutecido, en un rincón, mientras los negros iban entrando. Luego, cuando todos estuvieron, los capataces fueron pasando la larga cadena con argolla a la que quedaban amarrados durante toda la noche. La comida, compuesta, de dátiles, maíz seco y un trozo de carne de cabra, fue devorada en un momento, y luego se dispusieron a dormir.

Kama suspiró hondamente, deseando meter la cabeza en un cubo de agua y beber, beber largamente, aun cuando se le hubiese calmado ya la sed. Beber por el solo gusto de beber, de sentirse el estómago pictórico del líquido que estaba viendo todo el día y al cual no podía tocar.

El capataz, después de dirigir una última mirada a su alrededor para cerciorarse de que todos quedaban bien amarrados, salió del cobertizo, definitivamente.

Hubo un silencio que cortó una voz, invocando a Allah en lenguaje «begia». Luego Kama movió los resecos labios.

—¿Hay aquí algún abisinio? —preguntó. Cas! no se percibían las vocales en su dicción, debido a la sequedad de su boca.

—Yo —dijeron a su izquierda.

—Yo también —respondió otro.

—Yo soy de Tigré. Es decir, mi padre lo era. Yo nací aquí.

—Cuatro —contó Kama—. Yo soy el príncipe Kama Kasari, el

sobrino del ras de Kaffa.

Una mano *se movió* en la casi completa oscuridad y tocó la suya, para llevarla a la frente del que hablara antes.

—Lo sabía —dijo el hombre—. Te vi en el jardín antes. Mis ojos lloraron sangre cuando vieron al príncipe sacando agua para estos perros ínfleles.

Hubo un silencio. Un esclavo preguntaba algo en algún dialecto de Kenya, y uno de los otros le hizo callar. Los abisinios, debido a que siempre han sido libres, son más voluntariosos e independientes que las tribus indígenas que rodean a su nación. Por eso, ninguno de los otros tres dijo nada cuando Kama añadió:

—He de escaparme de aquí. ¿No hay inglesas?

—Sí... —dijo uno de ellos, el hijo del tigrino—. Pero no saben nada. Mi padre me lo decía. Pero los ingleses no vienen aquí. Y si alguna vez viene alguno, nos encierran. Los ingleses creen que trabajamos con salarios, como los musulmanes.

—Me ayudaréis —dijo Kama—. Hay alguien en el palacio—al decir esto, se le encogió el corazón, como si una mano de hielo se lo oprimiese ¿Viviría siquiera la muchacha «galla»? De que sería capaz de cualquier cosa antes de que la tocasen las sucias manos de cualquier árabe, estaba completamente seguro. Pero ya llevaba tres días trabajando en el pozo y aún no había tenido noticias de ella.

De súbito, y cuando iba a hablar, la puerta se abrió. El capataz estaba en el umbral, con su inseparable palo en la mano. Detrás de él, una figura casi invisible en la semioscuridad. Esta figura apartó al árabe de un empujón y penetré en el cobertizo.

—Alúmbrame —ordenó.

El capataz encendió una linterna y, como el que le seguía se había apartado un poco, Kama pudo ver que se trataba de una mujer. De una mujer que seguramente pasarla de los setenta años, pero que aún se conservaba erguida. Al ver su cara, el corazón del príncipe dio un salto. Si aquella mujer no era una etíope de pura raza, él no sabía nada acerca de sus compatriotas.

La mujer pasó revista a los esclavos y se detuvo, por fin, en Kama. Los negros ojos se posaron en él durante algún tiempo.

—¿Quién es este? —preguntó.

—Uno nuevo —respondió el capataz, indolentemente—. Una buena mula de carga.

—Lo necesito.

—Nada de eso, hermana. Ese no puede salir de aquí. Si el señor se enterase, el mismo Allah tendría que bajar para salvarme.

—Allah no te salvará de la cuerda si yo le digo un par de cosas a

mí señor Moktar-el-Moktar.

El capataz volvió los ojos a uno y otro lado, evidentemente inquieto. La discusión se sostenía en lengua árabe, pero Kama la comprendía perfectamente. Le intrigaban los propósitos de aquella etíope.

—Vamos, vamos, hermana —dijo el capataz muy amablemente—. No es digno de una buena creyente eso que intentas hacer. Ya sabes que Moktar me arrancará el pellejo a tiras.

—Está bien —dijo la etíope—. Voy a la casa. Mañana tendrás noticias mías.

El árabe se restregó las manos con un gesto de desesperación. Sus furtivos ojos no dejaban de examinar a la vieja.

—Está bien, pero que conste que te portas muy mal con quien siempre ha sido amigo tuyo... Allah es testigo...

—Calla, ladrón de mujeres, comedor de cerdo. No eres más que un descreído. Saca a ese esclavo y tráelo donde yo te diga.

El capataz se apresuró a cumplir lo que le decía la vieja, mientras esta seguía denostándolo, explorando en los defectos de sus antecesores, y parándose con especial delectación en los que se referían a las debilidades de la rama femenina de su familia.

Por fin, Kama se vio libre de la cadena que lo unía a los demás esclavos, pero llevando un grillete en las muñecas. La vieja lo precedió, guiándolo hasta llegar a una de las puertas de esclavos del palacio de Moktar. Allí, el capataz los dejó solos y la vieja lo metió en una habitación de desnudas paredes, en la que ardía un candil de aceite, debido a que no había corriente eléctrica en la finca. Es decir, todavía no, ya que estaban instalando un grupo electrógeno en el sótano del edificio. Funcionaría al cabo de unos días.

Al llegar al centro de la habitación, la vieja se volvió de pronto hacia él y se le quedó mirando con sus agudos ojillos negros. Luego, impensadamente, cogió la mano de Kama y se la llevó a la frente.

—Príncipe... —dijo—, príncipe mío...

—¿Quién eres? —preguntó Kama.

El que un abisinio honre a su señor natural, no es nada extraña, pero si el que aquella vieja supiese quién era él.

—Soy María —dijo—. Tú no sabes quién es María, príncipe mío; pero yo tuve a tu padre en mis brazos y le enseñé a andar. Era un gran guerrero el Ras Yasu, tu padre, hasta que murió. Y a mí me cogieron los mercaderes antes de que él supiera llamarme por mí nombre sin equivocarse.

—¿Quién te ha dicho quién soy yo? —preguntó Kama—. ¿No sabes que si lo averiguan me matarán para que no pueda hablar

jamás?

—No hay peligro, príncipe —respondió la vieja, sonriendo con sus desdentadas encías—. Nadie lo sabrá, aunque me pongan en el tormento. No; pero quiero que veas a quién me lo ha dicho. Ven.

Y lo llevó hasta la puerta Pero antes de llegar a ella, esta se abrió y dio paso a... Kama no podía abrir los brazos debido a los grilletes, pero la muchachita se precipitó hacia él y lo abrazó, mientras los sollozos la desgarraban. Se abrazó a él como si fuera la última cosa que iba a hacer en su vida, con desesperado frenesí.

—Kama... Kama... —decía entre hipoes—. Amado Kama...

—No llores, querida —dijo el abisinio, sintiendo que a él mismo le llenaban los ojos de lágrimas—. No llores. Hemos de pensar en salir de aquí. ¿Cómo has podido...?

—María... María lo hizo.

Kama, dejándose abrazar, miró a la vieja abisinia.

—Soy la esclava de Suleima, la primera mujer de Moktar, y ella hace todo lo que yo le pido. Yo le enseñé a conservar el cariño de su señor, cuando ya se iba haciendo vieja y él tomaba otras mujeres. Por ello no me negará nada. Le gustan los romances de amor y lee muchas novelas francesas para mujeres. Le hablé de vosotros, príncipes, y le dije que mi señora, la princesa, era «woicéro» en su tierra⁹. Entonces quiso que os vieseis. Conseguiré algo más si logro que ese perro capataz no abra la boca, Dios se encargue de su alma.

La muchacha volvió a abrazarse frenéticamente a él, besándoles, cuando Kama, inclinó la cabeza.

—Pobre, pobre... —decía—. ¡Tu pobre espalda...!

Kama se mantenía erguido, pero solo a costa de un esfuerzo gigantesco de su voluntad. La espalda sangraba por diversos sitios y la sangre, al secarse, le atirantaba las heridas y la piel, produciéndole dolores agudos. María salió un momento y volvió con un poco de yodo y un algodón, robado seguramente del botiquín de sus amos.

Cuando terminó de curarle, se puso en pie.

—Ahora —dijo—, márchate. Mañana trataré de que mi señora Suleima te vea y se preocupe por ti.

* * *

Los veloces caballos abisinios habían dejado atrás a Adi Gaieh y, por el estrecho camino de herradura, bordeaban el gigantesco monte Soira, que alzaba sus nueve mil ochocientos pies, coronados de nieve, en las estribaciones de los Rendakomo.

Pero no era hacia el fatídico (muchos miles de personas han perecido en él) desfiladero de Rab-el-Sakr hacia donde se dirigían, sino a la aldea de Masali, todavía en Eritrea, y enfrente de la cual, casi en la célebre depresión Danakil, está Adlgrat, la impotente ciudad abisinia.

Llegaron a Masali a las siete de la tarde, cuando aún faltaban dos horas para ponerse el sol. La aldea, pequeña y sucia, despertaba del pesado calor canicular y las mujeres iban saliendo de sus chozas de paja y barro para machacar el grano con que hacer la cena. En las ollas, colgadas por tres palos encima de las hogueras de boñiga seca, hervía el cazabe. Un indígena, antiguamente encargado por los italianos de desempeñar las importantes funciones de guardián del orden público, y al que nadie había dicho que cesase en su cargo, se paseaba de un lado a otro, haciéndose el importante dentro de su guerrera caqui destrozada, que le prestaba gran autoridad.

Los jinetes se detuvieron en la plaza principal del poblado, mientras los indígenas los miraban con la curiosidad que parece presidir todos los actos de los negros. Un hombre de barba casi blanca y facciones más regulares que las de los demás, salió de una choza y se aproximó a ellos.

—Dios sea contigo —le dijo en dialecto danakil a Marco Gentile. Este le contestó de la misma forma y luego, siguiendo los usos de la cortesía que presiden sea primero siempre el varón que la hembra, el jefe de la aldea, que se denominaba a sí mismo alcalde, según le habían enseñado los italianos, saludó a Estéfana.

—Queremos descansar aquí esta noche —dijo Marco, desmontando mientras algunos negros les sostenían las riendas—. Y un poco de cena. Estamos cansados.

—Se hará como deseas —dijo el alcalde indígena.

Luego, de pronto, se agachó hacia Marco—el negro era altísimo— y le dijo algo al oído. Luego los precedió hacia su cabaña, mayor que las demás.

—Dice que hay «ferendjis» en el poblado —dijo Marco a Kurt, que caminaba a su lado—. Ya sabe, extranjeros. Y dice Que le parecen ingleses. En este momento han salido para recorrer los alrededores. Pero volverán a la hora de cenar.

—¿Ingleses? —preguntó Kurt—. Caramba con sir Herbert. No pierde el tiempo —sonrió a la muchacha, que caminaba a su lado, y ella le devolvió la sonrisa. Era notable aquella muchacha. Si no sonreía, era capaz de volver loco a cualquier hombre que tuviese algo que no fuera limonada en las venas. Pero, si sonreía...: Kurt

volvió, la vista hacia otro lado. Dos veces, en aquella larga cabalgada por entre las montañas, había sentido el imperioso deseo de besarla y había tenido que hacer un llamamiento a todas sus fuerzas para evitarlo. La primera, cuando a ella se le rompió un estribo y la segunda, cuando el caballo tuvo una caprichosa espantada que, a pesar de lo buen jinete que era la joven, estuvo a punto de lanzarla por encima de las orejas del bruto...

—¿Cansada? —preguntó.

—¿Yo? Míster Larsen, me he recorrido Eritrea de lado a lado varias veces sin sentir eso ninguna vez.

—¿Por qué es usted rubia? —preguntó de pronto Kurt, sin poderse contener.

La joven dejó escapar la risa a borbotones, irreprimiblemente. Su padre volvió la cabeza, pero parecía bastante preocupado con otras cosas para hacerlos caso.

—Es usted muy gracioso —dijo ella por fin—. Hay muchas italianas rubias, muchísimas más de las que usted se figura. Lo que le ocurre es que los únicos italianos que conoce usted son los del Sur, los que, por la pobreza de su tierra han tenido que emigrar a los Estados Unidos. En el Norte de Italia hay muchos como mi padre y cómo yo, porque perteneció a Australia. Creí que lo sabía.

—Sí, bueno, pero es que usted... —Kurt se hubiese abofeteado a sí mismo. Usted no es solamente rubia. Usted es nórdica de pies a cabeza.

—Mis antepasados se llamaban Gentill, no Gentile. Pero de eso hace ya más de doscientos años. Soy italiana porque amo a mí país tanto como pueda usted amar al suyo.

—Perdone —respondió él. La joven acababa de darle una lección de antirracismo con muy pocas palabras. Quizá, se dijo él, ella había percibido la nota de admiración hacia las razas nórdicas, imposible de evitar en un escandinavo.

El «tukul» del jefe, la choza en la que habitaba, era de vastas proporciones y estaba civilizadamente dividida en varios departamentos por medio de tabiques de la dura fibra abisinia. En uno de ellos los hombres, en otro las mujeres y en otro las cosas sagradas, en especial un crucifijo etíope, tallado en madera, que era una verdadera obra de arte.

—Escucha, no quiero que esos hombres sepan que estamos aquí, hasta que mañana por la mañana nos marchemos —dijo Gentile al jefe—. ¿Me ha entendido?

—Sí —repuso el otro. Salió y dio una breve orden. Luego, mandó a las mujeres que sirvieran a sus invitados.

A la mañana siguiente, después de haber descansado, vestidos, encima de capas de olorosos helechos, Kurt salió fuera de la choza, buscando ansiosamente el aire fresco y puro del exterior. Ante él, vio cómo se iban iluminando sucesivamente las montañas, según los rayos del sol brotaban de detrás del mar Rojo. Un leve movimiento a su lado, le llamó la atención. Al volverse vio a la muchacha, a su lado, con la camisa arremangada y el cabello ligeramente alborotado.

—Buenos días —dijo Kurt. Y, sin poderse contener, añadió—; Es usted el segundo sol de la mañana—y dicho esto enrojeció hasta la raíz de los cabellos porque era la primera vez que galanteaba a una mujer de aquella forma. Sencillamente, no tenía la costumbre de decirles nada a las mujeres.

—¿Por qué? —preguntó ella, mirándole a los ojos. Esto hizo todavía mayor la confusión de él. La frase no era, evidentemente, como para explicarla. O se comprendía a la primera o no se comprendía. La joven italiana, por lo visto, no era capaz de comprenderla.

—Olvídelo —dijo—. Yo...

Se detuvo. De una de las chozas fronteras acababa de salir un hombre blanco, de mediana estatura, muy ancho de hombros y de finos rasgos faciales. Vestía una camisa caqui y pantalones cortos. En la cabeza llevaba un *salakof* de corcho, recubierto de dril blanco.

—Buenos días —dijo amablemente el hombre en inglés—. Espléndida mañana, ¿no es así? Permítanme que me presente: Profesor Arnold Morton, de Cambridge. Mi compañero es el profesor Roderick, también de Cambridge.

El otro hombre era alto y de una delgadez esquelética. Su cara parecía tan chupada como si no comiese desde un par de meses atrás, y sus piernas, saliendo de los pantalones cortos, semejabán las patas de una de esas arañas de extremidades como hilos, que no tejen tela. Saludó con una inclinación, que parecía iba a desarticular sus poco recubiertas coyunturas y con una voz profunda, casi fantasmal, afirmó que se sentía encantado por aquella ocasión de conocerlos. Kurt miró a la joven y advirtió que los ojos de esta se habían llenado de arruguillas, indicadoras de que estaba haciendo desesperados esfuerzos por contener la risa.

—... encantado —dijo Kurt—. Mi nombre es Larsen y soy americano. La señorita es...

—Estéfana Gentile —afirmó ella, inclinando la cabeza, cuando pudo hablar.

El *signor* Gentile había salido también de su tienda y

contemplaba, con mal disimulado rencor, a los dos ingleses. No tenía ninguna simpatía, evidentemente, por el león británico.

—Hemos de marcharnos si queremos ver ponerse el sol en Adigrat —dijo adustamente.

—¿Van a Abisinia, señores? —preguntó Morton con gran cortesía. Ambos parecían repletos de buenos deseos para con sus semejantes. Kurt empezó a amoscarse. Conocía, a los ingleses y sabía que no hay raza más hábil en la diplomacia y que, cuando su trabajo lo exige, saben fingir admirablemente, mejor que nadie, aun cuando esto sea contrario a sus verdaderos sentimientos. Desconfiaba de los ingleses, cuando en alguna misión de su Gobierno había de ponerse en contacto con ellos, aunque apreciaba sus virtudes.

—Sí —dijo brevemente—. Señores... encantado.

Los caballos estaban dispuestos media hora después. Ambos ingleses se desvivían en ayudarles con sus conocimientos del país y Gentile estaba a punto de estallar, al ver que se permitían darle consejos en algo que él conocía como la palma de su mano. El italiano, cuando dieron por fin la señal para partir, se volvió hacia ellos.

—Por favor, señores. Les estamos muy agradecidos por sus informes, pero conozco esto bastante bien. «Grazie e a rivedersi».

Y los tres caballos se pusieron en marcha. Kurt se volvió ligeramente y contempló a los dos ingleses que, a su vez, lo miraban con mucha flema, como si no hubiesen oído el ex abrupto. Pero cuando los jinetes se perdieron de vista, ambos parecieron galvanizarse a la acción.

La travesía de la cordillera Rendakomo no es nada fácil. Se trepa por caminos de cabras, contruidos por los antiguos abisinios (Eritrea perteneció a Abisinia), y, de pronto, como producto de una pesadilla o un paisaje lunar, la cadena montañosa cae en pico, desde los ocho mil pies, a menos de cuatrocientos. Aquella hondonada, aquella especie de circo entre las montañas, es la célebre depresión Danakil.

Si la subida a la cordillera es penosa, la bajada es de vértigo. Inmensas pedreras, gigantescos y retorcidos picachos con caídas verticales en los que los mismos caballos etíopes, robustos y de firmes patas, han de caminar con gran cuidado, y relinchan de cuando en cuando, negándose a ir por algunos sitios que parecen seguros, pero que ocultan traidoras pedreras movedizas.

Hasta el mediodía no consiguieron alcanzar una especie de altiplanicie en la que dieron descanso a las caballerías. Los ojos de

Gentile, fijos en el camino que faltaba, habían ido ensombreciéndose a medida que descendían a la depresión.

—No veo nada —murmuró finalmente, mientras se inclinaba hacia el precipicio—. No veo nada, nada... Esos demonios saben ocultarse bien.

—Es imposible que pueda haber guerreros ahí —dijo Kurt, cubriéndose los ojos con las manos. Tenía los párpados enrojecidos por el reflejo del sol en las piedras y en la amarilla arena de la depresión Danakil. La joven, sin hablar, sacó unos lentes ahumados del bolsillo y se los dio.

—¿No los va a necesitar usted? —preguntó él, agradecido.

—No. Estoy acostumbrada—y súbitamente, le sonrió. Kurt sintió que se le cortaba la respiración y deseó con todas sus fuerzas una de estas dos cosas: O estar a mil millas de allí o poder cogerla entre sus brazos. Ninguna de las dos era factible, no obstante.

—Es usted un ángel —dijo por fin.

—¿Por qué? —otra vez la misma pregunta. Kurt Larsen cerró los labios para no maldecir y volvióse hacia otro lado. En ese momento, aparecieron los hombres.

Eran cinco, altos todos, y muy bien musculados. Vestían la «chamma» abisinia, esa especie de toga abisinia, que en los dignatarios se guarnece de cinta de seda, pero que en los plebeyos es blanca o azulada, sencillamente, e iban armados de fusiles «Torre Anunziata», de gran calibre.

Kurt se echó atrás, crescendo que se las tenían que haber con bandidos montañeses, pero Gentile avanzó, fijándose en los emblemas de las «chammas» de los hombres. Luego, rápidamente, sin vacilaciones, les habló. Uno de ellos se encogió ligeramente de hombros y pareció consultar a los otros. Luego, como de común acuerdo, se colocaron dos delante de los blancos y tres detrás y Gentile se volvió hacia Kurt.

—Vamos —dijo—. Son soldados del ras Mikael y nos llevarán ante él. Está con el ras Kasari en Adigrat, según dicen ellos.

* * *

—Bueno, ¡diablos! si no lo veo por mis propios ojos... —Kurt se limpiaba el sudor de la frente y se volvió hacia la joven. Pero tanto esta como su padre, parecían hallarse en su propia casa. Más para Kurt todo era tan nuevo como, si de pronto, lo hubiesen trasladado a Marte.

Abisinia suele causar esa impresión. Es el contraste entre lo

brutalmente africano, de trescientos a cuatrocientos años atrás, y el elemento moderno, introducido por los europeos hace muy poco tiempo. Principalmente por los italianos.

La ciudad de Adigrat debe contar en la actualidad con tres mil habitantes, pero este no era ahora el censo. No podía serlo, porque cerca de siete mil soldados del ras Kasari se habían amontonado en el pueblo como una bandada de langostas, mientras que miles más pululaban entre las anfractuosidades de las montañas y se escondían como topos en las arenas de la depresión Danakil.

La palabra soldado crea en el que la oye la idea de individuos uniformados más o menos brillantemente, pero que marchan a compás y rigen todos sus movimientos por una norma establecidas. Esa idea, fija en casi todos los cerebros occidentales, sufre un rudo golpe en contacto con la realidad abisinia.

Es cierto que había soldados uniformados de caqui, con gorra de plato y vendas en las piernas, que caminaban marcialmente orgullosos de un lado a otro. Pero eran los menos. La gran masa militar del ras Kasari se componía de bravos guerreros negros de raza «galla», los más salvajes de toda Abisinia, envueltos en sus «chammas» y con las piernas cubiertas por los ceñidos pantalones blancos, que llevaban sus fusiles cogidos por el cañón y curvos machetes en la cintura. Sus chatas narices, abultados labios y colosales ojos redondos contrastaban, curiosamente, con las narices aguilinas, finos labios y rasgados párpados de sus jefes etíopes.

Las esbeltas mujeres, de cimbreantes caderas, andaban de un lado a otro, armoniosamente, llevando gigantescas calabazas en la cabeza, con sus moños bajos y las togas que dejaban parte de su cuerpo de bronce al descubierto.

En medio de la plaza central, se había levantado una tienda enorme, redonda, ante la que hacían guardia varios soldados regulares, vestidos con vistosos uniformes. La gran cantidad de dignatarios que salían de todas partes, y corrían de un lado a otro, así como el gigantesco coronel que mandaba la guardia, hicieron detenerse de pronto a Gentile. Los ojos del italiano fulguraron de placer.

—¡Dios, qué suerte! —dijo—. El ras Taffari está aquí.

El ras Taffari Makonnen, más tarde Halle Selasie. Y, al subir al trono... El Negus, el emperador rey de reyes de Etiopía, el León Conquistador de la Tribu de Judá

—¡Caramba! —dijo Kurt—. Le aseguro que es la segunda vez que me encuentro ante un rey. La primera fue en Inglaterra... Le aseguro que...

Un general, recubierto casi por completo de entorchados y luciendo un casco con un elevado plumero que le caía por delante y por detrás, apareció en la puerta y oyó las explicaciones del oficial que se había hecho cargo de ellos, cuando los exploradores los entregaron. Se metió dentro de la tienda y salió al cabo de un momento.

—El ras Kasari les recibirá a ustedes, señores —dijo en italiano—. Síganme, por favor.

El interior de la tienda era no lujoso, sino magnífico, un verdadero estallido de color, de tapices, de sedas, de recamados tejidos que colgaban por todas partes como arenques puestos a ahumar. Aquel lujo era oprimente, casi cortaba la respiración. En medio, sentados, tendidos indolentemente, mejor dicho, en una especie de cojines alargados, había dos hombres. Gentile se adelantó hacia uno de ellos, que a su vez se puso en pie, tendiéndole la mano.

—Me alegro de verle, alteza —dijo Gentile, haciendo una inclinación—. Tengo el gusto de presentarle a mí amigo, el norteamericano míster Kurt Larsen.

El ras Lidj era un hombre alto, de facciones muy proporcionadas, con una barbita corta en la que centelleaban las canas y con aspecto de gran dignidad. Estrechó la mano de Larsen y presentó al hombre que estaba a su lado. Era el ras Mikael¹⁰, jefe supremo del Tigré, también pariente del emperador, quien en ese momento descansaba en su tienda.

—Ahora, señores —dijo Kasari con sencillez—, explíquenme lo que desean.



ULEIMA, aunque no tan vieja como su marido, tenía ya cincuenta años y los representaba bien. Sus dientes se habían puesto negros de tantos dulces como consumía al cabo del año, y la piel de sus mejillas colgaba ya flácidamente. Pero aún Se volvía loca por las novelas de amor: Ohnet, Lamartine, Jeanne de Coulomb, Cherbouliez, mezclados innoblemente, se disputaban los sitios de honor de su biblioteca, ya que, cuando jovencita, hija de un jerife sinaí, había estudiado en Francia. Bueno, había estudiado lo que a ella le pareció, que no fue mucho.

Y, sin embargo, a pesar de su caduca belleza —de joven fue una verdadera beldad árabe, con ojos azules y pelo castaño— aún seguía ordenando en las decisiones del hombre del que era primera mujer, porque había dado pruebas de una clara visión. Es decir, ella era fundamentalmente estúpida, pero María, su esclava etíope, no. Y era de su esclava de la que recibía la inspiración necesaria para que su marido la considerase como una sabia hurí, aunque un poco caduca, quizá.

Se metió un bombón suizo en la boca, se lamió los labios como un minino y se miró las uñas, cubiertas de una capa de alheña y luego sus pies, descalzos y tratados de igual manera. Iba vestida a usanza oriental, porque sabía que así gustaba más a su esposo y noble señor.

—Eres un buen mozo —dijo sin ambages, mirando complacida, después, al robusto ejemplar de abisinio que tenía delante—. De modo que en tu tierra de negros bárbaros eres un príncipe, ¿eh? —añadió, comiéndose otro bombón.

—Los abisinios no son bárbaros, «sitt»¹¹ —dijo la vieja María—. Los hijos de sus nobles estudian en Francia, como los de los árabes.

—¿Sí? Bueno, es lo mismo, son bárbaros porque tienen la piel oscura. Un príncipe... me alegro de conocer a un príncipe. Así que mi nueva esclava también será una princesa, ¿no es así? Algo así

como un sultán y una sultana, ¿no es eso?

—Algo así, «sitt».

—Estoy muy contenta de tener dos esclavos que son casi sultanes en su tierra —dijo Suleima—. Estoy segura de que nadie puede permitirse ese lujo. Me alegro mucho de que mi marido los compre para mí. Me alegro de tenerte aquí, Tari.

Ambas, estaban mirando al esclavo Kama desde uno de los aposentos del harén, a través de un enrejado de fina madera preciosa, porque Moktar-el-Moktar cuidaba mucho las tradiciones. Pese a las nuevas y corrompidas costumbres de enseñar las mujeres el rostro y de permitir que el harén estuviese abierto, como ocurría en Egipto, él vigilaba celosamente por que sus mujeres no exhibiesen más de parte de la frente y los ojos ante un hombre y, en casa, no sallan de las habitaciones del serrallo. Hubiera hecho apalear a la que se atreviese a comportarse tan desvergonzadamente como las egipcias. Y es que Moktar no tenía confianza en sus propios encantos y atractivos, porque era viejo, desdentado y feo.

Pero no era aquello lo que quería María. La vieja etíope y Tari se miraron asustadas. No habían contado con las reacciones de aquel pedazo de carne, pintado de alheña y repleto de dulces.

No obstante María era de ideas rápidas. Se inclinó hacia su ama y le dijo en voz baja, susurrante y confidencial:

—Es que «sitt», los partidarios del príncipe y de la princesa pueden enfadarse al ver que no se devuelve a estos, y...

—¿Y...?

—Podrían invadir nuestro país —terminó la vieja con ojos muy asustados.

«Sitt» Suleima también se asustó mucho. Abrió los ojos, debajo de los cuales empezaban a formarse bolsas, y miró a su alrededor como si esperase ver surgir de los tapices cientos de guerreros negros y hercúleos, prestos a la invasión de su sacro serrallo.

—¡Allah nos proteja! —dijo. ¡Qué haremos! No se atreverán esos bárbaros. El Imán nos protegería...

—¡Ah! —dijo simplemente María, con aire terrorífico. Aquello acabó de llenar de espanto el alma sensible de «sitt» Suleima. Se puso en pie y empezó a pasear, todo lo agitadamente que le permitía su volumen, por la estancia.

—No puede ser... no puede ser —murmuraba—. ¿Qué haremos?

—Podríamos liberar a estos dos esclavos —dijo María misteriosamente.

—Mi marido me mataría —dijo Suleima con impaciencia—. No, eso no puede ser, de ninguna manera. Podríamos... podríamos

matarlos y así no habría pruebas.

La cosa iba por mal camino. La pobre Tari, aterrada, contemplaba, ora a aquella tonta, ora a María, la cual tampoco estaba muy segura.

—No, «sitt». Los brujos abisinios descubrirían el crimen.

—Bah, brujos. Allah es más grande que todos los brujos —no obstante lo cual, al oír la palabra brujos se estremeció su robusto cuerpo—. Piensa, piensa, María, vamos, que para eso te tengo aquí. Has de encontrar una manera de que eso no ocurra. Creo que hablaré con mi señor y se lo diré todo. Quizá él encuentre la solución.

—No hay que precipitarse—le dijo la precavida vieja—. Esperemos. Pero entre tanto sería conveniente alejar a ese esclavo príncipe de los trabajos rudos y de los latigazos. Así no estará muy enfurecido con nosotros si ocurre lo que tememos, «sitt».

—Pues claro —exclamó Suleima con la cara radiante ya—. Eso es lo que haremos. Dile inmediatamente al capataz que ese esclavo, vigilado, desde luego, se quedará en la casa y dejará de sacar agua. ¡Qué hermoso es portarse bien con los jóvenes que se aman y son príncipes!

Y convencida de su propia filantropía dio unos golpecitos en la cabeza de la espantada Tari, que le daba aire con un gran abanico de plumas de avestruz.

* * *

La depresión Danakil es un desierto lleno de arbustos espinosos y de euforbias gigantes, pero estas en menor escala que aquellos. De cuando en cuando, unas charcas de agua cenagosa, que sirve solamente para bebida de los sufridos dromedarios. Es una desolación infinita, que abarca más de cien millas de lado a lado.

Sólo que ahora no iban a caballo, sino en un viejo «Ford T» que el ras Kasari les había prestado. Mientras conducía, con los ojos atentos para no subirse en una duna, Kurt Larsen fue rememorando la entrevista con los altos dignatarios abisinios.

Les había costado trabajo a Gentile y a Larsen convencer al impulsivo Ras Kasari de que debía suspender la pretendida invasión de Eritrea. Por fin, la presencia del emperador había contribuido a calmar las cosas. El augusto primo del ras logró por fin que Lidj Kasari consintiera en dejar las cosas en manos de los diplomáticos y de los... Bueno, lo que fuese Kurt Larsen. Este había prometido dar con el paradero de Kama y de los ladrones de esclavos en un plazo

que no especificó, pero que aseguraba sería corto. Y ahora le tocaba cumplir su promesa, mientras los abisinios se empezaban a preparar para el «Maskal»¹², con gran regocijo, sonar de tambores y bailoteo de «alaquas»¹³.

Gentile había insistido de nuevo: el único paso que podrían haber utilizado les mercaderes de esclavos tenía que haber sido el Bar-el-Sakr, único lugar que ni los ingleses ni los italianos vigilaban debido a su sequedad. Pero alguien había descubierto el sitio exacto de la laguna, que, conocida, salvaría a los que quisieran atravesarlo.

—Y usted, ¿sabe dónde está? —preguntó Kurt.

Gentile afirmó con la cabeza y miró a su hija. Luego ambos se echaron a reír.

—Mi padre y yo nos pasamos unas vacaciones enteras buscándola, hasta que la encontramos. Los indígenas que viven al lado eritreo del desfiladero son muy desconfiados, porque la laguna se seca muy pronto y no quieren compartir su agua con nadie. Es decir, que todo el pueblo sabe dónde está, pero no lo dicen a nadie. Por eso es muy extraño que los mercaderes la encontraran. Mi padre salvó la vida, con bismuto, al hijo del jefe de la aldea, que padecía disentería y peste; si no nos lo dijo claramente, al menos nos indicó su posición aproximada.

—Y ¿no lo sabe nadie más que ustedes? —preguntó Kurt.

—No, nadie. Ni siquiera pudo mi padre comunicarlo en su informe, ya que la guerra estalló antes de que pudiera terminar este.

—Entonces ha sido algún aborigen el traidor.

—No lo creo —dijo Gentile—, aunque no veo cómo ha podido ser. Bien, creo que estamos llegando al sitio en que tenemos que empezar a andar y dejar el coche. El «boy» abisinio se lo llevará de nuevo. ¿Le gusta el alpinismo, Larsen?

—Al menos, no me asusta —respondió el finlandés.

—Sabiendo la situación de la laguna, no tendremos, en realidad, que andar mucho para dar con ella —afirmó la joven, por su parte, bajándose del coche, mientras el «boy» abisinio que les había prestado el ras Kasari iba sacando las mochilas y las cantimploras de agua del automóvil.

Luego, con una blanca sonrisa entre sus labios morrudos, puso en marcha el coche y se alejó entre una nube de polvo grisáceo.

Enfrente de ellos veían, en las estribaciones de los Rendakomo, que elevaban sus descarnadas crestas y jorobas en el azul purísimo del cielo abisinio. Los montes etíopes de la región Danakil son todos así. Muy elevados y tan calvos como la cabeza de un centenario. Un

sol implacable cae sobre ellos en los días de verano, y el termómetro bailotea alrededor de los cincuenta grados centígrados. Pero luego, al llegar la noche, la línea mercurial empieza a descender hasta rebasar el cero en sentido inverso.

Ante los tres expedicionarios se abría una especie de valle arenoso, que se hundía, como una cuchillada, entre dos retorcidas montañas. Ese era el camino obligado, el camino que emprendieron los abisinios cuando, llegados desde Egipto por el Nilo, emprendieron la conquista e invasión de la Eritrea. Los etíopes son muy ambiciosos. Remontan sus orígenes a los semitas y hamitas, pero sobre todo a los primeros, y sus príncipes se consideran descendientes directos del rey Salomón y de la reina de Saba. Posiblemente, alguna rama de los salvajes nómadas hicsos, que su juzgaron Egipto hace ya más de tres mil seiscientos años, descendió por el Nilo hasta en centrar el Azul, y se desparramó por la altiplanicie etiópica. Al mezclarse con los primitivos pobladores negros, dieron origen a las actuales razas. Únicamente los gallas son negros completamente.

La verdadera ascensión no comenzó hasta que llegaron al final de aquella resquebrajadura. Un sol insolente se les desplomaba sobre los «salacots», pero ellos estaban demasiado excitados para notarlo. A cada nuevo paso que daban, descubrían más y más cerca el final de aquel valle, en el que todavía quedaban algunos arbustos espinosos.

Gentile iba delante, porque, a pesar de su mayor edad, era el más entusiasta de todos. Aquel hombre sentía una verdadera pasión por todo lo que se refiriese a la tierra abisinia y no estaba dispuesto a compartir con nadie su tesoro. A Kurt, eso le importaba muy poco. Su misión, después de todo, era la de descubrir a los mercaderes de negros, y nada más.

El vallecillo terminaba ante una pared rocosa, que se dividía casi enfrente de ellos. Una de sus partes se abría y un camino arenoso trepaba monte arriba sinuosamente.

—Claro —dijo Kurt, limpiándose la frente con un pañuelo y observando cómo un lagarto gigante, casi de un pie de largo, los observaba desde una anfractuosidad, laténdole el repugnante cuello de dragón, visiblemente. Era un monstruo muy repelente—. Creo que no se ha equivocado, míster Gentile. Por aquí pueden pasar mujeres y niños. Indudablemente, este ha sido el camino.

—Sigamos —dijo el italiano, impaciente, echando a andar por el pasillo arenoso.

La muchacha sonrió a Kurt por debajo de su «*salakof*» y siguió.

Una piedrecilla rodó bajo su zapatón de marcha y perdió el equilibrio. No fue más que un momento, pero ya los fuertes brazos de Kurt rodeaban su cintura.

Ayudar a recobrar el equilibrio a una muchacha firme y de músculos suficientemente entrenados, no lleva arriba de tres segundos; pues bien, más de quince duró el apretón. Los ojos de la joven se fijaron en los suyos, con una mirada recta, tan por completo extraña para Kurt, que este la soltó como si se hubiese quemado. Él era atractivo, lo sabía, porque las mujeres se habían encargado de hacérselo saber. Su pelo color de miel, su semblante tostado, bajo cuyo color se adivinaba la piel blanca de los nórdicos. Su gran estatura y perfectas proporciones, todo, en fin, contribuía a que las mujeres lo mirasen una y otra vez con gran complacencia. Pero, cuando él se les acercaba, ellas bajaban los párpados, hacían temblar sus pestañas y se comportaban, en fin, como colegialas a las que un célebre actor les firma un autógrafo.

Esta no. Aquella mirada parecía preguntar: «¿Qué ocurre? ¿Hay algún motivo para que me sujete usted por la cintura? ¿Le gusta hacerlo así? Y si es así, ¿por qué?»

Kurt maldijo en voz baja y la dejó pasar delante. Aquello era francamente desalentador. No hace falta explicarle a una muchacha por qué uno la coge del talle. Ella «debe» figurárselo.

Pero no ocurría así con Estéfana. O era de hielo o le gustaba saber el porqué de todo. Y ciertas cosas no se pueden explicar. Hay que sentirlas, y nada más.

El sendero arenoso daba una vuelta casi completa a un monte pequeño, que parecía, sencillamente, un injerto en el gigante de seis mil pies que se alzaba al fondo. Ahora ya veía Kurt claramente el desfiladero de Bar-el-Sakr. Estaba entre el monte que parecía un cuerpo y otro, puntiagudo tres veces, como un tridente.

Y... sequedad... sequedad... sequedad hasta la desesperación. Cierto que había vida, claro; pero una vida repugnante, fea, tan repugnante como el terreno. Arañas gigantes, de patas peludas y recias, que corrían velozmente entre las rocas o que se quedaban paradas, mirándoles con sus cuatro pequeños y brillantes ojos, Gentile señaló a una de ellas con su bastón de contera férrea, y el animal dio un salto de costado, desapareciendo en una quebradura.

—Una «tarantela» —dijo—. Es mentira eso de que sean muy venenosas, pero tampoco es conveniente dejar que se enfurezcan y piquen. ¡Cuidado!

En medio del camino, plantado sobre sus ocho robustas patas y con el articulado cuerpo encorvado, había un animal

particularmente repulsivo. Tendría más de medio pie de largo, y en su parte delantera, un par de tenazas grandes y vigorosas, que sujetaban fuertemente a un ratoncillo campestre, el cual se debatía de manera cada vez más débil. Los fijos, turbadores ojos del pequeño monstruo se fijaron en ellos, mientras la cola, larga, segmentada, terminada en un garfio, se encorvaba poco a poco hasta ponerse en contacto con el ratón. Fue, sencillamente, como si se hubiese hecho un aro. Luego, cuando el garfio volvió a su posición normal, el pequeño y saltarín roedor había quedado muy quieto.

—Un escorpión —dijo Kurt, con un marcado sentimiento de asco—. ¡Qué bicho más repugnante!

—Lleve cuidado —aconsejó Gentile, cogiendo su bastón. El arácnido retrocedió de espaldas, sin dejar de mirarles, para meterse en algún agujero—. El aguijonazo de estos bichos traspasa hasta el cuero de las botas. Más vale esperar a que se retire.

De pronto, la muchacha dio dos pasos rápidos hacia delante, blandiendo su bastón, y le lanzó un garrotazo. Pero un escorpión tiene casi la misma agilidad de sus primas las arañas. Este soltó al ratoncillo, se hizo a un lado rápidamente y luego, de un salto en el que sus cuartas patas hacían de ballesta, saltó sobre la pierna desnuda de la joven.

Gentile dio un grito de aviso, y Kurt avanzó dos pasos. Por sus antepasados finlandeses, el joven agente del F. B. I. prefería el fútbol europeo al americano y lo había practicado bastante. Para él, el escorpión ofrecía un buen blanco. Se puede decir que lo cazó en el aire, como hubiera hecho con una pelota. El cuerpo de bicharraco saltó por el aire, hecho una bola y fue a caer diez o doce pies más allá, aplastado contra la pared de roca.

—¡Cielos! —dijo Kurt, con asco—. En mi vida he visto nada tan repugnante.

Gentile había cogido a su hija por el brazo.

—¡Te dije que nunca más volvieras a meterte con los escorpiones! —le gritó al oído. Era evidente que se había llevado un buen susto cuando vio al arácnido precipitarse contra la desnuda y esbelta pantorrilla—. ¡Te lo he dicho más de mil veces!

—No lo puedo remediar —dijo ella, serenamente. Pero parecía un poco agitada y respiraba con un ligero jadeo—. No puedo ver a esos bichos sin sentir la necesidad de matarlos. Los odio.

—No era nada agradable —asintió Kurt—. Bien; creo que debemos seguir adelante. Cada vez voy sintiendo más el calor en la espalda. Parece un sinapismo.

A mediodía se detuvieron en una anfractuosidad natural de la roca, que formaba una especie de cornisa, bajo la cual había un poco de sombra. La joven abrió, su mochila y sacó una lata de melocotones en su jugo, un poco de carne fiambre y un termo con té frío. Comieron y bebieron y luego se echaron un rato a descansar hasta que pasase la hora cenital.

Gentile se quedó dormido casi instantáneamente. Aunque era fuerte, ya no era tan joven como sus compañeros, y su naturaleza le reclamaba descanso. Kurt ofreció un cigarrillo a su compañera y ambos fumaron, apoyados contra la pared de roca.

—¿Hace mucho tiempo que vive usted en África? —preguntó Kurt.

—Toda mi vida. Jamás salí de ella.

Larsen se quedó pensativo. Eso sí que, le parecía extraño.

—¿Quiere decir que no conoce ni siquiera Europa?

—Así es. Estudié en la Universidad de Addis-Abeba, y luego, con profesores particulares italianos y franceses. No por eso me convertí en una salvaje —añadió, sonriendo y mirándole de nuevo rectamente a los ojos.

—No quise decir eso —repuso él, molesto.

Hacía un rato que oyera un ligero ruido, pero lo había atribuido a algún animal salvaje, de gran tamaño.

A Kurt le ocurría algo curioso desde que era pequeño. Sencillamente, su oído era mejor que el de los demás. No solo mejor, sino mucho mejor. Percibía cosas que para los demás eran completamente inaudibles aún. Ahora, «oyó» el paso de un animal, bastante grande, a lo que podía juzgar, y que no andaba muy lejos de allí.

—¿Oye algo? —preguntó Kurt.

Ella movió la cabeza. Debía estar pensando en algo que la mantenía alejada de allí. Kurt, en vista de que el rumor no se repetía, creyó que sería algún engaño de sus sentidos, por lo que no volvió a preocuparse.

A las cinco de tarde. Gentile se despertó, se restregó los ojos y se les quedó mirando con fijeza.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Por qué me han dejado dormir tanto tiempo? Ya es imposible que podamos encontrar la laguna antes de que se ponga el sol.

—Pero sí habremos encontrado el camino, papá —respondió su hija.

Tenía el cabello revuelto, pero ello no bastaba, para quitarle ni siquiera una parte de su magnífica belleza. Al revés, conseguía

hacerla más terrena y no tan idealmente lejana.

Kurt la contempló con admiración.

—Sería difícil encontrar otra como usted. Ni siquiera se le pasó por la imaginación la idea de quedarse en Asmara en vez de venir a pasar calor y sed en estas montañas. Y peligros, por supuesto.

—No podría haber hecho otra casa —respondió ella, con sencillez—. Si mi padre venía, también debería venir yo.

—Ya —dijo Kurt, nada convencido.

Aunque sí sabía una cosa: que se alegraba de que ella los hubiese acompañado. Cogió el morral con una mano, para echárselo a la espalda, y mientras sus compañeros le imitaban, se quedó parado de pronto.

—Otra vez —dijo, serenamente—. ¿No han oído ustedes ahora?

—¿Qué? —preguntó Gentile, impaciente.

Ya se había colocado sus arreos y estaba ansioso por, emprender la caminata de nuevo.

—Un ruido. Oiga, míster Gentile: ¿qué clase de animales grandes hay en estas montañas?

—¿Animales? Yo no he sentido nada y creo que tengo muy buen oído. ¿Qué es lo que...?

Pero Kurt alzó una manó en el aire, pidiendo silencio. Nada llegó hasta los oídos de los Gentile; pero, por la expresión del americano, coligieron que él «sí» que oía algo.

Por fin dejó de escuchar. Se volvió hacia ellos y preguntó de nuevo:

—¿Qué animales grandes hay por aquí?

—Leones, aunque no siempre y casi nunca llegan hasta el desfiladero, y cabras —respondió Match Gentile, perplejo.

—Pues un animal que no es tan pesado como un león ni tan ligero como una cabra, nos está siguiendo desde esta mañana —respondió, sencillamente, Larsen.

VI



L poderoso Moktar-el-Moktar, restregándose las sarmentosas manos, se dirigió por los corredores frescos y acogedores de su palacio, en Sana, la capital del Yemen, en busca del serrallo. El viejo de la barba de cabra y de las encías desdentadas estaba muy contento aquel día. Principalmente, porque el imán le había llamado querido pariente, y los ingleses que explotaban el oro negro que estaba en sus terrenos le habían anunciado que, debido a la abundancia de pedidos de petróleo crudo, la compañía iba a subir el precio. Esto representaba más dinero, mucho más dinero, que iría a rellenar las ya bien repletas arcas de Moktar.

—Allah es grande y colma de riquezas a los verdaderos creyentes —dijo en voz alta, mientras un negro nublo se inclinaba profundamente a su paso—. ¡Ah, sí, Allah es muy grande!

Caía la tarde y la voz de grajo de un muecín gangueó desde lo alto del minarete de la gran mezquita de Omar, exhortando a los fieles a sus oraciones vespertinas. Moteta se precipitó hacia la palangana que le ofrecía el esclavo nublo y cumplió los ritos con un fervor que llenaría, sin duda, de orgullo a Mahoma y a Allah. Luego, satisfechas sus necesidades espirituales, pasó a la parte práctica de su existencia. Esta parte incluía, por de pronto, una visita a «sitt» Suleima, la primera *mistress* Moktar o *mistress* Moktar número uno, como diría un mormón.

«Sitt» Suleima ocupaba una habitación particular, en vez de compartir el harén con las otras siete mujeres de su señor. Ella era de tal categoría, que Moktar, a pesar de que sus otras esposas eran más jóvenes y bonitas, sentía por ella cierta predilección que no podía disimular. Pero respetaba el claro juicio de Suleima, aunque si hubiera llegado a sospechar por un solo momento que los razonamientos seguros y certeros de su esposa se debían a una esclava abisinia, es de suponer que la hubiera abandonado por completo a sí misma. Además, era la madre de sus dos primeros

hijos varones, dos gallardos guerreros de la guardia del imán.

El esclavo de centinela en la puerta (un eunuco de raza turca), le hizo una gran reverencia y abrió la puerta, pues el marido musulmán no necesita llamar. Puede entrar en el serrallo a cualquier hora y en cualquier momento, porque para eso es el amo y señor y todo lo demás.

Suleima se levantó de su diván con un ligero gritito de placer y le echó los brazos al cuello muy emocionada, al parecer, por la llegada del dignatario. Este correspondió a tales efusiones; pero, como ya no le agradaba tanto abrazarla, la separó de sí. Vio a las dos esclavas abisinias, María y Tari, en un rincón y les hizo señas de que salieran. Excusado es decir que se quedaron escuchando al otro lado de la puerta de marquetería.

—Suleima —empezó a decir, pomposamente, Moktar—: he pensado que nuestro hijo mayor, Mohamed-el-Moktar, ha llegado a la hora de casarse. He elegido una buena primera mujer para él La hija menor de mi querido amigo Solimán. Será una buena esposa, no hay duda, si Allah así lo quiere. Pero he pensado también que convendría dotarle de algunas esclavas jóvenes. Tal es mi deseo.

—Sí, claro —dijo la gruesa Suleima—. Mohamed también será un buen esposo. Es muy arrogante y ya es teniente de la guardia del imán. Has pensado muy bien, querido señor.

—Sí, claro —repitió él—. Y de las esclavas, le daremos...

—A... —y aquí Suleima citó a tres jóvenes de Kenya de grandes atractivos, para quien le gusten los morros gordos y los redondos ojos giratorios de esas negras.

—Sí... sí... muy bien. Pero, sobre todo, he pensado en esa esclava tuya, la nueva, esa que me costó más que dos trabajadores del campo. ¿Cómo se llama?... Esa que se trajo Hussein de su última expedición.

—¿La etíope? —preguntó Suleima un poco asustada—. No, señor; eso no puede ser.

No es muy diplomático que digamos el decirle a un señor feudal árabe en su cara que tal cosa no puede ser. Ya lo creo que todo puede ser, si lo quiere bien.

—¿Por qué? —preguntó, adustamente.

Su mujer no se atrevía a decirle que sería muy peligroso entregar a la jovencita etíope como esclava, por si acaso aquellos feroces abisinios venían a invadir el país. Había que contemporizar y ella estaba perdida si no tenía cerca la bien organizada cabeza de María.

—Pues... porque... porque me he encaprichado con ella —dijo,

por fin, atolondradamente—. Le he tomado cariño.

—No importa eso —respondió Moktar, igual de adustamente—. Se trata de nuestro primogénito y no vamos a consentir que vaya al matrimonio sin una buena provisión de esclavas para él y para su mujer, la hija del digno Solimán, mi amigo. Así, pues, esa esclava irá con nuestro hijo.

No había nada que contestar ni que discutir. Lo había decidido Moktar-el-Moktar y ya estaba todo dicho. Suleima se dio cuenta de que había perdido la partida por tonta y que si hubiese podido consultar a tiempo con María no habría pasado aquello.

Moktar, una vez que se había salido con la suya, se puso contento de nuevo. Regaló a Suleima un nuevo hilo de perlas del mar Rojo, una de las cuales tenía una delicada transparencia verde y debía valer una pequeña fortuna.

Esto contentó a la infeliz estúpida y le hizo olvidarse del peligro que correría el país si no devolvían a los esclavos a su tierra. Pero para las dos que estaban escuchando en la habitación de al lado, fue como si un rayo hubiese caído desde el azul y sereno cielo.

—¡No!... —exclamó Tari—. ¡No, Jesús, eso no puede ser!...

—No será, aun cuando tenga que darle muerte a Mohamed por mí propia mano —dijo María, ceñuda—. Esa imbécil mujer, trozo de carne untada de grasa... Mañana le echaré semillas irritantes en el baño... Ven, querida Tari. Procuraremos arreglar esto.

La cogió de la mano y echó a correr pasillo adelante. Pasaron bajo uno de los arcos (solamente en el serrallo había puertas) y continuaron hasta que llegaron a la habitación en la que trabajaban los esclavos en trabajos de carpintería, a las órdenes de varios capataces árabes. María dijo una palabra a uno de estos y al poco tiempo, Kama apareció, limpiándose las manos, porque había tenido que estar aceitando el grupo electrógeno, que pronto empezaría a funcionar.

María lo cogió, sin hacer caso de las protestas del capataz y se lo llevó a un rincón.

—Hay que hacer algo pronto, príncipe mío —dijo—. Mi señor Moktar-el-Moktar quiere regalar como esclava a Tari a su hijo mayor para su boda. Es decir, se la regalará antes.

Los dientes de Kama rechinaron, como los de un animal. Al mismo tiempo, los ojos del bravo guerrero galla se tornaron tormentosos.

—Destruiré el palacio, con todos los que tiene dentro —dijo, tensamente—. No lo permitiré. Hasta ahora lo he soportado todo, porque pensaba que al final todo se arreglaría. Pero si me separan

de ti, Tari, querida, seré capaz de cualquier cosa. Incluso de..

El capataz árabe se acercaba a grandes pasos, blandiendo un látigo, que hizo chasquear por el aire.

—¡Vuelve a tu trabajo, perro! —gritó—. Y tú, vieja bruja, vete a las habitaciones de las mujeres y sé honesta no enseñando tu asquerosa cara a los hombres.

María tenía una lengua muy expedita y no consentía que se metiesen con ella. Inmediatamente replicó al capataz en sus propios términos, pero aumentando las comparaciones injuriosas. Y como se sabía el predicamento que tenía con Suleima, el capataz decidió prudentemente que lo mejor era desatar su ira en el esclavo y no en la camarera de la señora. Pensarlo y hacerlo, todo fue uno. El látigo se ciñó a la espalda de Kama, y la jovencita chilló hasta enronquecer oyendo el ruido. Pero no había nada que hacer. Un momento después, las dos mujeres salían de allí tan desesperadas como habían entrado. Pero en la mente de Kama había nacido una nueva idea.

* * *

No llegaron siquiera al camino de que había hablado Estéfana, porque una nube que apareció en el cielo, procedente del golfo de Aden, hizo husmear a Gentile come si hubiese sido un lebel.

—Tormenta —dijo. Y a continuación lanzó en italiano dos o tres maldiciones, que parecían bastante enérgicas—. Tenemos que buscar un refugio. La laguna está un poco lejos aún. Vamos, Estéfana.

En los trópicos, los crepúsculos, prácticamente, no existen. Se pasa de la luz violenta a la oscuridad de la noche. La cosa resulta un tanto desconcertante para el que no está acostumbrado. Antes de que las nubes hubiesen tenido tiempo de apoderarse del cielo, la noche había caído ya.

—¡Maldita sea! —rugió Gentile, que estaba de bastante mal humor—. Nos hemos fastidiado bien. Todo por culpa de ustedes, por no haberme llamado a tiempo.

—Calma, papá —dijo la práctica Estéfana, poniéndose a su lado—. ¿Sabes dónde estamos?

—En, el séptimo círculo —contestó su padre, enfurecido—. ¡Claro que lo sé, diablo! ¿Qué quieres decir?

—Estamos cerca del principio del camino que conduce a la laguna, papá. Acuérdate de la cueva.

El italiano se dio un golpe en la frente en el momento en que un

trueno lejano hacía temblar el aire. Kurt pensó, con muy poco placer, en la perspectiva de una tormenta en plena montaña de rocas. Estas tienen la mala costumbre de rodar y arrastrar a otras en su caída, produciendo avalanchas muy desagradables. Por eso le sedujo la idea de la cueva.

—¡Cielo, «figlia mía», tienes razón! Creo que me he dejado llevar por el mal humor. Vamos. Tiene que estar muy cerca de aquí.

Lo estaba. El sitio era bastante raro. El camino iba bordeando la montaña de la izquierda, la que parecía tener forma de un gigantesco cuerno de «koodoo»¹⁴, para alcanzar el desfiladero, muy cerca del cual estaban ya. Pero sí bien a uno de los lados del camino había una altísima pared de roca, al otro lado había... el vacío; pura y simplemente, un precipicio de cerca de trescientos pies de profundidad. Al otro lado, solo que sin camino, había otra pared de rocas resquebrajadas, a una distancia de unos cincuenta pies.

Gentile echó a andar al lado de la pared, tanteando con el bastón, para evitar un tropiezo que lo precipitase al abismo. Los dos jóvenes lo siguieron con la mayor rapidez que podían.

Un goterón de agua, tan grueso que a Kurt le pareció que le habían echado encima un cubo, le cayó en el cuello, entre este y la camisa. La tormenta estaba cerca y los truenos empezaban a ser más frecuentes cada vez.

—¡Aquí! —oyó la voz de Gentile.

Y al momento encontraron la cueva. Esta no era profunda. En total, no tendría más de siete pies de profundidad, y era perfectamente recta, con un estrecho recodo al final. Un relámpago azulado serpenteó en el desfiladero, y el ruido horrisono del rayo llegó a sus oídos. Con inmenso asombro, Larsen se dio cuenta de que la joven estaba junto a él, cada vez más cerca.

—¿Qué le ocurre, *miss* Gentile? —preguntó Kurt.

Una luz brilló en el interior de la cueva. Entonces se acordó Kurt de que él también tenía una linterna. La encendió y pudieron verse las caras. La joven estaba muy pálida y parecía a punto de descomponerse.

—¿Qué le ocurre? —repitió Larsen, alarmado y cogiéndola del brazo; pero ya Gentile acudía hacia ellos.

—No es nada —dijo—. Las tormentas. Cuando era pequeña, se quedó en el campo sola y un rayo mató a su aya eritrea. Desde entonces le ocurre lo mismo. Pero es muy valiente, y esto pasa enseguida. Es solo al principio.

Los labios de la joven se habían puesto a temblar con violencia. Gentile le pasó un brazo por los hombros y la hizo sentarse en el

suelo de fina arena. Colocaron las linternas sobre un resalte de roca, de manera que alumbrasen, y Larsen se sentó también.

—N-n-n-no se preocupen por mí —dijo Estéfana, haciendo un sobrehumano esfuerzo porque su voz no temblase tanto—. Me pondré bien dentro de un momento.

Gentile empezó a buscar en uno de sus morrales y rompió a hablar muy deprisa, para animar a la muchacha:

—Llegaremos mañana a primera hora al camino, y al mediodía estaremos en la laguna. Allí tiene que haber algo, restos de un campamento o algo, porque los mercaderes tuvieron que repostarse allí de agua. Entonces ya estará todo comprobado y no volverán esos miserables a robar hombres y mujeres. No es que quiera hacerles la labor muy fácil a los ingleses, pero me dan mucha lástima esos pobres diablos, siempre oprimidos por todos. Señor Larsen: ¿le son simpáticos los ingleses?

Kurt sonrió.

—Poca sangre inglesa hay en mí, creo, pero esa poca no me predispone a ser parcial. Admiro a los británicos, pero no me gusta estar cerca de ellos. Durante la guerra, cuando desembarcamos en Europa, combatí al lado de los ingleses y todos parecían extrañarse de que yo no me pasase el día mascando «chicle» y hablando con la comisura de la boca. Le aseguro que no resultaba nada agradable. Cualquier pequeño «cockney»¹⁵ se creía autorizado para decir que si un americano vale algo es por la parte inglesa que hay en él, e incluso me preguntaban si me gustaba vivir en América.

La joven se rio convulsivamente, y Kurt prosiguió:

—No, les importaba, si era necesario, dejarnos colgados en cualquier sitio, aun cuando debo reconocer que son muy buenos como soldados. Pero muy raros. Uno de ellos se empeñaba en que si no le daban mantequilla, no combatiría, y se estuvo, durante un ataque alemán, fumando tranquilamente su pipa, asegurando que la mantequilla no podía haberse acabado en Inglaterra, y que él tenía tanto derecho a comerla como cualquier emboscado de retaguardia. Tan solo cuando vio a un «Fritz» que se le venía encima con la bayoneta, empezó a moverse. Y casi no llegó a tiempo, porque el alemán le atravesó una pierna con el cuchillo. Y cuando se lo llevaban le oí decir, con toda tranquilidad: «Ahora no tendrán más remedio que darme mantequilla, porque soy un herido y Su Majestad se ocupará de mí».

Ahora eran los dos italianos los que reían ante aquellos absurdos. Dándose cuenta de que así ayudaba a la joven a recobrar el valor, prosiguió:

—Había un oficial que tenía la costumbre de ir a París a cada permiso, si es que podía, y acostumbraba a decir que, cuando los americanos buenos mueren, van a París, y que si son malos, Dios los hace quedarse en América. A mis muchachos no les gustaba aquello...

Los rayos, relámpagos y truenos se sucedían sin interrupción de ninguna clase. Era como un continuo alborear y un tromboneo ensordecedor. La cueva entera parecía temblar.

—Parece un baterista enloquecido y gigantesco —informó Kurt a sus compañeros, acercándose a la boca de la cueva.

En aquel momento hubo una súbita interrupción de los relámpagos, y el americano miró hacia fuera. Al principio lo tomó por una especie de continuación del deslumbramiento. Eso era; parecía como si algo del resplandor de un relámpago se hubiera quedado prendido en la roca. Sólo que... «aquel rastro de luz se movía».

Pero inmediatamente continuaron los cegadores chispazos azulados, que zigzagueaban en el desfiladero, y Kurt se dijo que todo había sido una ilusión de sus sentidos.

—No creo que dure mucho la tormenta —dijo—. He oído decir que cuanto más violentas, menos duran. ¿No es así?

La luz de la linterna de Larsen daba directamente en la cara de Gentile, y Kurt le miró al ver que no respondía. Vio cómo se movía de pronto, como si estuviese temblando, y que las dos manos se apretujaban en el pecho. Y, a la luz de la lámpara, vio que algo le corría por entre los dedos... algo rojo, espeso...

—¡Papá! —el alarido de la joven dominó el retemblar de los truenos, pero no pudo ocultar otro ruido: el seco chasquido de algo duro contra la pared de roca. Una esquirla silíceá le golpeó a Kurt en la frente, pero él ya sabía lo que ocurría.

—¡Abajo! —ordenó.

Y puso una de sus pesadas manos en la espalda de la muchacha, obligándola a aplastarse contra el suelo. Gentile había caído de bruces, al lado de su hija, y no se movía. Estaba absoluta y terriblemente quieto.

—¡Papá! —volvió a gritar la muchacha. Y luego, con voz estrangulada, añadió—: Está muerto, no se mueve. ¡Papá!

Kurt la sujetó con una mano para evitar que se incorporara y apagó la linterna con la otra. El chasquido de la última bala, que se estrelló contra el muro, siguió a su acción.

—¡Calle, por Dios! —dijo, con voz dura—. ¡Ahora veremos lo que podemos hacer con su padre! ¡Calle o nos matarán también a

nosotros esos malditos!

La muchacha sollozaba, intentando escapar a su abrazo, pero él la sostenía firmemente. Entre tanto, con la mano izquierda, tocó el cuerpo de Marco Gentile, tratando de encontrar el lugar del corazón. Cuando lo consiguió, se dio cuenta de que no había nada que hacer. El funcionario italiano había muerto instantáneamente. Entonces, y como oyera gritar de nuevo a la muchacha, dio una rápida vuelta sobre sí mismo y se aproximó a ella para taponarle la boca. Porque, verdaderamente, la muchacha estaba horrible, aullando a la luz de los relámpagos, despeinada y con las manos cruzadas sobre el pecho.

Amainaron las chispas tormentosas un momento, y la oscuridad volvió a apoderarse de la cueva. Kurt Larsen sabía que cuantos menos relámpagos iluminasen la escena, más probabilidades tenían de evitar ser muertos de un balazo. También sabía desde dónde disparaban sus enemigos: desde la muralla frontera, al otro lado del precipicio. Y los que disparaban eran buenos tiradores, porque no habían fallado la primera bala. Y las otras dos se habían perdido a causa de la luz cegadora de los relámpagos. Por tanto, comprendía que en cuanto se movieran y los otros los divisasen, morirían.

—¡Calla! —exigió a la muchacha—. No conseguirás nada gritando, Estéfana. Tenemos que vengar a tu padre, no llorarle.

Reinó el silencio. Su mano buscó la de la joven, pero esta apartó la suya. Luego, de pronto, su voz sonó roncamente en la oscuridad.

—Esos malditos pagarán su crimen. Lo juro.

Aquella voz sonaba tétricamente en la oscuridad. Larsen, sin poderlo remediar, se estremeció.



~~~~~

AVENTURAS DEL F. B. I.

**JEQUE BLANCO**

EXTRAORDINARIO de

AVENTURAS DEL F. B. I.

PARA LA JUVENTUD IBEROAMERICANA!

## VII



AMA aguantó los latigazos hasta contar ocho. Entonces, fría, deliberadamente, se volvió hacia su verdugo y clavó los ojos en los suyos. Y el capataz comprendió que se enfrentaba con algo insólitamente nuevo. Con algo que nunca había visto en todos los días de su vida: con un esclavo que va a rebelarse, que va a tratar de romper sus cadenas no apelando a tribunal alguno de personas protectoras, sino a sus propios puños, a la fuerza bruta. Y los gigantescos músculos, contraídos, llenaron de temor al bajuno asalariado.

Pero una cosa es el temor y otra huir. Cuando comprendió la expresión asesina de aquel hombre, su primer movimiento fue retroceder para poder manejar con mayor eficacia el látigo, dirigiendo esta vez la punta de cuero hacia las pupilas del esclavo, a fin de cegarlo, aunque fuera a costa de sacarle los ojos.

Pero Kama conocía el movimiento. Había viajado y había visto muchas cosas. Había visto a los «tuareg», los salvajes habitantes saharianos del Hoggar, manejando sus larguísimos látigos con tan gran precisión, que arrancaban un cigarrillo de los labios de un hombre a una distancia de seis yardas, sin rozarle siquiera, y conocía el manejo del flagelo.

Esquivó, pues, agachándose, ya que el látigo era corto, y saltó. La espalda de Kama estaba ensangrentada y toda la vida llevaría las cicatrices de las heridas, en las que le habían echado sal, pero ahora ya no se acordaba de nada de esto. Solamente de que su querida Tari iba a ser regalada como esclava a algún salaz árabe o a alguna estúpida dama, que todavía pensaba que los hombres se pueden vender como bestias.

Y también pensaba en las humillaciones sufridas durante todos aquellos días, en la posibilidad de que jamás volviese a ver sus sanas mesetas abisinias, pobladas de «koodoos», ni a sus bravos

guerreros cargando a caballo y a pie sobre las levantiscas tribus sudanesas. Quizá nada de eso volvería a ver.

Todo ello producía en su cabeza el efecto de una bebida alcohólica y trastornó por completo sus pensamientos. Cuando se agachó para que el látigo del guardián pasase sobre su cabeza, no pensaba más que en matar.

Su brazo, largo y nudoso, el brazo de un hércules de bronce, encontró el camino de la garganta del guardián y no tuvo más que apretar los dedos para sentir el chasquido de las vértebras cervicales. Sencillamente, lo desnucó como a un conejo.

Uno de los esclavos lanzó un ronco grito de aviso y Kama se volvió hacia aquel sitio. El otro guardián de la carpintería llegaba corriendo, con un curvo puñal egipcio en la mano. Un instante más y lo hubiese degollado. Pero Kama ya estaba sobre aviso.

Cogió la mano que empuñaba el cuchillo, dio un brusco giro y los huesos del brazo crujieron, primero, y luego se rompieron. El hombre lanzó un grito atroz y procuró apartarse del camino de aquella máquina de destrucción, sin conseguirlo. Un segundo después seguía el mismo camino que su compañero.

—Muerte... —dijo uno de los esclavos, un embrutecido nubio, retrocediendo como si hubiese sido un fantasma. Te matarán, te atormentarán.

—No me cogerán vivo —respondió Kama—. Antes prenderé fuego al palacio entero. Quien quiera morir como un hombre libre, que me siga.

Era un verdadero jefe, porque generaciones sucesivas de jefes se habían conjuntado para legarle aquella condición. Docenas de generaciones de rases que morían con la sonrisa en los labios, desde los tiempos en que los portugueses entraron en Abisinia para defenderla de los apetitos árabes.

En la carpintería había seis esclavos, nubló cuatro de ellos, pero de Kenya los otros dos. Estos fueron los primeros que respondieron. Los negros de las tribus de Kenya acostumbra a obedecer al más fuerte, siempre que este demuestre serlo.

Kama no estaba loco, porque tenía una idea; la de hacerse fuerte en el único sitio en el que los hombres no se atreverían a entrar: en el serrallo. Pocos centinelas, fuera del eunuco, encontrarían, porque la idea de una sublevación de esclavos era algo que ni siquiera pasaría por las mentes de ninguno de los del palacio.

—¡Al serrallo! —exclamó, apoderándose del cuchillo y del revólver de uno de los guardianes.

Y todos los esclavos, menos uno, lo siguieron como un solo

—Vi la linterna de uno de ellos cuando subían... —empezó Larsen; pero, de pronto, se contuvo. No podía ser. La linterna que él viera, aquella cuyo resplandor confundiese con un relámpago, no podía ser de los asesinos. No podía ser, porque subía por el lado derecho, justamente por el lado en que estaban ellos. Y a ellos les habían disparado desde enfrente. Una de las veces, la última, vio el chispazo anaranjado del disparo—. Estéfana —susurró, tensamente—: hay otros hombres cerca de nosotros. Toma.

Aquello era un revólver, el de Marco Gentile. La muchacha lo cogió y lo apretó fuertemente con su mano.

Poco a poco iba cesando la tormenta. Los relámpagos, más y más espaciados, se alejaban, siguiendo al viento que empujaba las nubes hacia el interior de Abisinia, y los truenos no hacían retemblar tanto la montaña. Las horas transcurrían monótonas, no interrumpidas más que por algún sollozo de la joven. Kurt Larsen le había pasado un brazo por encima de los hombros y ella se estrechaba contra su pecho, sin una palabra, nada más que algún suspiro que se escapaba de su pecho.

—Eres una mujercita muy valiente—le dijo al oído—. No me falles, por lo que más quieras. Tu padre ha muerto cumpliendo un deber y nosotros debemos procurar que no sea inútil su muerte. A la madrugada...

Sí, a la madrugada. Ahí estaba lo peor. Él sabía que, forzosamente, el sol daría en la parte de la montaña en que estaban ellos y era muy posible que fueran perfectamente visibles para sus enemigos, mientras que ellos no podrían defenderse. De pronto se asombró oyendo a la muchacha exponiendo aquello mismo en que él pensaba.

—A la mañana nos cazarán si no salimos de aquí —dijo ella, repentinamente.

Y era la primera vez que hablaba desde que llamara desesperadamente a su padre y jurara vengar su muerte.

—No —dijo Larsen, estrechándola un poco más contra él—. Encontraré la manera de salir de aquí. En otras peores me he visto y siempre he logrado salir.

—Sólo quisiera tener ahora a alguno de ellos delante del revólver —afirmó la muchacha—. ¡Oh Dios! Jamás he sentido el menor deseo de matar a nadie, pero esos canallas no merecen vivir.

—Cálmate —respondió él, sintiendo que los sollozos volvían a acometerla—. Cálmate, por lo que más quieras.

A las cuatro de la mañana la tormenta había pasado por completo, pero aún podían oír algunos desprendimientos lejanos de rocas, debido a la violenta acción de agua, que había caído torrencialmente. Y entonces, por encima de la pared frontera, vieron un ligero resplandor.

—El alba —dijo Kurt Larsen.

—El alba —repitió la muchacha, decidida—. Ahora es cuando nos lo jugaremos todo. Dios quiera que esos hombres no se hayan marchado

—Dudo que hayan hecho eso —respondió Larsen, incorporándose, ahora que los relámpagos no podían delatarlos—. Vamos, Estéfana. Tenemos que salir de aquí y encontrar otro escondite antes de que amanezca. Entonces podremos contestarles con sus propios argumentos.

La mano de la muchacha se posó firmemente en su brazo.

—Quiero que sepa una cosa —dijo—. No sé qué habría sido de mí sin usted.

—Pues que no hubiera venido aquí —respondió él con un poco de amargura—. Yo fui quien hizo que su padre viniera.

—No. Estaba cumpliendo con un deber. Lo habría hecho de todas formas. Le estoy muy agradecida.

Kurt se sintió invadido por una oleada de ternura. De ternura y de algo mucho más profundo. Sencillamente, le parecía imposible que la mujer más maravillosa con que se tropezó en su vida, estuviese a su lado diciéndole que le estaba muy agradecida.

—Hablaremos de eso más tarde —dijo, pronunciando las palabras con trabajo. Ahora estaremos muy ocupados.

Estéfana Gentile se había arrodillado al lado del cadáver, y Kurt oyó el seco chasquido de su beso en la mejilla del pobre hombre muerto.

—Adiós, papá —dijo—. Volveré por ti y te llevaré al lado de mamá. Allí podrás descansar a gusto. Dios mío, acógelo en tu seno. Tú que lo sabes todo, sabes que jamás hizo daño a nadie si pudo evitarlo.

Luego se santiguó y se puso en pie.

—Vamos —añadió con voz casi serena, y Kurt no pudo por menos de asombrarse ante aquel valor.

Todo estaba negro, porque aún quedaban nubes en el cielo, por lo que pudieron alcanzar el camino sin que ninguno de aquellos mortíferos chispazos anaranjados iluminase de nuevo las rocas.

—Tú conoces el camino —susurró él—. Conduce. Procuraremos alejarnos de aquí.

—No tanto como para no poder encontrar a esos criminales —respondió ella.

En aquel momento, nuevas gotas de lluvia les azotaron el rostro. El pelo se les pegó a las sienes, mientras que Kurt ponía en lugar seguro los cartuchos de revólver que llevaba, para evitar que se mojasen.

—Un poco más allá me parece que hay una cornisa —dijo la joven—. Y procuraremos ocultarnos entre las rocas.

Había ambas cosas. Un amontonamiento de rocas formaba una especie de parapeto natural frente al precipicio.

—Confío en que aquí no nos verán antes que nosotros a ellos —dijo el muchacho. Esperemos.

El amanecer fue tan rápido como el anochecer. Semejaba en cierto modo al acto de encenderse una lámpara, y algo así viene a ser en realidad. La lámpara de Dios, el sol, saliendo por detrás de los picachos de los montes Rendakomo.

Kurt llevaba ya un rato tratando furiosamente de ver. Por eso, la salida del sol le sorprendió y tuvo que guiñar los ojos. En ese momento oyeron el primer disparo y ambos se dejaron caer contra el duro suelo de piedra. Casi al instante sonó el segundo.

Pero no iban dirigidos a ellos, sino a alguien que estaba en una posición mucho más baja que la suya, ya que vieron levantarse dos nubecillas de polvo allá abajo, cerca, sin duda, de la cueva. Y desde allí contestaren también. Los dos jóvenes se quedaron asombrados.

—¡Cristo! —dijo Larsen, asomándose un poco—. ¡Mira, Estéfana!

La cosa era bien extraña: cerca de la cueva, había dos hombres medio escondidos, que debían ir buscando refugio. El reconocerles no costaba ningún trabajo, ya que ambos eran tan dispares como un grillo y un ratón. Uno de ellos, de estatura mediana y el otro altísimo y muy delgado.

—Los ingleses —dijo Estéfana. Estaba despeinada y tenía la cara sucia por las lágrimas y el polvo y la lluvia. Pero sus ojos brillaban con un fuego que Larsen no había visto nunca en ella.

Uno de los ingleses, Morton, debía ser porque era el más bajo, levantó la mano y disparó contra la pared frontera. De esta partió una pequeña humareda, y el inglés alto, Roderick, se desplomó en el momento en que llegaba a la cueva. Pero Morton, que había conseguido ponerse a salvo, continuó disparando. Fue entonces cuando Kurt vio a sus enemigos por primera vez.

Eran tres o cuatro, no podía distinguirlo bien y, naturalmente,

iban armados de fusiles. Sabedores de que sus perseguidores no tenían más que revólveres, casi inútiles a aquella distancia, no se cuidaban de protegerse demasiado, y eso fue su perdición.

Kurt apuntó a placer. Su revólver era un «Colt» de calibre 45, cuya bala de plomo pesa una onza y es equivalente a un mazazo. Además, ese revólver llega lejos, más que una pistola automática. Kurt conocía perfectamente su manejo, aun cuando el arma usual de los agentes del F. B. I. sea la automática «Magnum».

Al primer disparo, uno de los tipos aquellos, que, por cierto eran árabes, se desplomó al suelo, mientras los otros corrían a guarecerse entre las peñas. Kurt vio que Morton estaba tirando de su camarada para guarecerlo en la roca y disparó dos veces para protegerlos. Su cuarto disparo hizo blanco también en una enturbantada cabeza, y el poseedor de esta se desplomó por el precipicio, lanzando un largo y agónico aullido.

—Dos —contó la joven, que se había puesto un poco pálida—. Creo que no quedan más que otros dos. Y... ¡míralos, están corriendo hacia el otro lado!

—No alcanzo con mi revólver. Es inútil. ¡Eh, Morton!

La voz del inglés les llegó, extrañamente deformada por la distancia y por hablar desde dentro de la cueva.

—Es usted americano, ¿verdad? Mi compañero está herido.

—Vete con ellos y mira si puedes hacer algo, Estéfana —dijo Kurt—. Yo trataré de cazar alguna de esas cabras. Me gustaría coger una viva.

Y ambos, a la carrera, descendieron por el estrecho corredor, hasta llegar a la cueva. Morton, el inglés bajito, estaba inclinado sobre su compañero, pero este no parecía malherido, aunque respiraba jadeante.

Kurt movió el brazo y continuó. Antes de llegar al primer recodo, pudo ver el blanco revolotear de un albornoz árabe y el rojo ramalazo de un fez. Por allí seguían corriendo sus enemigos. Ahora los distinguía bien: eran tres aún, lo que quiere decir que habían sido cuatro antes de que él tumbara uno. Apunto, conteniendo una sonrisa, y vio, de pronto, desplomarse uno ante el impacto. El cuerpo del árabe rodó, saliendo fuera del camino y, chocando con las piedras, se desplomó en el precipicio. Pero ya los otros dos habíanse ocultado detrás de las peñas. Tanto ellos como los otros, si tenían un poco de cuidado, podrían evitarse el morir. Pero no era nada agradable pensar en continuar el camino con aquella amenaza a cuestas.

Regresó a la caverna y vio que la muchacha había vendado ya el

hombro de Roderick, el larguirucho inglés, procurando no mirar hacia el rincón en que descansaba, para siempre, el cuerpo de su padre. Sus ojos estaban, no obstante, secos por completo, aun cuando los rodeaba un círculo violáceo.

—Lo mataron ellos, ¿no es así? —preguntó Morton, encendiendo un cigarrillo «Player», después de ofrecerle otro a Kurt. Este asintió con la cabeza. Morton movió la suya.

—Lo siento, señorita —dijo—. Si anoche lo hubiéramos sabido...

—Fueron ustedes los que nos siguieron durante todo el día, ¿no es eso? —preguntó Kurt, lanzando una bocanada de humo—. Puede usted estar seguro de que sí le hubiera echado mano a uno de ustedes...

Morton se rio silenciosamente, enseñando los dientes de oro que guarnecían su mandíbula, pero no dijo nada. Kurt lo miró con curiosidad.

—Verá —dijo—. Creo que podemos ser claros unos y otros. Me imagino que todos andamos detrás de la misma cosa, ¿sí?

—No sé qué es lo que quiere usted decir —respondió Roderick, con un poco de esfuerzo—. Nosotros no vamos persiguiendo nada que pueda interesarle a usted. Simplemente nos dedicamos a nuestras...

Esta vez fue Kurt el que se echó a reír sin alegría.

—Cuando vuelvan ustedes a Asmara, no se olviden de darle mis recuerdos a sir Herbert Cunningham —contestó—. ¿Has terminado, Estéfana?

—Si —repuso la joven, poniéndose en pie.

—Pues entonces, en marcha. Señores, los que dan aquí provisiones para dos días y agua para la misma cantidad de tiempo. Nosotros hemos de continuar.

Las caras de ambos ingleses no manifestaron excitación alguna, pero los ojos de Morton brillaron.

—¿Van ustedes a dejarnos aquí? —preguntó con suavidad.

—Alguien ha de dar aviso a Asmara. La herida no parece de gravedad, y nosotros tenemos prisa. Además, puesto que nuestros cometidos son tan distintos...

Morton miró rápidamente a Roderick, y este le devolvió la mirada. Por fin, el primero dijo:

—Usted gana, amigo. Sí, es cierto; nuestra misión debe ser aproximadamente la misma, aun cuando no sé qué puede hacer en territorio inglés un agente del...

—Lo siento, amigo —interrumpió Kurt—. No hay tal agente. Soy, sencillamente, un amigo de míster Gentile, que lo ayuda en su

labor. Demuestre lo contrario.

—No puedo. Bien; creo que podrán ustedes ayudarnos a continuar el camino. Supongo que quieren averiguar el emplazamiento de la laguna del desfiladero, ¿no es así?

—Lo siento —repitió Kurt, sonriendo con un poco de malignidad—. Ahora que lo sé, no tengo más remedio que continuar mi camino. Lo repito: no les amenaza ningún peligro, a no ser el de esos árabes, y de ellos pueden ustedes defenderse perfectamente. Les aseguro que no hay nada que temer.

—Es usted un sinvergüenza —dijo Roderick, sin ambages, intentando ponerse en pie—. Le hemos dicho lo que quería saber y...

—Nos vamos, señores —Kurt cogió a la muchacha del brazo y se dirigió hacia la puerta—. Dígame, Morton, si los papeles hubiesen estado cambiados... ¿qué habría hecho usted?

Morton sonreía torcidamente.

—Lo mismo que usted —aseguró—. Si ven a esos árabes por el camino, deles recuerdos nuestros. Y malditos sean, de paso —añadió.

Los dos jóvenes emprendieron el ascenso, a paso rápido. Kurt se apoderó de una de las manos de la muchacha, pero esta se soltó, como si la hubiese sobresaltado.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, deteniéndose y mirándole a la cara.

—No podemos dejar a esos hombres en esas condiciones —dijo ella, parándose—. No podemos.

—No corren ningún peligro absolutamente, Estéfana. En caso de que esos bandoleros quisieran atacarlos, ellos pueden defenderse contra un regimiento. Además, ya has oído a Morton. Si han declarado que los enviaba sir Herbert, era únicamente por ver si conseguían de nosotros que los llevásemos a la laguna. Eso mismo es lo que hubieran conseguido si no hubiera sido porque los árabes nos tirotearon y los vieron a ellos. No he hecho más que cumplir con mi deber, querida. Vamos.

La joven no se movió. Se limitaba a mirarle fijamente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él, molesto.

—¿Hablas en serio, o te guardas algo dentro?

—¿Yo? —Kurt, sorprendido, no atinó a responder al momento—. ¿Estás en tu sano juicio? ¿Por qué diablos iba a mentirte?

—Mi padre ha muerto —dijo ella, serenamente, aun cuando los ojos se le llenaron de lágrimas—, y yo pienso que murió por una causa noble. Pero si viese que esto se convertía únicamente en un

tira y afloja de dos Gobiernos para conseguir unos determinados privilegios, jamás conseguirías de mí que te ayudase. Eso es todo cuanto tengo que decir.

El sol daba de lleno en la cara de la muchacha, sobre su tostada y sedosa piel, y hacía brillar sus cabellos dorados, que ondeaban al ligero vientecillo de las montañas. Con las manos pegadas a la roca, detrás suyo, aquella postura no servía sino para remarcar más todavía, en su escorzo, la belleza de su cuerpo joven, flexible y macizo. Kurt comprendió que estaba a punto de perderlo todo, pero no pudo remediarlo. Un paso más y, aunque él mismo también se asombró, la joven estaba en sus brazos.

—Mírame a los ojos —exigió—. Mírame a los ojos y dime si tengo algún pensamiento oculto. ¡Cielos, Estéfana, yo...!

Porque la joven había hecho lo mismo que él pidiera. Es decir, había clavado sus límpidas pupilas en las de él y no las apartaba. Luego, de pronto, inclinó la cabeza sobre «el pecho del finlandés y se mantuvo así quieta.

—Gracias, Dios mío... —murmuró muy bajito—. No hubiera podido soportarlo.

Él le acarició el cabello suavemente.

—Vamos, querida mía. Cuando esta pesadilla termine, tengo que decirte algo muy importante. Por ahora no tenemos más remedio que dedicarnos a lo nuestro.

—Lo nuestro —repitió ella, levantando la cabeza y mirando a la lejanía—. Sí, vamos, estamos ya muy cerca.

El sol empezaba a calentar. La joven se puso su *salakof* y emprendieron el ascenso, pero esta vez con las manos cogidas. De cuando en cuando se miraban a los ojos, y una sonrisa triste florecía en los labios de la joven.

El camino terminaba, de una manera casi brusca, en una «nava»<sup>16</sup> muy amplia, al final de la cual se encontraban las bases verdaderas de las montañas en forma de cuerno y en forma de tridente: El Murodi y el Mabirua. Entre ambos, se adentraba el desfiladero de Bar-el-Sakr, como lo llaman los mahometanos eritreos.

A las once de la mañana alcanzaron el comienzo del desfiladero, una desértica pedrera en la que pululaban avicularias y nemesias, esas gigantescas arañas tropicales de patas robustas y palpos maxilares muy desarrollados. Allá, en lo alto, las serpentarias y los buitres africanos, daban vueltas y vueltas, monótonamente, con sus calvos cuellos lanzados hacia delante, prestos al menor indicio de muerte para llenar los asquerosos buches.

No había lo que se pudiera llamar camino en el desfiladero. Pero los indígenas que lo utilizaban desde hacía cientos de años, había ido poniendo montoncillos de piedras en determinados sitios, de tal forma que desde uno de los montoncillos se divisaba siempre el que le sucedía, tal y como hacen los montañeros europeos para señalarse los caminos, cuando estos son casi invisibles.

La joven caminaba con perfecta seguridad, casi sin necesidad de mirar a los montoncillos, aun cuando a Kurt, medio muerto de calor, le parecía que todo el paisaje era horriblemente igual. Arañas, pájaros necróforos y piedras.

—¿Quieres decir que solo has astado aquí unas cuantas veces? —preguntó Kurt, deteniéndose de pronto y limpiándose el sudor que le corría a canalillos por la tostada cara.

—Sí —respondió ella, sonriéndole, por primera vez durante aquel día, con un poco de alegría a causa del cumplido que encerraban sus palabras. Tengo muy buena memoria, Kurt...

También era la primera vez que pronunciaba su nombre, y a él le sonó a gloria. Perdía toda su guturalidad en labios de la joven italiana, y se convertía en un campanilleo argentino.

—Repítelo—le exigió. Pero ella no le atendía. Con la punta de la bota había apartado a un pequeño roedor, un erizo plagado de púas aceradas, al final de cada una de las cuales colgaba una especie de campanilla que sonaba casi metálicamente. Al instante, el enfurecido animalito se hizo una pelota, dispuesto a traspasar la garganta del carnicero que intentase almorzar con su cuerpecillo.

La piedra donde había estado echado el puerco espín era grande, y estaba colocada casi en equilibrio sobre otras dos más pequeñas. Por encima de ella se alzaba una muralla de roca, toda resquebrajada, como si en algún nebuloso período histórico, hubiese habido un corrimiento de tierras. Pero, fijándose bien, se podía advertir que solo una de las resquebrajaduras era accesible: justamente la que estaba encima de la piedra en equilibrio. Sin un momento de vacilación, la joven se subió a esta, con gran peligro de su anatomía, ya que, si la piedra basculaba, caería, pero... al otro lado de aquel en que estaban. Y allí había una cortadura de cerca de tres yardas de profundidad. Kurt tendió sus brazos, pero ella lo rechazó, impaciente.

—No tengas miedo —le dijo—. No corro ningún peligro—. ¡A... up!

Se había agarrado con las manos a algún saliente de la resquebrajadura y se empinaba a fuerza de músculos. Kurt se subió a la piedra y la ayudó hasta que la vio apoyada en aquel resalte.

Luego, la joven trepó con agilidad hasta encontrarse encima del parapeto que formaba el desfiladero por aquella parte. Con bastante menos rapidez, pero sí con seguridad, debido a su mayor peso, Kurt la siguió. Y cuando llegó arriba, se explicó la actitud de la joven. Porque esta se había tapado los ojos con las manos y se había vuelto de espaldas.

Allí, a sus pies, en una especie de vallecito formado en la misma pared del desfiladero, que luego continuaba hacia arriba, había una laguna. Esa laguna, producida por la caída de un hilillo de agua invisible desde abajo a causa de la curvatura de la roca, tendría unas veinte yardas de ancha por unas diez de larga y parecía bastante profunda. Y era perfectamente invisible desde abajo por la misma razón que cuando escalamos una montaña no solemos ver el pico; los sucesivos tramos nos lo impiden. Nunca vemos más allá del próximo.

Kurt lanzó una exclamación ahogada. En los bordes de la laguna había dos...

Bueno, uno puede ver un par de cadáveres y contener las ganas que le dan de salir corriendo. Pero es que los huesos de dos cadáveres, mondados perfectamente por los pajarracos que se alimentan de carroña, son particularmente turbadores.

Y allí había dos esqueletos perfectamente limpios. No había sido únicamente las «serpentarias» y los «secretarios»<sup>17</sup> los que habían contribuido a dejarlos perfectamente limpios, sino que, alrededor de los cadáveres se veían centenares de hormigas de tres cuartos de pulgada de longitud, de color oscuro, que trabajaban sin descanso. Y, a ambos lados de la laguna, señales de un campamento.

—Por aquí, pues, pasaron. Tu padre tenía razón. Vamos, querida; tenemos agua suficiente para no necesitar la de este sitio trágico. Vámonos de aquí, y procura olvidar lo que has visto.

~~~~~  
PUBLICACIONES TRIUNFANTES

de

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

F. B. I. + EXTRAORDINARIA DEL OESTE

NEVADA + JEQUE BLANCO

AVENTURAS DEL F. B. I.

VIII



El eunuco de guardia en la puerta del harén lucía en su cinturón de seda roja un verdadero arsenal de armas cortas, desde un revólver americano del modelo de los usados por la Policía, hasta un cuchillo afgano, de empuñadura de acero con incrustaciones para que no se escurriera la mano sobre él, pasando por un corto alfanje, más decorativo que práctico.

Pero los músculos de los eunucos se suelen ir volviendo flojos, por regla general, según avanzan en años. Además, hace ya algún tiempo que se ha prohibido el uso de estos semihombres, muy civilizadamente, por cierto. Este, pues, tenía cerca de cincuenta años y una barriga que iba tomando francas proporciones de tonel.

No obstante, reaccionó con cierta marcialidad. Al ver llegar hasta él aquellos seis demonios negros, sudorosos y con caras que expresaban una cierta cantidad de malignidad para su propia persona, sacó el revólver de la faja, disparó un tiro hacia delante, arrojó el revólver a un lado, sacó el cuchillo afgano y...

Bueno, ya nada más. El tiro no dio a nadie, y su propia nerviosidad le impidió seguir haciendo uso del arma de fuego. En cuanto a la daga fue totalmente ineficaz, ya que era Kama el enemigo que se le dejó caer encima.

Un simple apretón en el cuello del eunuco, envió a este a la región de los sueños. Kama no quería matar, aunque bien sabía Dios que tenía motivos suficientes para sentir tan antinaturales deseos. Por tanto, se limitó a dejarlo sin conocimiento. Luego se apoderó del revólver y de cuantas balas pudo encontrar y abrió la puerta del harén. Él era cristiano y no sintió, por tanto, esa sensación de culpabilidad que invadirá a cualquier mahometano si entra a hurtadillas en tan sagrado lugar como son las habitaciones íntimas de otro musulmán.

Y su entrada, es decir, la entrada de los seis, causó el efecto de una pareja de milanos asomándose disimuladamente a un gallinero.

Dos docenas de mujeres, blancas, negras y bronceadas, escaparon como una bandada de palomas, hacia las demás habitaciones, pero todas estas, menos la que pertenecía a «sitt» Suleima, en vez de puertas tenía esos huecos a que tan aficionados son los constructores árabes, y de los que tantas muestras se encuentran en el sur de España.

—Dos a cada puerta —ordenó Kama. Y sus secuaces se precipitaron hacia la otra puerta del harén, pasando los complicados cerrojos de tipo europeo montados allí por el señor de toda aquella camada de mujeres. Ahora, tres de los esclavos tenían revólver y cerca de cuarenta cartuchos entre todos. Kama, con su arma en la mano, se aproximó hacia las dos únicas mujeres que se habían quedado en la habitación al verlos entrar.

—Moriremos o saldremos de aquí libres, como éramos —dijo a Tari que abría los brazos para sujetarle entre ellos—. Querida mía, Dios y Nuestro Señor Jesucristo nos protejan, porque tenemos la razón. El hombre no nació para ser esclavo.

María sonrió torcidamente.

—Has sido listo, príncipe mío —dijo—. El viejo señor se cuidará muy mucho antes de hacer que derriben las puertas, por miedo a lo que puedas hacer con sus mujeres, sus esclavas y sus hijos.

—Ordena que todos ellos se reúnan en esta habitación —dijo el fiero «galla». Todas. Avisa que cortaré la cabeza por mí mismo, a la que no obedezca.

Unos cinco minutos después, las siete mujeres de Moktar-el-Moktar, sus ocho hijos y sus doce esclavas, se arremolinaban temblorosas, tratando las primeras de taparse la cara con las coberturas, sabiendo que si su señor se enteraba de que ojos masculinos se habían extasiado ante su maravillosa belleza, las repudiaría. Kama, con un brazo pasado alrededor de los hombros de su Tari, se dirigió a ellas en árabe, idioma que todas conocían.

—Hemos matado a nuestros guardianes y resistiremos aquí aunque todos nosotros muramos. Vosotras, esclavas, ¿es que queréis seguir siéndolo toda vuestra vida? ¿Es que nunca habéis sentido deseos de libertad, de salir, de tener vuestra propia casa y vuestros hijos sin que nadie tuviese derechos sobre ellos? ¿Es que jamás habéis sentido esos deseos, desgraciadas?

Las esclavas, nubladas la mayor parte de ellas, embrutecidas por generaciones enteras de esclavitud, no respondieron. A excepción de tres norteafricanas, de cuerpos cenceños y alargados, a los que la mezcla de sangre árabe daba mayor decisión e inteligencia.

—¡Nos matarán! —dijo una de ellas.

—Moriremos como personas libres —asintió Kama.

—Venid con nosotros. Somos príncipes en Etiopía —añadió Tari.

—Y los ingleses nos libertarán—remachó María.

Las tres norteafricanas, líbicas, seguramente, se pusieron a su lado, mirando con desprecio a las otras esclavas. Estas, aterrorizadas, retrocedían constantemente.

—Atadlas, pues —dijo Kama a las mujeres que estaban con él. Sus agudos oídos habían percibido ya el rápido paso de gentes que corrían en varias direcciones—. Dentro de poco tendremos que defendernos.

—¡María, María! —exclamó «sitt» Suleima, gimoteando estúpidamente, mientras sus rollizas formas intentaban saltar del cojín donde se encontraba postrada, por el terror—. ¡María, Tari, no me abandonéis en manos de esos salvajes...! ¡Yo fui buena con vosotras...!

—¡Cállate, estúpida! —dijo María. Pero añadió—: A ella no la atéis, ni a los niños tampoco. Son nuestros rehenes. Si no te apresuras a decir a tu marido que nos respete, morirás.

Un alarido de agónico terror salió de la garganta de «sitt», y sus ojos enloquecieron en las órbitas, buscando la salvación en todas partes. Y en ese momento, se oyeron los golpes en la puerta. Kama, con el revólver en la mano, avanzó. El harén se componía de cinco habitaciones, una de las cuales la ocupaba «sitt» Suleima. Las demás, comunicadas entre sí, estaban unidas al exterior por solo dos puertas. No se podía pedir mejor situación para los esclavos insurrectos.

—¡Moktar! —clamó el guerrero «galla»—. Si intenta algo contra nosotros, todas tus mujeres y tus hijos morirán. Tengo a tu mujer más joven bajo la punta de mi cuchillo. Ordena a tus hombres que se retiren.

La voz excitada de Moktar dio órdenes rápidamente y luego se dirigió de nuevo hacia el interior.

—Te daré la libertad si te olvidas de todo ello —dijo gimoteante—. De lo contrario, los soldados del imán invadirán la casa y seréis empalados. ¡Abre la puerta!

—No, hasta que no hayas llamado al cónsul inglés—fue la definitiva respuesta de Kama.

* * *

Las persianas echadas acentuaban aún el frescor de la habitación, míster Castle bebió su segundo vaso de «whisky» y

movió la cabeza.

—Lo siento mucho, muchacha —dijo paternalmente, poniéndole una mano encima del hombro—, pero el Gobierno de los Estados Unidos jamás olvidará esto. Buena labor, Kurt. Al menos ha conseguido usted que el ras Kasari cometa una locura.

—Pero el príncipe Kama sigue sin aparecer —intervino el cónsul abisinio, poniéndose en pie—. Y su majestad ha empezado a enfadarse también. Un príncipe no es un campesino cualquiera.

De pronto, Kurt dejó su vaso con ruido encima de la mesa.

—Escuchen ustedes un momento —dijo. Castle y los demás, incluso la joven, se volvieron hacia él—. ¿Cómo es que nos esperaban árabes en el desfiladero?

Castle se encogió de hombros.

—Lo ignoro, pero no creo que eso tenga gran importancia. Quizá fuesen simples bandidos.

Estéfana Gentile negó con la cabeza.

—No. Sé que eran árabes, no abisinos mahometanos. Los vi, recuérdelo: no hay bandidos árabes en Eritrea.

Castle pareció un poco irritado.

—Bueno, como sea... —empezó a decir. Pero Kurt Larsen no le dio tiempo.

—Alguien conocía esa laguna tan bien oculta, que Gentile aseguraba los indígenas no comunicarían su paradero a nadie. No lo hicieron con él... ¿Por qué habían de hacerlo con otros? Alguien también sabía el camino que llevaríamos nosotros y puso gente en el nuestro para quitarnos de en medio «antes de que llegáramos a la laguna» ¿Cómo lo sabía? Aquí estamos los que lo sabíamos. Todos.

El cónsul americano se agitó, inquieto, en su silla.

—Eso es un absurdo, querido Larsen. Ninguno de nosotros haríamos...

—Pues alguien lo hizo. Fíjense bien. Ni el ras Kasari ni el ras Mikael sabían qué es lo que íbamos a hacer cuando nos separamos de ellos en Adigrat. Y, sin embargo, alguien nos esperaba. Ese alguien no podía ser sino el hombre que sabía dónde estaba la laguna. Después de haber estado en esta, me niego a creer en otra casualidad como la que llevó a *miss* Gentile y a su padre a encontrarla.

—¿Estamos, pues, todos aquí? —preguntó Marón, tranquilamente.

—Sí, por lo visto —dijo Castle, malhumorado, y sin dejar de observar a Larsen.

—No... —empezó a decir Estéfana, avanzando un paso, pero ya

Kurt había llegado a la misma conclusión que la muchacha. Levantó un brazo en el aire, para frenar a la joven e impedirle que hablase.

—No —dijo—; no estamos todos. Falta alguien. Dios quiera que no me equivoque, pero solamente puede ser una persona. Señores, tengan la bondad de escucharme un momento.

Kurt habló durante diez minutos, mientras la joven asentía a cada una de sus frases, con una mano puesta encima de su hombro. Cuando acabó, la cara de míster Castle, cónsul general de Estados Unidos en Eritrea, se había aclarado bastante.

—Debo confesar que me agrada esa solución —dijo.

En aquel momento, un empleado consular entró en la habitación, después de llamar. En la mano traía un periódico.

—Tenga, señor —dijo—. Pensé que le gustaría conocer eso.

«Eso» era el «Daily of Aden», el periódico de mayor difusión del protectorado británico. En un rincón —no demasiado llamativa— había una noticia muy escueta. Decía:

«Comunican de Sana, la capital yemenita, que se han producido disturbios en el palacio del jerife Moktar-el-Moktar, pariente del imán del Yemen, al rebelarse violentamente algunos de sus criados asalariados y amenazar de muerte a las esposas del dignatario. La Policía y la guardia rodean el palacio en evitación de posibles disturbios, ya que los criados se hallan en posesión de algunos revólveres. Debido a la circunstancia de que las esposas sirven de rehenes, todavía no se ha podido emprender aún ninguna acción directa, ante el temor de posibles represalias sangrientas, porque los sirvientes son de raza (ilegible), conocidos por la violencia de sus costumbres.

—Léase esclavos donde dice sirvientes asalariados —dijo amargamente míster Castle—. Y ese tachón tan oportuno, como si se hubiese entintado la palabra... Bueno, maldita sea si no...

—¿Podría ser el príncipe Kama? —preguntó míster Marori, poniéndose en pie para echar una ojeada por encima del hombro del cónsul americano—. Una cosa sí sé. El príncipe está educado a la europea y tiene idea de su linaje. Jamás se prestaría a ser esclavo.

Castle clavó su mirada en Kurt. Este también se puso en pie, estirándose como un león gigante.

—Entendido, señor. Iré a echar un vistazo, pero entre tanto... ¿Y el otro?

—Yo puedo ocuparme de él —dijo la joven—. Yo procuraré que no se mueva de Asmara.

Kurt, la miró. Ella había hablado tranquilamente, pero el irlandés sabía perfectamente qué energía y pasión se podían

esconder debajo de aquella capa de serenidad.

—Bien. Preparemos las cosas. Soy un turista americano que va a conocer Sana. Puedo estar allí esta misma tarde, ¿no es así?

—La compañía petrolífera tiene un sistema de aviones. Puede usted, en efecto, estar allí esta misma tarde. Adelante, hijo, y que Dios lo ayude. No me gusta el cariz que están tomando las cosas.

Kurt estrechó la mano a los dos cónsules y cogió la de la joven para arrastrarla fuera. Antes, Marori dijo por encima del hombro:

—Dos guerreros tigrinos estarán con usted, señorita Gentile. No se separarán de usted, ocurra lo que ocurra. No se preocupe, pues, si se ve seguida a todas partes.

Un coche americano esperaba a la puerta del Consulado. Kurt y la joven subieron a él y emprendieron el regreso a casa de Estéfana. En el camino la estrechó entre sus brazos fuertemente.

—Lleva mucho cuidado, querida—le dijo al oído—. No sabría qué hacer si al volver te hubiese ocurrido algo.

—Descuida, lo tendré. Pero antes, bésame y prométeme cuidarte tú también.

Cuando llegaron a la casa de la muchacha, esta se bajó, pero Kurt siguió el camino hasta su hotel, para cambiarse de ropa y hacer su maleta, con la menor cantidad posible de equipaje.

Una hora más tarde estaba en el aeródromo, después que un empleado yemenita tocado con un alto fez le hubo visado el pasaporte, ya que a un ciudadano americano, por regla general, no se le ponen demasiados inconvenientes en ningún país más acá del telón de acero.

Estéfana, con gesto decidido, se apeó del «auto» y entró en su casa. Su joven y graciosa doncella eritrea la esperaba en la puerta.

—Tiene usted visita, «woicéro» Estéfana—le dijo—. En el salón.

Antes de verlo, Estéfana sabía que era él. Algo dentro de su propio ser se lo decía. Por un momento, sintió en el pecho esa curiosa sensación que se asegura sufren los amenazados de trombosis coronaria. Es decir, esa mano de hielo que aprieta el corazón. Pero la italiana era fuerte y tenía un propósito que cumplir. Por ello, reaccionó con valentía, tan pronto, que la criadita no advirtió nada.

—Dile que espere. Voy a refrescarme la cara.

El hombre que paseaba fumando cigarrillos en el salón y deteniéndose de cuando en cuando ante una fotografía en la que estaban Estéfana y su padre, al lado del cadáver de un león negro de gran alzada, se detuvo en su paseo y miró hacia la puerta. En el umbral de esta, con el pelo suelto y la cara sonrosada, vistiendo

atrevidamente la «chamma» que tan bien sienta a las etíopes, estaba Estéfana. Era la primera vez que Ettore Massigli veía a la joven vestida con el traje nacional abisinio y eritreo.

Ettore dio dos pasos hacia delante y estrechó entre sus brazos a la joven, Que resistía pasivamente.

—¡Querida mía! —le dijo—. No sabes cuánto lo he sentido. No puedes imaginarte cuánto. No hace falta que te diga...

La joven se desasíó sin brusquedad, clavando en él la mirada de sus límpidos ojos. Las pupilas oscuras de Massigli no abandonaron las suyas.

—Me siento tan terriblemente sola... —dijo la joven. Y dos lágrimas rodaron pesadamente por sus mejillas. El abrazo de Massigli adquirió un carácter más tierno e íntimo.

—No puedes imaginarte, querida mía... —empezó, pero, delicadamente, cambió de frase—. Ya sabes que era uno de los más caros deseos de tu padre el que tú y yo...

Ettore Massigli tenía en la actualidad cincuenta años, aun cuando los llevaba con gran marcialidad y sensatez. Es decir, no hacía el jovenzuelo ni se empeñaba tampoco en pasar por más viejo de lo que realmente era. Hacía dos años que pidió a Gentile la mano de su hija, asegurándole que con él nada le faltaría a ella. Esto sería verdad seguramente, pero la joven no lo amaba. No porque fuera doble viejo que ella, sino, sencillamente, porque no había sabido llamar a la puerca de la manera correcta. De esa manera que había llamado Kurt Larsen sin proponérselo siquiera.

—Lo sé... —repuso ella, suspirando—. Lo sé, pero es que yo... no sé qué puedo hacer... Me encuentro tan sola...

Ettore Massigli no podía imaginarse jamás el esfuerzo que estaba realizando la muchacha sobre sí misma. Ella, que siempre había odiado el fingimiento por la sencilla razón de que para nada necesitaba fingir, lo estaba haciendo ahora y... ¡de qué manera! Estaba allí, casi aplastada contra el «paternal» pecho de Massigli, escuchando de labios de este que su padre, asesinado, hubiera gustado que su hija se casase con...

Otra vez es volvió a separar, sin brusquedades de ninguna clase. En vez de ello, miró al italiano con algo que hizo latir apresuradamente el corazón de este, porque la verdad es que sí estaba enamorado de la joven, aunque fuese a su modo.

—Alguien asesinó a mí padre, y mi solo deseo es que su asesinato sea vengado —dijo Estéfana—. Ettore, ¿podrías tú ayudarme?

Él no vaciló.

—Lo haré hasta el fin del mundo, querida, cueste lo que cueste.

—Dos hombres murieron cuando el señor Larsen disparó contra ellos. Quiero saber quiénes eran esos hombres, de dónde salían y quiénes eran los otros que quedaron vivos.

Tampoco ahora cambió la expresión del italiano.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Que encuentres a los que faltan y que los mates. Que vayas allí, donde deben estar todavía.

—Haré lo que quieras, Estéfana. Pero... ¿podrías prometerme que al regreso...?

—Si regresas, seré tu esposa, Ettore —declaró ella, firmemente.

El italiano volvió a abrazarla.

—Pues entonces, volveré, no lo dudes. Y tu padre será vengado. Me marcharé mañana mismo.

Ella movió la cabeza negativamente.

—Hoy mismo —declaró—. Y yo, Ettore, iré contigo.

El italiano la miró un momento, pero después, a la instintiva desconfianza que anidaba en él, venció la sorpresa y la alegría que le ocasionaban la decisión de la joven. Solos, por aquellos terrenos... Es decir, claro, solos no, con Hussein, porque él estaba dispuesto a cumplir la promesa que le había hecho a la joven. Tres árabes más o menos no supondrían gran cosa en la balanza de sus negocios. Es más, se quitaría de en medio otros tantos testigos que podrían volverse molestos en cualquier ocasión.

—Hecho —decidió—. Voy a prepararme.

Esta misma tarde, al anochecer —dijo la joven—, ven a buscarme. Yo ya estaré lista.

Estéfana no pudo evitar otro abrazo, igualmente paternal, pero en el momento en que él salió de la casa, se apoyó contra la pared, sintiendo bascas. Luego, por primera vez en su vida, escupió, escupió al suelo con rabia para quitarse de encima de sí la huella de los labios del que hasta entonces fuera su amigo. Luego, con la misma sensación de suciedad, se dirigió directamente al baño. Cuando salió de este, un poco más tranquila, llamó a Bigoudi, su doncellita.

—En alguna parte de la calle, habrá dos tigrinos. Tienes que conocerlos aun cuando no vayan armados, porque serán guerreros y tú sientes una decidida afición a los guerreros. Hazles que entren, pero que nadie se dé cuenta. Vamos, haz lo que te he dicho y no tardes más de dos minutos.

Bigoudi era rápida y lista. No habrían pasado más de diez minutos, cuando volvió a aparecer, acompañando a dos gigantes

y musculosos naturales del Tigré, cuyas «chammas» estaban pidiendo a gritos los emblemas de sus grados castrenses. Pero ambos parecieron muy respetuosos. Indudablemente, el cónsul abisinio les había dado órdenes muy oportunas.

—Sé quiénes son ustedes —dijo la joven en el propio dialecto tigrino—, y sé quién los ha enviado. También sé que, seguramente, están ustedes al corriente de lo de los esclavos.

Uno de los tigrinos hizo una ligera reverencia. Era un hombre muy guapo, de gran apostura.

—Lo sabemos, «woicéro». Tenemos orden de protegerla. De protegerla, en especial, de ese hombre que acaba de abandonar la casa. Mientras usted hablaba con él, un revólver le estaba apuntando directamente al corazón. No hubiera escapado si algo le hubiese ocurrido a usted, «woicéro».

«Bigoudi», pensó Estéfana, sonriendo a su pesar.

La fiel criadita sabía ya, como se saben todas las cosas entre los negros, que aquellos dos guapos guerreros, estaban allí para proteger a su ama y lo más probable es que ella misma les hubiese franqueado el paso antes de la orden de la «signorina».

—Entonces, ustedes...

—Lo sabemos.

—Ese hombre —dijo de pronto Estéfana, presa de una salvaje alegría—, ese hombre va a ir al desfiladero de Bar-el-Sakr a buscar a los asesinos de mi padre. Irá conmigo. Viajaremos rápidamente y estaremos allí en poco tiempo. Quizá mañana por la tarde.

Los dos tigrinos se miraron inexpresivamente a los ojos. Luego, a una, se volvieron hacia la muchacha.

—Estaremos allí para protegerla a usted, «woicéro» —afirmaron. Y con una ligera reverencia, se marcharon.

HA SALIDO el
EXTRAORDINARIO
de
AVENTURAS DEL F. B. I.
132 páginas monumentales
solamente por 4 pesetas!

IX



AS afueras de Sana, la capital del Yemen, son de una sequedad tan espantosa como absoluta. Pero bajo la protección de las diversas compañías petrolíferas americanas y británicas, se han construido algunas pistas, un aeropuerto pequeño, pero que cubre las necesidades de los europeos (los musulmanes pocas veces toman el avión si pueden evitarlo), y otras comodidades necesarias.

A las cinco de la tarde, el avión de la Compañía petrolífera, descendió en el campo y los mecánicos se acercaron para examinar los motores, ya que el aparato continuaba su marcha, rumbo a Bagdad. Kurt Larsen se bajó de él, y al instante un grupo de mozos árabes se precipitaron sobre él para arrebatarle el escaso equipaje. Porque Kurt Larsen llevaba en sus ropas la inconfundible etiqueta de «Mude in U. S. A.», y U. S. A. supone dólares poderosos y abundantes.

—Al mejor hotel —ordenó, cuando la fue colocada en un «taxi» Renault, viejo como el tiempo. El taxista, demostrando una pericia extraordinaria, en evitar a los diversos animales domésticos que pululaban libremente por las calles, le condujo al Hotel Victoria, el inevitable Hotel Victoria de todas las colonias, ex colonias y dominios británicos.

Ya al penetrar en el vestíbulo, se dio cuenta de la efervescencia que reinaba por todas partes. Patrullas armadas pululaban de un lado para otro, con los vistosos uniformes de la guardia del imán yemenita, y grupos de árabes bien vestidos muchos de ellos a la europea, gesticulaban furiosamente por las calles. Kurt dejó su equipaje en el cuarto, que adivinaba poblado de animosas chinches prestas al asalto de su cama, y salió a la calle. Él no sabía árabe y aquello era un obstáculo, pero a pesar de todo se dirigió hacia el lugar de donde partía el griterío más feroz y el alboroto mayor.

El lugar era una casa en las afueras, al otro lado de aquel en que estaba situado el aeródromo, y había una enorme multitud de

negros y blancos, que gritaban, chillaban, insultaban y demostraban de otras diversas maneras su desagrado o su regocijo. Una sección de la guardia del imán detenía a la gente cerca de la casa, que parecía un oasis de silencio y de tranquilidad en medio de aquella barahúnda. Kurt no vaciló. Empleando sus hombros recios y sus brazos como mazas, hizo a un lado a un grupo de árabes, especialmente violentos, y logró colocarse en primera fila, al lado de un alto capitán de la guardia, un bravo mozo de negra barba y de claros ojos de árabe puro. Este, al ver el aspecto de Kurt, le puso una mano cerca.

—Lo siento, señor —dijo en inglés—. No se puede pasar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kurt, sacando un paquete de cigarrillos y ofreciendo uno al capitán.

—Un criado de mi padre —respondió el soldado, sonriendo con cierto humorismo—. Un muchacho, que se ha sublevado, y se ha apoderado del harén de mi padre. No podemos hacer nada. Se ha empeñado en que no abrirá más que al cónsul inglés y este está en el interior y no vendrá hasta mañana. La cosa es seria.

—¿Un criado? —preguntó Kurt.

El otro le miró con aire de duda.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—¿Podría yo hablarle? —preguntó.

—En aquel momento, un anciano desdentado, con cara de estar sufriendo los tormentos del infierno, se acercó a ellos.

—Maldito sea ese hijo de perra —clamaba—. Maldito noventa veces nueve y malditos todos los suyos hasta la quincuagésima generación. ¡Lo despellejaré! ¡Le arrancaré la piel a tiras a ese bastardo con pretensiones de príncipe! ¡Lo...!

Tarde, muy tarde, se dio cuenta de que había hablado demasiado, ante la señal imperiosa de su hijo y la vista del rubio y tostado extranjero.

—¡Está loco! —dijo instantáneamente, con esa especial facultad árabe de hilvanar las ideas con rapidez—. ¡Por eso dice que es príncipe...!

Kurt Larsen sacó un papel del bolsillo.

—Esto demuestra que soy un enviado del cónsul americano en Eritrea —dijo—. ¿Podría yo hablarle? —repitió.

—Desde luego, no —dijo el capitán—. Será juzgado con arreglo a nuestras leyes, según dictaminará el imán. No es más que un sirviente loco Y como está loco, las represalias serán menores.

Otros dos guardias se habían acercado al ver a su capitán discutir con un extranjero. Pero Kurt se acordó de su poderoso

torrente de voz. Aprovechando un momento en que el ruido habíase apagado un poco, gritó. Y vaya si gritó bien. Hubiera sido imposible no oírle en quinientas yardas alrededor.

—¡Príncipe Kama Kasari! —aulló.

La multitud guardó silencio, confundida, y buscando con la vista al energúmeno que había alborotado de aquella manera. No había modo de dejar de verlo, con su gigantesca estatura, por lo que varios centenares de ojos se clavaron en él.

—¡Príncipe Kama! —volvió a gritar—. ¡Soy un amigo!

Otra voz respondió desde dentro de la casa. Era indudable que Kama, que había hecho evacuar toda la casa bajo la amenaza de cortar la cabeza a las esposas del Moktar y a sus hijos, había entendido perfectamente. Y que, con toda seguridad, estaba atisbando desde alguna rendija.

El capitán de la guardia echó una rápida mirada a su alrededor y al darse cuenta de que se estaban, tanto él como su padre, metiendo en un buen lío, se decidió a cortar por lo sano. Era mejor quitarse de en medio a aquel condenado americano.

Levantó el puño y lo dirigió con toda su fuerza a la mandíbula del gigante rubio, pero este, entre uno y otro alarido, desvió el rostro con suavidad y a su vez, un puño como una maza rozó ligeramente la cabeza del capitán. Este se vino abajo como un buey bajo la pistola del matarife, y Kurt dio un salto hacia delante. Sabía que se estaba jugando el pellejo, porque algún guardia nervioso podía disparar sobre él el cargador de su pistola, pero también sabía que la manera de electrizar a las masas es la acción arriesgada por parte de un hombre solo.

No se equivocó. Nadie se movió para impedirle el paso. A pie firme, ante toda aquella multitud boquiabierta, volvió a gritar el nombre del príncipe.

Esto respondió, y su oscura e inteligente cara asomó por una de las ventanas.

—Príncipe Kama, puede usted bajar. Se encuentra bajo la protección del Gobierno americano—le gritó.

—¿Cómo podré saber que eso es verdad? —preguntó el abisinio.

Sí, ¿cómo podría saber que aquello era verdad? Kurt quedó un momento silencioso y ese fue el momento en que el anciano, seguido de otros dos árabes harapientos, le cayó encima.

Kurt se los sacudió como podría hacer un lobo con un par de gozques, pero ya otros llegaban a la carga, animados por el ejemplo. En total, más de una docena de individuos se le vinieron encima y, perdido el equilibrio, cayó sobre una de sus rodillas. Y empezaba a

encomendarse a Dios, cuando un fuerte trompeteo avisó a la multitud que un personaje importante se aproximaba y quería que le dejaran el paso libre. El propio imán en persona, el jefe religioso y político del Yemen.

Al instante, todos aquellos que un momento antes pugnaban por descuartizar al extranjero, se separaron de él, y Kurt, aun cuando un poco aturdido y algo magullado, pudo ponerse en pie. Inmediatamente, el imán, que iba a caballo, un magnifico tipo de árabe de barba en punta, rubia y ojos azules que expresaban gran serenidad, se volvió hacia él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Señor —dijo Kurt, que sabía bastante acerca de la etiqueta que se debe a los gobernantes de estado—. Hay un príncipe abisinio encerrado en ese palacio. Fue vendido como esclavo por unos hombres que no tienen ni han tenido jamás alma. Soy un representante del cónsul americano en Eritrea (no creía necesario insistir en su condición de agente del Gobierno americano) y tengo noticias que seguramente le gustaría conocer, señor.

El imán echó una mirada a la casa y otra a su pariente, Moktar-el-Moktar. La segunda era fría, y no auguraba nada bueno.

—Averiguaremos todo eso —dijo—. He prohibido que se vendan esclavos en mi territorio. Tenga usted la bondad de venir conmigo, míster...

—Larsen, señor. Kurt Larsen.

* * *

Esta vez, el viaje se hizo en mejores condiciones, porque no tuvieron sino que embocar la «strada militare»¹⁸ que va desde Asmara a Cululli, final del ramal férreo de Fatima Eri, para encontrarse en las estribaciones del Rendakomo, que el día anterior habían recorrido Kurt y ella. Solamente que ahora no era Kurt, el gigante rubio, quien iba con ella en el automóvil de alquiler, sino el moreno Ettore Massigli. Este conducía con habilidad y rapidez. En el asiento de atrás se sentaba Hussein, su fiel criado árabe, el de los ojos juntos y un poco enrojecidos, que proclamaban a los cuatro vientos su afición al prohibido alcohol.

Pero a Estéfana no le importaba que fuera también el criado. Al revés, porque ahora estaba completamente segura de que Hussein era un cómplice de Ettore. Bien, serían dos pájaros de un tiro.

Mientras conducía, Ettore no cesaba de hablar. Le había dicho al principio del viaje que no quería dejarle volver ni un solo momento

a sus negros pensamientos debidos a la muerte de su padre y parecía decidido a llevar a cabo el programa.

Una de las veces, Estéfana levantó el brazo.

—Espera un momento, Ettore —dijo—. ¿Estás seguro de que quieres casarte conmigo?

Un hombre enamorado solo tomaría eso de una manera.

—¿Qué si te quiero? —puso toda la ternura de que era capaz, y no era poca, en su acento—. Hace muchos años que te adoro, querida Estéfana. Desde que eras un monigote que ni andar sabías. Mi cariño entonces era, debo reconocerlo, absoluta y completamente paternal. Solamente el paso de los años... Bien, querida, te aseguro que serás la mujer más feliz de todo el territorio. A no ser que prefieras ir a la tierra que no conoces, a la maravillosa Italia. Tengo grandes deseos de volver a verla.

—Italia—respondía, soñadora, la joven—. Sí quería ir a Italia. ¿Me llevarás allí, Ettore?

El asintió, gozoso. Luego, miró por el retrovisor con aire preocupado. El auto no iba a demasiada velocidad, ya que eso es imposible cuando grandes caravanas de caballos y de ganado impiden constantemente el tráfico en una carretera que antaño fue construida para las necesidades militares.

Empezaban a tornarse de un color castaño oscuro los montes Rendakomo, que poco antes fueran azules, y el desfiladero, siempre más visible desde lejos, parecía una cuchillada abierta entre los dos altos montes.

—¿Qué miras? —preguntó la joven, de pronto, volviéndose. También se dio cuenta de que Hussein, que iba en el asiento posterior, observaba a su espalda con cierta desconfianza.

—Una nube de polvo que viene detrás de nosotros desde hace un rato —respondió él—. Parecen un par de jinetes árabes o eritreos.

—Eritreos —dijo Hussein—. Parece que quisieran adelantar el coche.

Pero no adelantaron al coche, porque Massigli, viendo un claro, apresuró la marcha hasta llegar a los cincuenta kilómetros. La nubecilla se fue quedando atrás y Estéfana pensó sin temor que, si algo le ocurriese a ella ahora, no serían los dos guerreros tigrinos los que pudieran ayudarla.

«Pero ¿qué podía ocurrirle, entre su prometido y el criado fiel de su prometido?», se dijo con una sonrisa forzada. Nada, evidentemente. Tenía allí al más enamorado de los hombres, al hombre que haría cualquier sacrificio por ella, al hombre que, en su amor, había llegado hasta...

Los ojos de la muchacha cambiaron de expresión, cuando puso una mano en el brazo de su compañero. Este se volvió, hacia ella, sonriendo.

—¿Qué harás si encontramos a esos hombres? —preguntó.

—Matarlos —respondió Ettore sin vacilar, con la serena mirada de sus ojos oscuros fija en ella.

—Quisiera que averiguases quién los enviaba. No me interesa tanto el rifle como quien lo pagó.

—¿Sería una ilusión? Le pareció ver una sonrisa en aquellas pupilas.

—Como tú quieras, adorada mía. No pienso negarte nada y menos lo primero que me pides desde que consentiste en ser mi esposa.

«Maldito seas una y otra vez —pensó ella, sintiendo que la misma garra de hielo volvía a apretarle el corazón—. No una, mil muertes mereces, pero Dios sabrá castigarte».

Llegaron a Cululli a las ocho de la tarde, cuando aún faltaban dos horas para el anochecer, pero pernoctarían en el pueblo. La muchacha pudo alegar una jaqueca y encerrarse en el infecto cuartucho de un hotel repugnante, pero, el único de la ciudad que, al menos, puede presumir de tener uno, cosa que no ocurre con todas las poblaciones eritreas o abisinias.

Ettore Massigli hizo una seña a Hussein y salió con él a la plaza central del pueblo, que en este momento estaba llena de gente admirando a un equilibrista que, subido en una bicicleta de una sola rueda, se paseaba por todas partes.

—Estate atento para cuando lleguen los jinetes aquellos—le deslizó al oído—. Y procura enterarte de quiénes son.

—Sí, «effendi». No se preocupe.

Massigli volvió al hotel. Pidió una botella de alcohol de caña, enfriado por el procedimiento del balanceo, dentro de una piel de cabra humedecida y se puso a beber pensativamente.

Hussein no perdió el tiempo. Se colocó a la entrada del pueblo, cerca de la vía férrea, y esperó, con la cara tapada. Al cabo de media hora de acecho, vio llegar a dos jinetes, abisinios, indudablemente, por el color de sus «chammas», los dos altos y robustos. Les vio echar una rápida mirada a su alrededor y dirigirse luego hacia el hotel. Hussein, sonriendo ferozmente, fue tras de ellos.

Pero no entraron en el hotel. En vez de ello, se mezclaron a la multitud que, al ponerse el sol, se disolvió tranquilamente y marchó hacia sus casas y chozas en busca de la cena. Entonces volvió a

verlos. Ahora ya no cabía duda. Vigilaban el hotel y esto solo quería decir una cosa: andaban detrás de Massigli «effendi». Y a él correspondía evitar que le continuasen siguiendo.

Las órdenes de Massigli eran terminantes. Cuando dieran con los supervivientes de los hombres que enviaron para matar a Gentile (en aquel momento, un poco asustados, Ettore no había pensado que la joven pudiera haber muerto también), deberían matarlos. De eso se encargaría Hussein, ya que a él le sería muy fácil atraerlos a una trampa bajo pretexto de ir a pagarles lo que se les debía por el trabajo.

Con la perfecta indiferencia que caracterizaría a cualquiera de su raza, fue acercándose hacia donde estaban los tigrinos. Estos permanecían sentados en la acera sin hablar, pero con la vista clavada en la fachada del hotel.

Hussein era un virtuoso del cuchillo. Había pasado muchísimas horas utilizándolo, adiestrándose en él, desde que era pequeño. Por si fuera poco, había hecho la guerra contra los judíos palestinos, enrolado en un batallón Saudita, de manera que estaba bien preparado. Lo único malo es que tenía que luchar contra dos tigrinos. Y no tenían aspecto de ser nada flojos.

Todo, pues, debía estribar en la sorpresa. Cuando estuvo a un par de pasos de ellos y lo miraron, con caras inexpresivas, saltó. Un salto rápido y seguro, que lo llevó encima del primero de los hombres. El puñal brilló en el aire y se hundió blandamente en el pecho del guerrero, el cual elevó los brazos al cielo y luego los bajó fieramente hasta la herida. No cayó al momento, pero Hussein sabía que no tardaría en desplomarse. Por eso se volvió al otro, para hacerle correr la misma suerte.

Sólo que ahora se habían cambiado las tornas. Se puede sorprender a un guerrero abisinio, pero a dos consecutivamente, resulta muy difícil. En el momento en que Hussein iba a dar media vuelta, una mano tan grande como una pala se le posó en el pescuezo, lanzándole hacia tierra con un impulso bestial. La cabeza de Hussein chocó contra la dura tierra, el cuello se le dobló y... la muerte fue instantánea, como siempre que a alguien le parten las vértebras cervicales. Hussein no volvería a asesinar a nadie ni a llevar esclavos de un continente a otro.

El tigrino que quedaba vivo vació los bolsillos de Hussein, hizo la señal de la cruz sobre su compañero y luego cargó con él para llevarlo a las afueras del poblado. Pero, como es natural, no se le ocurrió volver al mismo sitio. Si algún perro vagabundo daba la alarma, ya encontrarían el cadáver del árabe. Él tenía cosas mejores

que hacer.

A la mañana siguiente, Ettore Massigli se extrañó de que su comúnmente fiel criado no estuviese en su puesto, cuando bajó a desayunarse. No, no estaba en su puesto, y la explicación la tuvo instantáneamente. El dueño del hotel, un copto muy gordo, llegó quejándose de la desgracia que había caído sobre todos ellos. Unos bandidos habían matado al criado del señor y le habían desvalijado.

Ettore Massigli se puso lívido. No tenía prueba alguna, pero había visto cómo los seguían la tarde anterior y había ordenado a Hussein que vigilase. Y ahora había muerto. Y ahora tendría él que ocuparse personalmente de eliminar a los supervivientes de la emboscada. Claro que no le fallaría el pulso si se le ponían delante, pero la verdad...

En aquel momento bajaba la joven, fresca y descansada, aun cuando seguían bordeando sus ojos aquellas misteriosas ojeras azules, que contribuían a hacer más madura su belleza. Ettore, procurando afirmar lo más posible su voz, le dijo lo que había ocurrido, y ella pareció horrorizada. De dónde sacaba fuerzas aquella muchacha para fingir, ella que jamás lo había hecho, hubiera sido un problema para cualquiera que la conociese tiempo atrás.

—¿Continuamos? —preguntó, cuando hubo consumido una taza de café fuerte y aromático.

Ettore Massigli se sentía francamente asustado. Él podría matar si era necesario, pero le asustaba la idea de atravesar aquellos montes, en los que podía haber leones, bandidos y toda clase de peligros. Pero no hay hombre capaz de demostrar miedo delante de una mujer a la que ama y desea. No, creo que no hay ningún hombre que lo haga. Uno se aguanta el miedo y apecha con lo que venga. A no ser, quizá, que se encuentre en un peligro de muerte inminente.

—Sí, vamos.

Solamente podían utilizar el coche hasta una aldehuela eritrea, casi en el principio del desfiladero, una aldehuela casi desierta. Solamente un par de cazadores de cabras monteses, con sus familias, vivían allí; pero la mayor parte del tiempo se lo pasaban correteando por la montaña.

Abandonaron el «auto» y, cargados con sus mochilas, emprendieron el viaje. La joven había sido astuta, muy astuta, obligando a Ettore, mediante la promesa de matrimonio, a salir a la caza del hombre, porque si primero hubiese dado aviso a la Policía inglesa, Ettore hubiera salvado la vida y hasta quizá la libertad. De

esta manera...

A mediodía estaban ya en pleno desfiladero, muy cerca de la frontera abisinia, en el desolado sitio en que ellos dejaron a los dos ingleses. Es decir, estaban a unas dos millas del mismo sitio, pero al volver un recodo, divisaron a Morton y a Roderick, que llegaban por el corredor, el segundo apoyado pesadamente en el primero. Los ojos de Morton brillaron con alegría y cierto humorismo al ver a la joven.

—Vaya, *miss* Gentile. Veo que se na acordado usted de nosotros. Ya me imaginaba que su corazón no podría resistir la idea de que nos había abandonado en un paraje tan inhospitalario como este y con mi camarada herido, además.

Estéfana sonrió ante el ánimo de ambos ingleses.

—No diré que me acordé de ustedes, porque sabía que estaban seguros. Vinimos a...

—¿Seguros? Dios la bendiga, *miss* Gentile. Me he pasado la noche anterior tiroteándome con los sinvergüenzas que quedaron vivos después de lo de su padre y lo de mi amigo Roderick. Pero, como dijo nuestro gran Shakespeare, todo está bien si bien acaba. En la madrugada de ayer acabé con los últimos dos. ¿Dónde está nuestro común amigo americano?

El suspiro de alivio de Ettore Massigli fue casi perceptible. Era como si le hubiesen absuelto cuando ya estuviera ante el pelotón de ejecución.

—¿Los mató usted? Bien; creo que eso arregla las cosas, ¿no es así, querida Estéfana?

—Sí, claro —repuso ella, extrañamente—. Bueno, señores, me alegro de que hayan salido bien de todo esto. Por cierto que, en la aldehuela esa del principio del desfiladero tienen ustedes un automóvil. Pueden utilizarlo.

—Pero... —exclamó Massigli—. ¿Es que no vamos nosotros a...?

La joven lo miró con tanta dulzura que se le cortó la respiración.

—No, querido. ¿Por qué no quedarnos aquí hasta mañana? Mi padre está ya vengado, y yo, tranquila. ¿Por qué no...?

Había un mundo de promesas en aquel «¿por qué no?» Ettore sintió que su pulso se aceleraba y que las sienes le batían.

—Como... quieras —dijo—. Señores...

Morton miró fijamente a uno y a otro, y en su frente se marcó una arruga. Pero era demasiado diplomático para intervenir.

—Bien, vamos, camarada —dijo.

Y cuando se hubieron, alejado por el estrecho saledizo unos pasos, hasta la primera curva, se paró de pronto.

—No me gusta nada eso, camarada —dijo a Roderick—. Esa chica estaba enamorada, o mucho me equivoco, de Larsen. ¿Qué diablos hace ahora, queriendo quedarse con ese individuo?...

—No te metas jamás en los asuntos de los demás —dijo Roderick sentenciosamente, sacando su pipa y encendiéndola.

—Bueno, pues vamos a esperar aquí un rato, camarada —aseguró el otro—. No me gusta nada la manera como miraba esa preciosidad al otro. Te lo aseguro.

—Tú y tus rarezas... —Roderick se encogió de hombros, haciendo una mueca por el dolor que esto le produjo, pero se dejó caer en el suelo, sin dejar de soltar anillos de humo de su pipa.

Estéfana Gentile se colocó en el borde del saledizo, mirando hacia el fondo del barranco, mientras Ettore, detrás de ella, la contemplaba con codicia. Seamos justos. La joven era una belleza y le había prometido casarse con él. ¿Qué hombre no hubiera deseado el primer beso?

La cogió bruscamente por detrás y besó la desnuda nuca. Ella no intentó resistirse. Los labios de Ettore buscaron los suyos...

Ni la misma Estéfana, a pesar de que lo aguardaba, pudo librarse de la sorpresa. Y una sorpresa es que, de pronto, cuando uno cree firmemente estar por completo a solas, se encuentra rodeado de pronto. Rodeado por todas partes de hombres.

Hubiérase podido creer que habían descendido del cielo y surgido del abismo que se abría a sus pies, pero lo más probable es que los guerreros abisinios hubieran llegado por el saledizo. A su cabeza, uno de los dos tigrinos que la Viesen el día anterior.

La sorpresa para Ettore había sido completa. Tanto, que ni siquiera pudo resistir cuando media docena de nervudos brazos lo cogieron y lo levantaron en vilo. Pero un rugido de fiera se escapó de sus labios cuando vio la cara de Estéfana.

No había ninguna duda. Era una expresión de triunfo, la expresión de alguien que ha estado esperando algo durante mucho tiempo y al fin lo ve conseguido.

—¡Tú!... —exclamó, mientras los ojos le brillaban de abyecto terror—. ¡Tú! ¡Tú!...

Estéfana se inclinó sobre él. Las diestras manos de los guerreros gallas, tigrinos, danakils, begias y cunamis lo habían atado en un momento, hasta convertirlo en un fardo.

—Sí —dijo, con gran tranquilidad—. Yo. Yo te he traído hasta aquí para vengar a mí padre. ¿Te acuerdas de él, Ettore Massigli? Murió cuando tú ordenaste a tus secuaces que disparasen contra él, porque había descubierto el camino que habíais seguido, el único

camino posible. Pero no te acordaste de que solamente tú, él y yo conocíamos la posición exacta de la laguna. Esa fue tu perdición. Podéis llevároslo.

—¡Tú no puedes abandonarme!... —exclamó él, sollozando histéricamente—. ¡No puedes dejarme en manos de estos demonios! ¡Me matarán, me matarán, me harán pedazos!

—Mí padre murió. Además, no creo que te maten. Yo tampoco querría que te matasen. No bastaría para pagar lo que hiciste a mí padre. Dios se apiade de ti y te juzgue en lo Alto.

Massigli fue izado, pero antes, el guerrero tigrino, al que todos los demás se dirigían con gran respeto, se inclinó sobre él.

—¿Dónde está el príncipe Kama? ¿Vive todavía? ¿Dónde ha ido? Habla. Si ha muerto... Bien; probarás los posos del café herrari.

El italiano sintió que todo se desvanecía a su alrededor ante la amenaza. Entre la flora abisinia crece una planta, muy parecida a las enredaderas, y a la que ningún animal se atreve a tocar, lo mismo que respetan a la «euphorbia», por lo que una y otra crecen lozanas y abundantemente.

En la primavera dan una florecilla sin pretensiones que recuerda remotamente a la clemátida virgen. En el otoño, la flor se ha convertido en un fruto áspero y sin pulpa que, al abrirse, esparce un polvo oscuro, como esporos de los licoperdones.

Mezclado ese polvo con el café, no le añade ningún sabor, pero, confundiendo con el poso de este, produce la muerte en menos de tres semanas. Los nativos hablan de él en voz baja y lo designan con el nombre de «mal bouna». Y se insiste en que sus consecuencias han tenido una gran importancia en ciertas discusiones acerca de los problemas dinásticos.

Massigli había oído hablar de él. Moviéndose agitada, locamente, la cabeza en sentido negativo.

—¿Vive? —preguntó el jefe tigrino.

Massigli dijo un sí agónico.

—¿Dónde está?

Ettore volvió primero la vista hacia la muchacha, pero esta, encogiéndose de hombros, se había alejado unos pasos. En ese momento, el inglés Morton y su compañero aparecieron en el recodo, con las pistolas en las manos.

—Vamos, suelten a ese hombre —dijo Morton en inglés.

Los abisinios se volvieron hacia ellos y en sus caras se reflejó una expresión de alerta.

—Están ustedes ante el jefe de la banda que traficaba en los esclavos —dijo la joven—. Los abisinios están en su territorio.

Los dos ingleses se miraron con cierto recelo.

—No lo sabemos de cierto. Si estamos en Eritrea, nos corresponde apoderarnos de ese hombre, para que lo juzguen los jueces de Su Majestad británica.

—Estamos en Abisinia —declaró el guerrero tigrino, haciendo una señal.

Inmediatamente, varios soldados irregulares abisinios avanzaron hacia los ingleses. Morton se rascó la cabeza.

—Bien; quizá sea así, pero... ¿no podríamos hacernos cargo del prisionero para llevarlo a Asmara?

—Irá a Addis-Abeba y será ahorcado en el enebro de Menelik¹⁹ —respondió, con gravedad, el jefe abisinio—. Señores: los ingleses son nuestros amigos. Por tanto, déjennos juzgar a nuestros propios prisioneros.

—Y vámonos —añadió Estéfana, dirigiendo una última mirada a aquel guiñapo—. No quiero seguir viendo a un cobarde asesino.

Morton no dijo nada más. Se guardó el revólver, saludó al jefe tigrino y dio media vuelta. Un grito espantoso, un alarido sobrehumano no hizo volver la cabeza a ninguno de ellos. Aquella era la última vez que oían a Ettore Massigli, el hombre que hizo posible que más de veinte mil sencillos africanos pasasen el mar Rojo contra su voluntad.

EPILOGO

Era una reunión bastante heterogénea, pero con una cierta cualidad homogénea: la alegría.

Estaban la pareja rubia, Kurt Larsen y Estéfana Gentile, cogidos del brazo, con la copa en la mano izquierda.

Y la pareja morena, el gigantesco Kama Kasari, réplica en bronce del blanco Kurt, y la grácil y esbelta Tari.

Y el cónsul Castle, de los Estados Unidos, sonrosado y gordo.

Y el cónsul de Abisinia, negro y delgado.

Kama hablaba en ese momento:

—Debieran ustedes hacerlo. Todos nos casaríamos en Addis-Abeba, puesto que todos somos cristianos. Los cuatro al mismo tiempo. Sin la oportuna llegada de míster Larsen, yo hubiera acabado por rendirme, ya que no pensaba de ninguna manera matar a nadie. Él me salvó, atrayendo la atención del imán. Le debo mucho. Le debemos, mejor dicho. Mi tío, el ras Kasari, y mi padrino, el ras Mikael, tienen cada uno un regalo para el hombre que me salvó. ¿No irá usted a recogerlo allí, míster Larsen?

Larsen miró a la joven, y esta le devolvió la mirada.

—De acuerdo —dijeron al mismo tiempo—. La boda será doble.

FIN



¡SABOTAJE!

En un navio de guerra norteamericano consigue infiltrarse un espía, cuyo equipaje contiene... En las tinieblas de la noche, el infierno parece surgir del mar: las explosiones horribles se mezclan a los ayes de dolor y a los gritos de terror. Alguien sabotó a la potente Marina de los EE. UU., y correspondió al F. B. I. destacar a sus más inteligentes y valerosos agentes para...

LEWIS HAROC

es el genial autor de tan maravillosa novela, de argumento palpitante de actualidad, basado en hechos históricos, compendio de amenidad, dramatismo e intriga.

¡SABOTAJE!

PROPORCIONARA OTRO GRAN TRIUNFO A LA
Colección F. B. I.

JOVENES:

Por magníficos guionistas y dibujantes ha sido creada la serie de cuadernos infantiles

JEQUE BLANCO

¡Un Agente Secreto Norteamericano al ataque!

JEQUE BLANCO

Y AVENTURAS DEL F. B. I.

¡DOS COLECCIONES CON CATEGORIA DE ASES!

Notas

[←1]

Galla: Perteneciente a una, tribu de etíopes de raza negra, los más guerreros de todos los abisinios, y a los que costó gran trabajo dominar cuando Italia se apoderó del país. (N. del E.)

[←2]

Ras: Príncipe etíope, que solo obedece al emperador... cuando le parece bien. *Yasu: Jesús. No es necesario recordar al lector que los abisinios son cristianos (N. del E.)*

Soldados indígenas. (N. del E.)

[←4]

Jefe religioso del Yemen y la primera autoridad en el país. (N. del E.)

[←5]

Lienzo de colores que se arrolla al cuerpo, de origen indio. (N. del E.)

[←6]

Kaffa: Una de las provincias abisinias. De allí viene la palabra café.
(N. del E.)

En castellano en el original. (N. del E.)

Gheta: Señor.

Woicéro: Tratamiento abisinio para las damas de calidad. (N. del E.)

[←10]

Miguel.

Masltol: La mayor festividad religiosa abisinia.

Alagua: Sacerdote mayor de una iglesia abisinia. (N. del E.)

[←14]

Koodoo: Especie de antílope de cuernos largos y retorcidos. (N. del E.)

[←15]

Cockney: natural de Londres. Algo así como nuestros castizos madrileños, con un fuerte acento al hablar. (N. del Editor.)

En castellano en el original. (N. del E.)

Carretera Militar, en italiano. (N. del E.).

[←19]

El árbol en que ahorcaban a los delincuentes antiguamente en Addis-Abeba. El enebro ya no existe, pero se sigue llamando así al lugar de las ejecuciones. (Nota del Editor.)